

HURACAN SOBRE EL AZUCAR



Colección Documentos

JEAN PAUL SARTRE

HURACAN SOBRE EL AZUCAR

Ediciones Uruguay
Montevideo

Printed in Uruguay   Impreso en el Uruguay

I

LA HABANA. Esta ciudad, fácil en 1949 cuando la visité por primera vez, me ha desorientado. Esta vez, estuve a punto de no comprender nada.

Vivimos en uno de los mejores barrios, en el Hotel Nacional, una fortaleza de lujo, flanqueada por dos torres cuadradas almenadas.

A sus clientes, que vienen de Estados Unidos, sólo se les pide dos cualidades: fortuna y gusto. Como son raramente conciliables, si tienen la primera se les supone la segunda sin averiguar mucho.

Tropiezo a menudo en el vestíbulo con corpulentos "yanquis" (en Cuba los llaman así, a no ser que les digan "americanos") elegantes y deportivos, y observo con sorpresa sus rostros cansados. ¿Qué los aplasta: los millones o la sensibilidad? Sea como fuere, es un problema que no me concierne.

En mi cuarto de millonario podría caber mi apartamento de París. Tiene sedas, paravanes, flores bordadas o en búcaros, dos lechos dobles para mí solo — todas las comodidades.

Pongo al máximo el aire acondicionado para disfrutar del frío de los ricos. Con treinta grados a la sombra, me acerco a las ventanas y, con estremecimientos suntuosos, miro cómo transpiran los que pasan.

No he tenido que buscar mucho tiempo las razones en que se funda la supremacía, todavía indiscutible, del Nacional. Me ha bastado correr las cortinas en cuanto llegué: vi largos fantasmas gráciles estirarse hacia el cielo.

El Nacional domina el mar a la manera de las ciudes coloniales que desde hace tres siglos vigilan el puerto. Detrás de él, no hay nada: el Vedado.

El vedado era un coto cerrado. Cerrado contra los hombres, no contra las plantas. Aquel suelo prohibido

fue invadido por la locura de las hierbas. Lo parcelaron y las hierbas desaparecieron súbitamente en 1952. Queda un terreno yermo, jalonado por la erupción de esas protuberancias locas que son los rascacielos.

Personalmente, me gustan los rascacielos; apreciados uno por uno, los del Vedado son bonitos. Pero los hay en todas partes y resultan un desorden de formas y colores. Cuando la mirada trata de unirlos, se le escapan: no hay unidad; cada uno vive por sí. Muchos son hoteles: el Habana Hilton, el Capri, veinte más.

Es una carrera de pisos: "Uno más. ¿Quién pone más?" A los quince, el rascacielo es de bolsillo. Cada uno alarga el cuello para mirar el mar por encima del hombro de su vecino. Potente y desdeñoso, el Nacional vuelve la espalda a esa agitación. Seis pisos y ni uno más: ése es su título de nobleza.

Todavía hay esto: la revolución inventa su arquitectura que será bella y hace surgir del suelo sus propias ciudades. Entretanto, combate la americanización oponiéndole el pasado colonial.

Cuba invocaba antaño contra la metrópoli voraz que era España, la independencia y la libertad de los Estados Unidos; hoy busca contra los Estados Unidos raíces nacionales y resucita a los colonos difuntos.

Los rascacielos del Vedado son los testigos de su degradación: se los vio nacer con la dictadura. Ciertamente, el Nacional no es muy viejo, pero surgió de la tierra antes de la decadencia, antes de la resignación.

Los revolucionarios sólo tienen indulgencia para los edificios construídos por sus abuelos en los primeros tiempos de la democracia.

¿Solamente se oponía una forma de lujo a otra? No era eso —decíame yo— a lo que se reducía la aspiración nacional de Cuba. Desde luego, me hablaban de la revolución todos los días; pero había que verla trabajar, decidir un programa.

Entretanto, la buscaba en las calles de la capital. Durante horas, Simone de Beauboir y yo caminábamos e íbamos a todas partes: yo encontraba que no había cambiado nada en los últimos once años. O más bien sí: en los barrios populares la suerte de los pobres no me pareció mejor ni peor que antes; en los otros barrios, las señales visibles de la riqueza se habían multiplicado desde 1949.

El número de los automóviles se había duplicado o triplicado. Las máquinas voluminosas y pintarrajeadas

desfilaban al paso de un hombre o hacían cola detrás de una carretilla movida a brazo.

Cada noche vierte sobre la ciudad un torrente de luz eléctrica; el cielo se tiñe de rosa, de malva, y el neón pregona y loa por todas partes productos fabricados en los Estados Unidos.

Sabíamos, no obstante, que el gobierno restringía las importaciones de lujo. Sabíamos también, o creíamos saber, que controlaba las divisas, desaprobaba los viajes de placer al extranjero y tomaba una serie de medidas para alentar el turismo interior: ello no impedía que una compañía de aviación, en un largo paseo a orillas del océano, se ofreciera en letras de fuego para llevar cubanos a Miami.

Los restaurantes de lujo constituyen legión. En ellos se come correctamente, pero la cuenta suele ser elevada: nunca menos de 3.000 francos (6 dólares) por cabeza y con frecuencia llega a los 5.000 (10 dólares).

Uno de esos restaurantes fue en otro tiempo la "locura" de un ministro prevaricador que lo convirtió en un jardín de piedra. Haciendo esculpir las rocas a imagen de la vida y jalonando con una flora y una fauna petrificadas el cemento de las sendas, llevó la probidad hasta reinventar el mundo mineral: la piedra fue tallada en forma de piedra. Para animar aquel pequeño universo, añadió leones enjaulados. Las jaulas permanecen vacías.

En vez de los leones y del ministro, ahora se ven allí vestidos claros y señores visiblemente internacionales contemplan con aire ausente los minerales embrujados. Cuando estuve allí, se hablaba inglés en todas las mesas. Se comía a la luz de velas, cosa que resulta el colmo del lujo para un libre ciudadano de los Estados Unidos. La electricidad podría brillar a una señal, pero no se hace esa señal. Se desprecia la vil abundancia: con las lágrimas de cera, se representa a todos una degradación visible de los costosos fastos de la consumación.

Los clubes nocturnos son más numerosos que nunca. Pululan alrededor del Prado: encima de sus puertas, la electricidad vuelve por sus fueros y nombres atractivos y parpadeantes hieren los ojos del transeúnte.

En "Tropicana", el cabaret más grande del mundo, había una muchedumbre alrededor de los tapices verdes. Así, pues, ¿se jugaba en Cuba? Se jugaba todavía. Uno de nuestros acompañantes respondió brevemente: "Se juega".

Las máquinas de monedas han sido suprimidas; pero continúa la Lotería Nacional. Hay casinos en los grandes hoteles, con salas de juego.

En cuanto a la prostitución, se cerraron algunas casas al principio, pero después no se ha vuelto a tocarlas. Más de una vez me dije en los primeros días, examinando ese balance más bien negativo: en sus comienzos todas las revoluciones, o casi todas, tienen una característica común: la austeridad. ¿Dónde está la austeridad cubana?

Hoy, sentado a mi mesa en una mañana sin nubes, veo por las ventanas el tumulto estático de los paralelepípedos rectangulares y me siento curado de la maligna afección que estuvo a punto de ocultarme la verdad de Cuba: la retinosis pigmentaria.

No son palabras de mi vocabulario y hasta esta mañana yo ignoraba el mal que designan. Para decirlo todo, acabo de encontrarlas leyendo el discurso que un funcionario cubano, Oscar Pino Santos, pronunció el 1º de julio de 1959:

"No creo que ningún turista extranjero, despues de algunos días o algunas horas en La Habana —dice—, pueda comprender que Cuba es una de las naciones más afectadas por esa tragedia internacional: el subdesarrollo...

"Sólo habrá visto de esta isla una ciudad de bulevares magníficos donde en tiendas de las más modernas se venden artículos de alta calidad. ¿Cómo podría creer en nuestra miseria si cuenta al paso las antenas de televisión, etc? ¿Cómo no va a creer, después de tantas señales, que somos ricos, que poseemos un equipo moderno que nos permite una productividad elevada?"

Bien: el viajero mal informado no carece de excusas. Tranquilizado, me dije que yo iba a ser objeto de un sobreseimiento. Nada de eso: si se deja engañar o se va contento, el turista es un enfermo.

"Existe —dice poco más o menos Pino Santos— una enfermedad de los ojos que se nombra "retinosis pigmentaria" y que se manifiesta por la pérdida de la visión lateral. "Todos los que se han llevado de Cuba una visión optimista, son grandes enfermos: ven de frente y nunca con el rabillo del ojo".

No conocía esa palabra: "retinosis". Pero hace ya algunos días que he comprendido mi profundo error y he sentido vacilar más prejuicios; he advertido de pronto que para descubrir la verdad de esta capital, había que tomar las cosas por el otro extremo.

Era de noche y regresaba en avión de un viaje al interior de la isla. El piloto me llamó a la carlinga: se acercaba el aterrizaje. Ya descendíamos hacia un desparramo de joyería: diamantes, rubíes, turquesas.

El recuerdo de una conversación reciente me impidió en ese instante admirar aquel archipiélago de fuego sobre el cristal negro del mar: aquellas riquezas no eran cubanas. Una compañía yanqui suministraba a toda la isla la energía eléctrica.

Tenía invertidos en Cuba fondos "yanquis" pero su sede permanecía en los Estados Unidos y repatriaba sus utilidades.

Las luces aumentaban: las piedras preciosas engrosaban, se convertían en frutos resplandecientes y desgarraban la alfombra nocturna. Yo veía aparecer claridades a ras de tierra, pero me decía: "El que alumbra es el oro extranjero".

En lo adelante, al hacer funcionar de noche un interruptor, yo sabía que mi habitación salía de la noche gracias a una compañía extranjera, la misma —me dijeron— que tenía el monopolio de la electricidad en todos o casi todos los países de América Latina. La inmensa e inútil lámpara que alza en el puerto de Nueva Yorg la estatua de la Libertad, adquiría su verdadero sentido: los americanos del Norte iluminan el Nuevo Mundo vendiéndole muy cara su propia electricidad.

El teléfono cubano también pertenecía a una compañía norteamericana que había invertido en el negocio capitales sobrantes. Cuando los cubanos hacen una llamada, se comunican, en suma, con la autorización benévola de los Estados Unidos.

Yo lo había comprendido todo al revés: lo que tenía por señales de riqueza, eran, en realidad, señales de dependencia y de pobreza.

A cada llamada telefónica, a cada parpadeo de un neón, un pedacito de dólar salía de la isla e iba a integrar en el continente norteamericano, con los demás pedazos que le esperaban, un dólar entero.

¿Qué decir de un país cuyos servicios públicos tienen la raíz en el extranjero? Los intereses se oponen: ¿qué pueden hacer los cubanos contra ese inmenso trust que monopoliza la corriente eléctrica en todas las repúblicas latinas?

Esa compañía debe de tener una política extranjera y Cuba es sólo un peón en el tablero.

Ahora bien: una nación forja su unidad en la medida en que sus miembros se comunican entre sí. Sí, quien-

quiera sea, debidamente o no, el extranjero se impone a los ciudadanos como un intermediario permanente; si es necesario pasar por él para tratar del trabajo, los estudios y hasta la vida privada; si la electrificación de los campos es resuelta o aplazada en otra capital, por los habitantes de otro país y teniendo en cuenta intereses de otro país, la nación se resquebraja, adolece de una grieta en lo más profundo de su unidad: los ciudadanos son separados en la comunicación.

Los monopolios de Estados Unidos representan en Cuba un Estado dentro del Estado. Reinan sobre la isla debilitada por la hemorragia de divisas.

Cada vez que las grúas del puerto depositaban en el piso de los muelles un auto nuevo de marca norteamericana, la sangre corría más fuerte y más rápida. Me habían dicho: "Esos autos nos cuestan millones cada año".

Yo los miraba mejor y acababa por descubrir en ellos la primera huella de la garra de la Revolución. Cobres y níqueles brillaban, pero resultaban un tanto atrasados: los más nuevos tenían por lo menos catorce meses, quizá dieciocho. En Chicago o Milwaukee, ya sus hermanos gemelos habían sido enviados a los cementerios de autos.

Siguiendo con los ojos el incesante desfile que tanto me sorprendía todavía la víspera, me dije que veía muertos: la Revolución los había resucitado y obligaba a tratarlos con consideración: era preciso que sirvieran.

Aquellos automóviles cubanos de adopción servirían todavía largos años a Cuba: al cabo de diez o veinte reparaciones, permitirían conservar en la isla diez, veinte veces más millones que los que costaron. En ese sector, por lo menos, la hemorragia estaba detenida.

Más tarde, comprendí todavía mejor el sistema que llenaba las calles habaneras de esas pesadas máquinas. Observé que se amontonaban en ellas seis o siete personas y que sus propietarios vestían sin cuidado, a veces pobremente.

En Europa, los automóviles están de acuerdo con la elegancia de las ropas, con la holgura. La mayor parte de las veces los compran las clases medias.

Pero Cuba ha sufrido desde hace tiempo la influencia de los Estados Unidos, donde la pequeña burguesía y los trabajadores mejor pagados pueden comprar un auto.

Los cubanos imitaron a los yanquis sin tener sus recursos. Las marcas de autos más caras eran accesibles

a bolsillos bastante escuálidos, a condición de morir de hambre. Aceptaron morir un poco detrás de las paredes para poder aparecer públicamente al timón de un Chrysler.

También aprendí a ver de otro modo El Vedado y sus rascacielos. Una noche le pregunté a Franqui, el director del diario "Revolución", acerca de la fiebre que se había apoderado del Vedado en 1952. ¿Quién había hecho construir? Cubanos. ¿Con qué capitales? Con capitales cubanos.

—¿Hay tantos ricos?

—No —me dijo—. Hay grandes inversiones, pero proceden principalmente del ahorro pequeño y mediano. Imagínese tenderos que han llegado a la edad madura con economías de 5.000 ó 10.000 dólares. ¿En qué las invertirían, puesto que no existe industria cubana?

—¿Nadie les proponía crearlas?

—Algunos aventureros a veces, o pequeños industriales que trataban de desarrollar su negocio. Pero eso nunca terminaba bien: a los grandes propietarios no les gustaba, lo decían y el fabricante temerario terminaba por comprender. De todas maneras, por otra parte, no habría vendido una sola acción. La costumbre entre nosotros es ponerlo todo en edificios. Para nuestra clase media, es la inversión más segura.

Ahora me parece que mi mirada atraviesa los edificios y descubre el origen de esos palacios modernos en las malas costumbres de un país subdesarrollado.

En Cuba, la riqueza es la tierra: ha dado a muchas familias millones y casi la nobleza. Atraídos por la aparente inmovilidad de los suelos, los burgueses imaginaron que también aseguraba la persistencia de rentas raíces.

A falta de tierra, compraron terrenos; no pudiendo sembrarlos, los cubrieron de inmuebles: prefirieron a la aventura industrial la engañosa estabilidad de un alquiler. Las máquinas giran, cambian, se las cambia; por el contrario, los bienes "inmuebles" tranquilizan con su mero nombre. La piedra construída es inerte y por consiguiente estable: no va a ninguna parte puesto que no se mueve.

Por instigación de Batista y los especuladores que lo rodeaban, esos pequeños ricos de un país pobre se lanzaron, sin ver las consecuencias, a la loca empresa de competir con Miami. Hoy, esas inmovilidades soberbias pesan sobre ellos. El rascacielo del Vedado es una copia que contradice su modelo: en los Estados Unidos,

la máquina vino primero y fue la que determinó el estilo de la habitación.

En Cuba, ese brote de "skyscrapers" sólo tuvo un sentido: reveló la negativa tenaz del ahorro burgués a industrializar el país.

II

Era un puñado de hombres amontonados en una cáscara de nuez que venían de México. El ejército los esperaba en la costa para masacrarlos. Los sobrevivientes se refugiaron en la montaña. Y ese día empezó la revolución en Cuba.

La revolución es una medicina de caballo: una sociedad se quiebra los huesos a martillazos; demuele sus estructuras; trastorna sus instituciones, transforma el régimen de la propiedad y redistribuye sus bienes; orienta su producción según otros principios; trata de aumentar lo más rápidamente posible el índice de rendimiento y, en el mismo instante de la destrucción más radical, intenta reconstruir, darse, mediante injertos óseos, un nuevo esqueleto. El remedio es extremo y con frecuencia hay que imponerlo por la violencia

La exterminación del adversario y de algunos aliados no es inevitable, pero es prudente prepararse para ella.

Después de eso, nada garantiza que el nuevo orden no será aplastado en el huevo por el enemigo de dentro y de fuera, ni que el movimiento, si es vencedor, no será desviado por sus combates y por su propia victoria.

Se concibe que los propios oprimidos le teman a una metamorfosis tan aventurada mientras su condición siga siendo casi tolerable.

Las masas sólo se deciden en último extremo y cuando ya lo han ensayado todo: ajuste de los intereses, concesiones mutuas, reformas. Y todavía, ¿puede decirse que se deciden?

Generalmente son obligadas a ello por grandes cataclismos. La bancarrota y el hambre, la guerra ex-

tranjera y la derrota, deciden por ellas y a veces fuerzan al propio partido revolucionario a sumir el poder en un momento inoportuno.

Lo que me sorprende en Cuba es que las perturbaciones hayan comenzado tan bruscamente. Nada las anunciaba, no se preveía la menor catástrofe. Cuatro años antes, un golpe de Estado había dado el poder a Batista y pocas gentes habían protestado: se resignaban a la dictadura por asco de sus asambleas charlatanas y podridas.

Así las cosas, el 26 de julio de 1953, un joven abogado, Fidel Castro se lanzó con un puñado de compañeros al asalto del cuartel Moncada. Lo apresaron, lo encarcelaron en una fortaleza y lo condenaron. La opinión pública no lo apoyó:

—¿Quién es ese aguafiestas? !Vaya hazaña! No resuelve nada. Y si Batista se hubiera enojado, habría disparado sobre nosotros.

Los partidos de oposición no dejaron de censurar al temerario que había fracasado. El Partido Comunista cubano habló de aventurerismo. El Partido Auténtico alzaba los brazos y el Partido Ortodoxo fue el más severo: Castro era miembro suyo cuando intentó su golpe. "Se necesita —decían todos aquellos hombres maduros y reflexivos— una izquierda. El país cifra sus esperanzas en ella. Por su parte, por demagogía y para persuadir al continente de que en Cuba las opiniones son libres, el Presidente la tolerará a condición de que no levante un dedo. No hagamos nada, fuera de mantener nuestra presencia: el tiempo trabajará para nosotros. Pero no hay que dejar que un muchacho, un irresponsable, ponga ese equilibrio, con una locura, en peligro de romperse."

El silencio volvió a reinar en la isla. Dos años después, un mal consejero le hizo creer al dictador que se atraería al pueblo con medidas de clemencia. Perdonado, pero desterrado, Castro partió para México. Aquella falsa magnanimidad no engañó a nadie y, por el momento, sólo le sirvió a él.

Después de eso, nada. Tumultos sordos en algunas regiones campesinas; pero el ruido se perdía en los campos y no llegaba a las ciudades. El orden reinaba en Cuba.

En la cumbre del poder, el dictador, apoyado en 50.000 soldados y en una policía propia para todo, vendía azúcar y placeres a los norteamericanos y compraba armas a los ingleses. No se preveía bancarrota: la isla,

desde luego, no tenía buena cara, pero eso era un mal crónico; en cuanto a Batista, sus cajas desbordaban de dólares.

El jefe de la policía adoraba al régimen y le serviría hasta la muerte. Cada mañana recibía 10.000 dólares de los banqueros de juego de La Habana. Los días se seguían y, al menos en la apariencia, se parecían.

Los especuladores especulaban; los traficantes traficaban; los desocupados seguían sin trabajo; los turistas se embriagaban, y los campesinos, desnutridos, roídos por la fiebre y los parásitos, trabajaban la tierra ajena un día de cada tres.

De cada dos cubanos, sólo uno sabía leer pero no leía. Firmemente controlados, los periódicos resultaban ilegibles; la censura se ejercía igualmente sobre los libros y devastaba las librerías y la Universidad.

Los partidos de oposición seguían hablando: se creían guardianes de las libertades democráticas y todos, hasta el Partido Comunista, reclamaban una consulta electoral. Pero su voz bajaba de año en año y el país no los escuchaba.

Ciertamente, Batista era odiado; pero nadie sabía qué hacer. En suma, el país resignado a una desgracia fija bajo temperatura constante

Y entonces llegó un día que no se anunció como mejor o peor que los demás. En La Habana, desde el amanecer, como cada mañana, la policía hacía su recorrida de las timbas y percibía la comisión de su jefe; por otro lado, otra brigada recibía el diezmo de las rameras.

Los diarios hablaban de Wall Street y de la vida mundial y publicaban la lista de los más halagadores huéspedes de Cuba. El cielo sería nublado; soplaría una brisa fuerte; la temperatura máxima sería de 28º al oeste y 30º al este o algo más. Era el 2 de diciembre de 1956. Ese día, sin anuncio previo, comenzó la Revolución.

Eran ochenta que venían de México, amontonados en un barco viejo. El mar estaba picado y habían necesitado casi una semana para cruzar el Golfo. Cuando pisaron la costa, no lejos de Santiago, habían creído morir: muchos apenas podían arrastrarse, exhaustos a causa de los vómitos

Los soldados y los policías los esperaban. Algunos jóvenes debían levantar en armas a la ciudad para apoyar el desembarco; pero la tempestad había retrasado el barco, el motín había estallado el día fijado y los

jóvenes rebeldes, solos y sin recursos, habían sido muertos.

En consecuencia, las fuerzas del orden estaban alertas: señalada y acosada, la pequeña tropa se dividió en comandos. Tenían un solo objetivo: la montaña, donde volverían a reunirse. Muchos faltaron a la cita: algunos fueron perseguidos, muertos o hechos prisioneros; otros se extraviaron y un grupo se dirigió a la capital para crear allí una red clandestina.

Un puñado de hombres alcanzó las cimas de la Sierra Maestra, la cadena más alta de la isla, y se ocultaron entre las nubes que rodean permanentemente aquellas cumbres.

El 1º de enero de 1957, la situación parecía clara. El ejército y la policía dominaban las ciudades y las llanuras. En una cresta pedregosa, treinta expedicionarios iban a morir de hambre o acabarían rindiéndose, si no era que algún campesino, impulsado por la promesa de una recompensa, los hacía caer en una emboscada

En las ciudades, muchas gentes se encogían de hombros con furia:

—Es otra vez Castro, que hace de las suyas. Pero ahora será el final: ha creído dar un golpe de mano y ha sido un cabezazo.

En La Habana conocí a un amigo de Castro, compañero suyo de los primeros días, que me dijo sonriendo:

—Al principio, lo reconozco, aquello tenía el aspecto de un "putsch".

Pero no estuve de acuerdo con él: los "putsches" se ganan o se pierden en las ciudades; un grupito de conjurados se apodera por sorpresa de los ministerios, de los órganos centrales, de los ganglios nerviosos de la capital. Si obtienen la victoria, la deben a la sorpresa: la ciudad, que se ha *dormido* bajo un régimen, despierta bajo otro.

Los hombres del 2 de diciembre hicieron todo lo contrario de lo que les habría aconsejado un "putschista" experimentado: se anunciaron, rehusando equilibrar por la sorpresa la desigualdad de las fuerzas; por decirlo así, se citaron con los soldados de Batista. Es más: dieron su dirección: hicieron saber a toda la isla que acampaban en la Sierra Maestra. Desde el 2 de diciembre, los aviones militares patrullaron cada día por encima de las nubes.

Si desde el primer día manifestaron de ese modo su presencia, no fue seguramente una falta de habilidad:

cuando lo creyeron necesario, se les vio marchar en secreto sobre el enemigo, atacar rápidamente y desaparecer. Pero al ganar la montaña, se habían fijado un objetivo inmediato: la publicidad. Ante todo, darse a conocer: ocultarse a los regimientos de Batista, pero no al país. Contaban con las tropas regulares para llamar la atención del país: órdenes y ruidos de botas, disparos...

No se engañaban: las fuerzas del orden llevaban el desorden a todas partes y extorsionaban a los campesinos; se pusieron a dar vueltas alrededor de las montañas, y el pueblo, resignado a veces a la opresión cuando ésta asumía el rostro de un oficial residente mucho tiempo en la región, no la encontró soportable cuando llegó bajo máscaras nuevas.

No: no era una fanfarronería, una apuesta estúpida, aquel esfuerzo de unos jóvenes por atraer sobre ellos todas las fuerzas de la reacción.

Corrían un riesgo de muerte para informar a sus conciudadanos que la región más alta de la isla se le escapaba a Batista: de esa manera la llanura comprendería su servidumbre y las 99 centésimas partes de la isla quedarían bautizadas como "tierras por libertar".

No se había llegado a eso ciertamente durante el invierno 1956-57: primero había que inspirar confianza, y para ello, resistir y nada más: poner rabiosos a los militares y ofrecer a los campesinos el espectáculo de las columnas prendidas en las laderas de la sierra, subiendo con gran trabajo hasta la mitad del camino hacia las cimas y bajando de nuevo con las manos vacías, para volver a subir más tarde y regresar a los valles, con la estúpida obstinación de las moscas.

Los rebeldes no eran lo bastante numerosos para trabar combate: eso vendría más tarde. Lo primero era escapar sin cesar, mediante una movilidad extremada, a las pesadas unidades militares, y luego, ocasionalmente, poner una emboscada, disparar, producir el pánico en una compañía y desaparecer.

Había que recomenzar cada día, por todo el tiempo que fuese necesario, aquel trabajo difícil, monótono, hasta que la pequeña tropa, acrecentada con numerosos reclutas, mejor armada y ya temible, concitara todas las esperanzas de la nación; hasta que el pueblo, testigo de aquella lucha desigual, rompiera las cadenas del escepticismo y la resignación y transformara un "combate dudoso" en una revolución

Punto por punto, todo se realizó como lo habían

previsto. Por consiguiente, habían tenido razón. Pero, ¿por qué?

No hay duda de que la dictadura pesaba a los cubanos; pero si ha ido disgustándose lentamente de sus instituciones democráticas, un país puede acomodarse por mucho tiempo a un régimen autoritario: la política ya no interesa.

Se requiere una desgracia intolerable para lanzar a un pueblo al asalto de los cuarteles, para que pelee con las manos vacías contra hombres armados. Es más: se requiere un refuerzo continuo de esa desgracia.

Cuando los campesinos se pusieron del lado de los rebeldes; cuando aceptaron el riesgo de matar o morir, la rebelión, desde luego, había merecido y obtenido finalmente su confianza, pero la confianza no basta.

Se necesitó sobre todo que se llenaran dos condiciones: la inminencia de un desastre, el anuncio de una nueva esperanza. De la segunda condición hablaré dentro de poco; tratemos de comprender mejor la primera.

He dicho que el cielo estaba sereno; al este y al oeste de la isla, nada nuevo: el marasmo. Puesto que ningún peligro visible amenazaba a Cuba, se necesitaba que fuera devastada por un cataclismo subterráneo; que todas o casi todas las capas sociales, bajo su aparente inercia, fueran arrastradas en una zarabanda loca y mortal. Se necesitaba que la rapidez del ciclón secreto aumentara día a día, y para terminar, cuando el pueblo se alineó detrás de Castro, se necesitó que la sociedad cubana se hallara a dos dedos de alcanzar su punto de ruptura.

Se trataba de Batista ciertamente. Se comenzaría por arrojarle, desde luego, pero el verdadero problema era otro más grave: la nación estallaría o reformaría por completo sus estructuras.

Eso era lo que habían comprendido los jefes rebeldes: esperaban que el pueblo se sintiera en situación de extrema urgencia.

La isla vivía del azúcar, pero un día advirtió que moría de ella. Ese descubrimiento, que transformó la resignación en furor —como lo deseaba Castro— y la inercia en revolución, yo lo hice a mi vez apenas dejé las ciudades por el campo.

III

"¡Es la fortuna! Los Estados Unidos deciden comprarnos el azúcar por encima del precio mundial". Los cubanos, en 1902, lanzaban gritos de alegría. Veinticinco años más tarde comprendían que se habían vendido.

Un cañaveral, a mi juicio, no es precisamente alegre. En Haití he visto algunos que se decía eran frecuentados por fantasmas; recuerdo la tierra roja de un camino desventrado y la podredumbre polvorienta de las cañas al sol.

En Cuba vuelvo a contemplar con el mismo respeto la muchedumbre impenetrable de los tallos: se aprietan unos contra otros, se abrazan, entrelazan, y de pronto uno descubre entre ellos una fisura, un alto túnel negro y profundo.

Todos los matices del verde —el verde sombrío, el verde ácido, el verde col, el verde crudo, el verdegris—, siempre que sean agresivos, se extienden hasta perderse de vista. Cada año se corta la caña, que vuelve a crecer siete años seguidos. Esa violencia y esa obstinación en la fecundidad me dan aquí, como en Haití, la sensación de asistir a las ceremonias de un misterio vegetal.

El central estaba a dos pasos. Fui. Los centrales azucareros, repartidos en toda la isla, están situados lejos de las ciudades, en la vecindad de las plantaciones. Ahí se fabrica ese producto semielaborado, el azúcar bruto.

A la entrada, el trabajo agrícola perdía sus derechos, epilogaba en una confusión: carretas de bueyes, camiones, volcaban las cañas sobre una alfombra rodante; un movimiento brusco, una caída desordenada de tallos verdosos y sucios; nubes de moscas se precipitaban tras ellos en el foso, y la cinta sin fin elevaba todo ese verdor hacia su primera metamorfosis, hacia los férreos rodillos del trapiche encargados de molerla.

Se recoge una linfa turbia, el guarapo, y se encamina el residuo sólido (bagazo) hacia las calderas que alimenta. En principio, la caña suministra el material a elaborar y el combustible para elaborarlo.

He recorrido una central, caliente como un horno; sudando, perseguido por las moscas, he asistido a través de una ventanilla, a las transformaciones de la savia de la caña; he visto la evaporación del líquido, las ondas pastosas de la melaza; en el fondo de una cuba o tacho, un plato girando sobre sí mismo, utilizando la fuerza centrífuga para una última purificación. Todo termina por el ensacamiento de cristales húmedos y pardos que no brillan.

Se llevaron los sacos, imagino, al puerto más próximo; se los amontonó en los buques. Pero eso me bastaba. Me alejé de allí.

Más que el calor, fue el olor lo que me aniquiló: un olor de bestia, como si el azúcar fuese a la vez una savia y una secreción animal.

Ese olor no me dejó en todo el día, saturándome las fosas nasales y el fondo de la boca, azucarando la carne y el arroz, los cigarrillos, hasta la pipa. Conservaba la insipidez de una destilación natural; pero su viscosidad un poco quemada evoca ya la cocción, todos los artificios del trabajo.

Es lo que conviene, en suma, a un producto semielaborado, en plena metamorfosis. Las grandes refinerías de los Estados Unidos —las que reciben esa arena húmeda de la que hacen cubitos de azúcar blanco—, estoy seguro de que ellas no tienen olor. En Cuba, casi no se refina: ese olor potente y demasiado orgánico, es su propio olor.

Es el que los cubanos sienten en el fondo de su garganta, cuando consumen ese subproducto pálido y fresco de su principal industria, el guarapo.

¡Una isla de azúcar bruto! ¿Quién, entonces, la obliga a detenerse a pleno proceso de refinación? A menudo se ha dicho que la metrópolis adquiere a la colonia los productos de extracción, los productos alimenticios, mientras por otra parte desalienta las industrias de transformación.

Cuba, dominada por un proceso de elaboración que no lleva hasta su última metamorfosis, ofrece a simple vista el perfil de un país colonizado. Ahora bien, hace cincuenta años que es un país independiente y soberano. He creído descubrir, detrás de esa aparente contradicción, un truco, una de esas trampas en que la

historia a veces hace caer a una nación entera, para luego olvidarla durante años o siglos.

Las plantaciones de caña existían en Cuba antes de 1900. Aún en la época de los españoles, había inversiones yanquis. Sin embargo, la altiva impotencia de los terratenientes no alentaba las grandes concentraciones de capital.

Cuba salía apenas de la época feudal cuando en 1895 volvió a empuñar las armas contra la metrópolis: la "gran guerra" hispano-cubana no fue simplemente una insurrección anticolonialista; el país quiso cambiar estructuras superadas, realizar con cien años de retraso su revolución burguesa y fundar las libertades cívicas sobre el liberalismo económico; los derechos del ciudadano sobre los derechos del propietario. Una industria modesta pero eficaz; transformación, refinación, obtención directa de los productos de consumo.

Pero la isla seguiría siendo, en primer término, agrícola. Se diversificarían los cultivos para diversificar los compradores; se ofrecerían las zafras a todo el mundo; se las vendería al mejor postor. José Martí, el líder —muerto antes del triunfo— de esta primera revolución, escribía: "El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo".

Sesenta y cinco años más tarde, un discurso de Fidel Castro parece responderle: "Nosotros los cubanos, jamás tuvimos una oportunidad". Los abuelos de quienes lo escuchan, se dejaron engañar. La revolución les fue escamoteada.

Los cubanos habían empuñado las armas en un mal momento: se habían batido contra el colonialismo lastimoso de una vieja mendiga en un momento en que los verdaderos amos del mundo entraban, uno tras otro, en una aguda crisis de imperialismo.

Hombres de levita y militares de uniforme se reunían en torno de los planisferios y se repartían el mundo a golpes de lápiz. Los Estados Unidos no podían escapar a eso: el crecimiento de la producción les inquietaba; hacían falta mercados para los productos excedentes; necesitaban plazas seguras para sus capitales sobrantes.

La doctrina Monroe cambió de significado: en su origen era la definición de una política. El 2 de diciembre de 1823, el presidente de los Estados Unidos, James Monroe, lanzaba un mensaje que reclamaba "América para los americanos". Los Estados Unidos —afirmaba— no intervendrían en los asuntos de Europa, pero Eu-

ropa ya no debía considerar a América como una tierra de colonización defensiva y pacífica: América para los americanos, nada más ni nada menos.

Hacia 1900, un "gang" de hombres de negocios y de políticos tradujo ese principio a un idioma nuevo. El resultado fue: "América del Sur para los americanos del Norte".

La segunda revolución industrial, sus peligros, la inquietante producción en masa, con las terribles crisis que amenazaba engendrar, todos estos hechos, todavía dispersos y mal comprendidos, pero que de un mismo golpe aumentaban la ganancia y revelaban el sistema en su fragilidad; es aquí donde hay que ver el origen de una metamorfosis que se hizo a la callada y que nadie mencionó: la libertad de empresa y la libre competencia desaparecieron. Nacieron los trusts.

Esa fue la mala suerte de los cubanos; durante un siglo entero, habían admirado sin reservas a los Estados Unidos; sus grandes proscriptos habían estudiado de cerca el libre juego de las instituciones, de la competencia, el vínculo entre los derechos cívicos y el régimen de la propiedad. Y cuando, fortalecidos por ese ejemplo, recomenzaron la guerra, lo que habían tomado por modelo ya no existía: un liberalismo de relumbrón ocultaba el imperialismo de los trusts, del que iban a ser las primeras víctimas.

El problema de Cuba fue puesto en estudio cuando los cubanos aún estaban batiéndose. Pareció entonces, a los extasiados puritanos, que Dios bendecía sus obras: el asunto se presentaba mucho mejor de lo que imaginaran. Dicho de otro modo, con un poco de audacia, los Estados Unidos podrían obtener resultados imprevistos.

Los remolacheros y los escasos plantadores de caña del Sur norteamericano producían poco, y a precios de costo muy elevados. Incapaces de satisfacer la demanda nacional, necesitaban tarifas que los protegieran.

Cuba era el rayo de la providencia. Bastaría integrar la isla en un circuito cerrado. Al abrigo de un proteccionismo aduanal, los productores norteamericanos fijarían sus precios según sus costos, sin inquietarse por los precios mundiales. El mercado interior absorbería su producción, y el resto sería suministrado por los plantadores cubanos. Mas para evitar el derrumbe del mercado, se compraría el azúcar de la isla al mismo precio que el de los plantadores yanquis. Ese privilegio económico tendría una primera consecuencia: ligar la isla al continente.

Hacía tres años que los cubanos peleaban. Las epidemias devastaban el ejército español. Bruscamente, en el puerto de La Habana, voló el "Maine". Hoy, los profesores de historia, aun en los Estados Unidos, no pueden evocar aquel acorazado norteamericano sin una discreta sonrisa.

No obstante, hubo muertos a bordo. La opinión se inflamó. La doctrina Monroe y la generosidad puritana lanzaron a los Estados Unidos a una cruzada contra España. La vieja monarquía sangró, replegó sus tentáculos. Antes que los estupefactos cubanos tuvieran tiempo de agradecer a sus aliados, éstos se convirtieron en ocupantes: un tratado firmado en París les dio el gobierno provisional de la isla.

Se quedaron cuatro años, el tiempo que necesitaron para instalar su dispositivo. Cuando por fin cedieron la plaza a los nativos —en 1903— no habían omitido nada para hacer del naciente Estado un monstruo semejante a los gansos de Estrasburgo que mueren lentamente en los sufrimientos de un hígado demasiado delicioso...

Inclusive se habían previsto sobresaltos, convulsiones. La enmienda Platt, agregada a la Constitución, otorgaba a los libertadores el derecho a regresar en caso de conflicto —es decir, cuando ellos quisieran—, y de liberar a sus hermanos cubanos con tanta frecuencia como estimaran necesario.

La fecundidad de Cuba será, en el futuro, su dicha. En 1902 fue la fuente de sus desgracias. Se planta allí una estaca, y florece. Es el país donde el cultivo de la caña tiene un costo más bajo.

Gracias a los acuerdos celebrados con los norteamericanos, era Cuba el país que vendía su azúcar a precio más elevado. Hace poco, aterrado por la visita de Mikoyan, el embajador de Estados Unidos publicó este anuncio: el gobierno cubano vende a la Unión Soviética el veinte por ciento de su zafra al precio mundial; tiene derecho a hacerlo. Pero si los norteamericanos decidieran pagarle el mismo precio, Cuba perdería cada año ciento ochenta millones de dólares.

A lo que los dirigentes cubanos respondieron simplemente: "Hagan la prueba".

Hace mucho tiempo, en efecto, saben que los intereses de los remolacheros norteamericanos y los plantadores de la isla son solidarios. El mismo producto será caro en Nueva York y barato en Moscú: así lo ha querido Teodoro Roosevelt, así lo han querido después de él todos los inquilinos de la Casa Blanca.

Ahora bien, en el mundo entero los grandes capitales acarician el mismo sueño: financiar empresas que vendan al precio más elevado lo que ellas producen al precio más bajo. A partir de 1902, desde Pittsburgh, Detroit, Chicago, los dólares sobrantes levantaron vuelo para abatirse sobre las tierras vírgenes del nuevo Edén.

Producido en el Norte por el acero y por las máquinas, el dinero industrial se convertía en azúcar al tocar la isla: compraba campos, los cubría de caña, elevaba centrales que molían la caña para recoger su turbio zumo.

Metamorfosis provisoria: vendido a consumidores yanquis por propietarios yanquis, el azúcar yanqui de Cuba se transformaba en dólares apenas se lo depositaba en los Estados Unidos; esos dólares regresaban más numerosos que al partir y se los distribuía a los accionistas bajo la forma de los más hermosos dividendos del mundo.

Theodore Roosevelt veía más lejos: esas piezas de oro y de plata que se envía a hacer un paseo a un país pobre, son apenas un aspecto del imperialismo económico. El más inmediato quizá, el más brillante, pero no el más profundo.

La hipertrofia de la caña formaba el sector clave de la economía cubana. Los otros cultivos, aplastados, desaparecían; o no alcanzaban a nacer. Aquellos que resistían, eran confinados en los más estrechos límites. La industria azucarera se desarrolló en detrimento de las otras industrias.

Esa es la fortuna del imperialismo: por el propio juego de la dominación económica, crea en el oprimido necesidades que solamente el opresor puede satisfacer. La isla diabética, asolada por la proliferación de un solo cultivo, perdía toda esperanza de bastarse a sí misma.

Los acuerdos azucareros tuvieron su contrapartida: la generosidad puritana prometió arreglarlo todo. Los industriales del Norte cederían al precio corriente los artículos manufacturados, y los agricultores norteamericanos considerarían un deber el vender a sus paisanos de Cuba los productos alimenticios.

Al principio, hay que reconocerlo, los cubanos estaban encantados. Todo empezaba como un cuento de hadas: ¡el azúcar se convertía en oro!

En 1901 los Estados Unidos habían consumido 2.963.000 toneladas de azúcar, de las que sólo 550.000 provenían de Cuba. En menos de diez años, la proporción se invirtió: en 1911, sobre 3.800.000 toneladas consumidas en Esta-

dos Unidos, 1.674.000 venían de Cuba. En 1925, sobre 6.934.000 toneladas consumidas, Cuba suministró 3.923.000.

Eso significa que la isla recibe el primer año del siglo 27 millones de dólares; 25 años más tarde, la caña le rinde 193 millones de dólares. El cambio se reflejó inclusive en Europa: españoles pobres emigraron a su antigua colonia. Los largos tallos inundaron la isla. La caña representaba el 25 por ciento de la producción.

Fue necesario que transcurriera un cuarto de siglo, que llegara la primera crisis económica, para que la joven nación saliera de la embriaguez. En 1901, en la ebriedad de la victoria, había aceptado proposiciones equívocas: simplemente porque se la amaba, se le hacía ese ofrecimiento increíble de pagarle, por su principal producto, más de lo que valía.

Naturalmente, la oferta escondía una trampa en la que cayeron de cabeza los notables cubanos. La isla entera, cegada por su brusca y loca riqueza, por esa polvareda de oro sobre sus campos, había seguido el mismo camino. Veinticinco años de ignorancia y de inercia: en otros términos, veinticinco años de complicidad. Cuba se había vendido, y lo advertía demasiado tarde. Su explotador la despreciaba un poco; y para mejor retenerla, la obligaba a vivir por encima de sus recursos.

Ya en aquella época, los más lúcidos comprendieron que el balance del comercio con los Estados Unidos sería siempre negativo. Cuando alguien se quejaba, los norteamericanos se encogían de hombros:

—Cuba es una isla especializada —decían. Que trabaje para nosotros. Nosotros trabajaremos para ella.

Trabajaron tan bien, que inundaron toda la isla con sus mercancías, desde los "bull-dozers" y las grúas mecánicas hasta los cigarrillos y las lavarropas.

En cuanto a la agricultura, las cosas llegaron a tal extremo que el país más fértil de las dos Américas debió procurarse en los Estados Unidos la tercera parte, y en algunos sectores la mitad, de los alimentos que consumía. Veremos luego que Cuba podía producir esos alimentos sin disminuir una sola caña de sus plantaciones. Lo que esto quiere decir, en suma, es que pagaba en dólares su derecho a conservar sus campos incultos

Las tierras baldías de la isla, sacrificadas no por el monocultivo sino por el régimen social que se fundaba sobre él, tenían su contrapartida en los millares de hectáreas asiduamente cultivadas en Ohio, en Utah, en California. Los cereales que no se sembraban en la isla, las plantas que ahí no crecían, eran cuidados con esmero

en el Norte: cubrían vastos espacios, toda una Cuba continental que alimentaba a la otra, la insular.

Las refrigeradoras y los tomates salían en barcos, de puertos norteamericanos con destino a Cuba. Pero de los hermosos dólares que pagaban el azúcar, Cuba no veía ni el color. Esas divisas estaban gastadas de antemano, se quedaban en los bancos de Estados Unidos para pagar lo que Cuba compraba. Y aun así, no eran suficientes. Puesto que no se producía nada, había que importarlo todo.

Nada malo pasaba cuando la importación y la exportación crecían juntas: se cubrían las brechas transfiriendo a las cuentas de los norteamericanos las ganancias realizadas en otros sectores de la exportación.

En una palabra, los norteamericanos venían productos elaborados a cambio de materias primeras o semielaboradas, las cuentas se estabilizaban en Washington, pero esos sabios equilibrios cada vez enmascaraban menos la realidad. Había un incesante trueque de mercaderías, pero en Cuba el dinero no era visible porque los norteamericanos no daban nada y se llevaban todo; y en Washington, crecía una cifra negativa: la deuda cubana aumentaba sin cesar.

Había años de vacas flacas: Cuba se demoraba en los pagos y renunciaba a cubrir el déficit.

Los norteamericanos se mostraban comprensivos: seguían proveyendo automóviles y refrigeradoras, daban crédito a todo el mundo, y el país se arrastraba, aplastado de rascacielos y de mecánica, y cada nuevo gobierno descubría, al asumir el poder, finanzas calamitosas, una economía deteriorada, obligaciones discretamente evocadas pero implacables.

Sucede en ciertos países, sin duda muy atrasados, que el patrón restablece el sistema de esclavitud aprovechando las deudas de sus empleados; basta rescatar las deudas pagándolas en efectivo; el deudor se deslomará para liberarse y quedar en paz con el acreedor único; mas para trabajar hay que comer; entonces se endeudará para trabajar, y la liberación no viene nunca.

Esto era Cuba hasta el primero de enero de 1959. Tenía un patrón. Uno solo, un solo empleador, un solo vendedor, prácticamente un solo comprador, un solo acreedor. Usaba sus fuerzas y fatigaba sus tierras para producir azúcar, en la esperanza cada vez más vana de reconquistar su libertad. La frase de Martí adquirió un sentido nuevo, la gente la repetía sin alegría: "El pueblo que quiere morir vende a un solo pueblo".

¿Valía la pena haberse batido tanto tiempo contra España para encontrarse un día frente a un cliente solitario y todopoderoso?

El gobierno y el Congreso de Washington tomaban decisiones unilaterales sobre el azúcar. Establecieron, sin apelación, el precio de la tonelada corta, la cantidad global a importar, la "cuota" (porcentaje de azúcar cubano en el total de las importaciones).

A Cuba no le quedaba más remedio que callarse. Contra la fuerza, habría podido protestar. Pero la fuerza estaba ausente. O invisible.

Esos decretos autoritarios se fundaban simplemente en la potencia del dinero, en acuerdos que dirigentes cubanos habían firmado libremente: Washington tenía sujeto por la garganta al gobierno de la isla por la simple razón de que era y seguiría siendo el único, entre los posibles clientes, que pagara el azúcar por encima del precio internacional.

La sociedad y la economía de Cuba se habían desarrollado desde 1900 sobre la base de estos altos precios. Si los Estados Unidos, por algún imposible, perdían interés en su proveedor consagrado; si Cuba, sin industrias, sin reservas, se veía constreñida a vender al mejor postor, sin dejar de comprar afuera los productos manufacturados, vendría la ruina. La isla, desplomándose desde lo alto sobre el mercado del mundo, se rompería los riñones.

Víctima de una falsa abundancia que disimulaba deudas, estrangulado por un privilegio, el país vivió en medio del lujo de los ricos una pesadilla, una amenaza apenas disimulada de hambre general.

Indudablemente, los Estados Unidos no tenían interés en bajar los precios, para ello habrían debido abandonar de golpe su política; además habían realizado en la isla, y particularmente en el sector del azúcar, inversiones que debían proteger.

Quedaba la competencia extranjera. En América Latina, los cubanos tenían rivales que soñaban con desplazarlos.

Washington podía pensar en comprarles más. En suma, podía, de un año a otro, cercenar la cuota cubana. El gobierno de Estados Unidos no ignoraba su poder; y no desdeñaba mostrarlo:

—Y si les rebajamos la cuota ¿eh?

En suma, obligaba a aquella nación "soberana" a bailar al ritmo que le tocaba, y esa nación bailaba, porque no le quedaba otro remedio.

IV

De cada 100 cubanos, 45 eran analfabetos cuando Fidel Castro asumió el poder, pero la mitad de los maestros no trabajaban.

Edificar sobre el azúcar, ¿es mejor que edificar sobre la arena? Cuba realizó la amarga experiencia de esa fragilidad. Por el azúcar, estaba en manos de los norteamericanos, y a través del azúcar experimentaba la reacción del resto del mundo ante Estados Unidos.

Según los acontecimientos, según las crisis, el amo incitaba a producir o frenaba la producción.

Al principio la estimuló, hasta arrancar cinco millones de toneladas en 1925. Cinco años más tarde la sumió bruscamente en el Malthusianismo: frenada por las tarifas Hawley-Smoot, la isla volvió al índice anterior: dos millones de toneladas. Fue necesario que transcurrieran 17 años para recuperar el nivel de 1925: cinco millones en 1947. En 1952 se batieron todos los records: siete millones de toneladas. Lo que tuvo por consecuencia inmediata una crisis de superproducción.

Llegó Batista. Creyó que había que tratar a la producción como una fiebre, hacerla bajar rápidamente. En un año, volvió a caer de siete a cuatro millones de toneladas. Se comprende que el remedio fue peor que la enfermedad.

Es posible que la cifra "óptima" se sitúa entre cuatro y cinco millones de toneladas. No importa: el azúcar cubano es frívolo; la constancia de un "óptimo" abstracto no hace la riqueza; pero las sacudidas rápidas y brutales de la producción forjan la ruina.

Lo que aún no comprendían los cubanos era que la hipertrofia del azúcar había falseado todas las estructuras de su sociedad. Lejos de favorecer una distribución

equitativa del producto nacional, este tipo de cultivo establecía la riqueza de los unos sobre la miseria de los otros.

En 1900 Cuba salía apenas del feudalismo. Su economía parecía transitoria: pocos grandes dominios, poca industria, una burguesía escasa, artesanos y sobre todo agricultores.

Esta fase del desarrollo nacional es frecuentemente denominada "precapitalista"; en particular, por los propios cubanos. Los acuerdos azucareros precipitaron la metamorfosis, desviándola. La industrialización y la concentración industrial fueron trabadas desde el comienzo.

En cambio, el flujo de capitales norteamericanos y secundariamente las modificaciones de la cuota azucarera —que arruinaban a los propietarios cubanos menos ricos— favorecieron la concentración de tierras. Las grandes explotaciones devoraron a las pequeñas, que no podían resistir los golpes. Y de este modo se redondearon los latifundios.

Es cierto que en el transcurso de este medio siglo, los propietarios cubanos recuperaron la tierra: en 1939, las empresas norteamericanas producían el 55 por ciento de la zafra, las cubanas el 22 por ciento; después la proporción se invierte: 62 por ciento de la zafra es producido por cubanos, 36 por ciento por las compañías norteamericanas.

Pero eso no importa. Porque la concentración de la tierra se acelera: 161 empresas llegan a poseer o controlar 184.000 caballerías (la caballería equivale a trece hectáreas y medias), es decir el 27 por ciento del suelo nacional.

Los propietarios son ausentistas: viven en La Habana o en Nueva York; viajan por Europa; sus mayorales distribuyen el trabajo a los jornaleros, que cobran cuatro meses de salarios, de diciembre a marzo. Concluída la zafra, que revienten. Hay que vivir ocho meses sin hacer nada. Se endeudan, ya con el bodeguero de la aldea, ya con el patrón. Cuando ocho meses más tarde vuelven al trabajo, su paga futura está consumida de antemano por esos préstamos interesados.

Estas tierras sin hombres, cultivadas por hombres sin tierras, reciben de los cubanos el nombre que designaba las grandes propiedades en la antigüedad: son los latifundios. Como en tiempos de los romanos, se caracterizan por el ausentismo del propietario, por el cultivo extensivo, por la inmensidad de las tierras baldías.

Reclama todo eso el azúcar? Sí y no. Cualquiera sea el régimen, el cultivo de la caña supone la concentración de

las tierras. Pero los acuerdos azucareros sólo exigen el latifundio.

Como ya hemos visto, el interés de Estados Unidos consiste en que sus agricultores alimenten, onerosamente, a esos "especialistas" que son los campesinos cubanos. El monocultivo rinde doblemente: primero, por lo que produce; segundo, por lo que impide sembrar.

Si los cubanos siembran arroz, cultivan tomate, ¿qué harán los agricultores norteamericanos? Sin duda, los norteamericanos no deseaban que la caña invadiera la isla hasta el litoral: temían la superproducción, el embotellamiento de los mercados, las crisis. Pero, afirmaban, ¿para qué desflorar vuestras tierras vírgenes? Una tierra virgen es una cosa tan bonita. Aceptad nuestras compras de azúcar y la de los raros clientes que os autorizamos, sembrad y recolectad la caña en cumplimiento de vuestras obligaciones; por lo demás, que la isla siga entregada a la naturaleza; dejadla al sol y al mar.

Para los grandes propietarios, el consejo era juicioso. Cuanto menos se ocupa uno de la caña, más vale.

Ya señalé que cada siete años se queman las plantas para devolver su vigor a las tierras agotadas. Pero durante seis años seguidos, se corta el mismo tallo; el muñón vuelve a brotar, y a partir de diciembre aguarda con insolencia el machete negro que la corte.

¿Por qué, entonces, fatigarse sobre una huerta? ¿Para qué trabajar centímetro a centímetro y cubrir la isla de miniaturas, cuando un gesto basta para preñar mil hectáreas y dar al amo siete años de felicidad? Siete años de viajes por el mundo. Decapitada, la caña resucita y vuelve a ofrecerse al filo del acero. ¿Para qué hace falta el propietario? Nada cambia. Un mayoral basta.

Todas las capitales del mundo han conocido esos hombres pálidos y gordos, siempre abrumados, inclusive en París, por el recuerdo de una temperatura subtropical de la que han huído. Esos productos semielaborados (como su azúcar) venían a refinarse en Europa: uno de ellos conocía todos los sellos postales emitidos por Alemania; otro, la historia de nuestros gobelinos...

Pero allá en su país, y aunque estuvieran ausentes, seguían siendo bárbaros, porque devastaban las tierras más fértiles con una voracidad grosera, con los métodos más rutinarios, abandonando el resto a las zarzas.

De 180.000 caballerías que poseían o controlaban, apenas cultivaban 120.000. Aspiraban a una producción flexible y prudente que siguiera con exactitud el itinerario caprichoso de la cuota.

La especialización de la isla agradaba a sus protectores extranjeros; pero el propietario cubano también le sacaba provecho. ¿Qué exige el cultivo extensivo? Equipos de obreros agrícolas que trabajen un tercio del año, y a quienes se echa en seguida hasta el año próximo. El policultivo, si se desarrollara, reclamaría —como ya se había visto en otras regiones de la isla— una técnica "intensiva", la presencia asidua del cultivador: habría que desarrollar todo un sistema de granjas, de aparcerías; el terrateniente ya no sería dueño en su casa.

Los latifundistas temían alertar al campesino, volverlo consciente de sus derechos. Los cortadores de caña se alborotaban a veces, pero eran buena gente, que no sabía leer. Y además, trabajaban por un bocado de pan.

El régimen latifundista y la esterilización voluntaria de Cuba van de la mano: el ciclo infernal del azúcar lo exige; y llega a influir en las más viejas empresas de la isla, en las "ganaderías".

Introducido por España antes de la guerra, el ganado fue hasta fines del siglo XVIII el principal recurso de la isla. Desplazado por la caña, relegado a un segundo plano, sigue la pauta de su vencedor, y hasta encuentra en esa victoria un estímulo para resucitar o desarrollar sus viejas tendencias coloniales: en 1958 la ganadería produjo cien millones de dólares y dio trabajo a cien mil hombres; teniendo en cuenta estos buenos servicios, los criadores estimaban legítimo ocupar, sin trabajarla, un gran porcentaje de la tierra cubana.

En las trescientas mil caballerías que se habían adjudicado había de todo, naturalmente: tierras fértiles, otras que lo eran menos. Pero un grupito de pequeños propietarios condenaban indiscriminadamente a unas y a otras a la infertilidad.

El ganado vagabundeaba en esas grandes extensiones; y en Estados Unidos, los productores de arroz, de tomates, de legumbres, hacían fortuna. Sin hacer un gesto, sin pronunciar una palabra, el imperialismo norteamericano, con ayuda de sus aliados cubanos, reforzaba el feudalismo que su fuerza militar había pretendido destruir.

Criadores y plantadores servían los intereses de los yanquis y los suyos propios cuando desalentaban la industrialización del país.

Los Estados Unidos temían la competencia; los grandes propietarios temían las rupturas del equilibrio in-

terior: si se permitía a la burguesía industrial crecer, si los asalariados agrícolas dejaban el campo para trabajar en las fábricas ¿qué ocurriría?

Estos reyezuelos jugaron al chantaje en nombre de Estados Unidos, sin que los norteamericanos tuvieran necesidad de mezclarse en la operación. Repetían en sus periódicos y en sus comités: "¡Cuidado con las represalias!" Si alguien pretendía fundar una empresa, había que oírlos gritar: "¡Están locos, nos rebajarán la cuota!"

Todos los gobiernos cubanos estuvieron de acuerdo para apartar a las instituciones de su función. La aduana protegió, bajo el dulce nombre de libre intercambio, la invasión del mercado por los artículos norteamericanos; el Banco Nacional, los bancos privados, las oficinas de créditos, al favorecer la construcción de inmuebles, invirtieron el curso normal de los capitales, desacostumbraron a los cubanos a invertir en la industria, convirtieron a los pequeños burgueses —al principio contra su voluntad, luego con su consentimiento— en propietarios de inmuebles o de apartamentos, en rentistas.

Las ideas nacen de la práctica: cuando se persuadió a estos hombres de que su desgracia permanecería inmutable, porque una ley de hierro, especialmente dictada para las islas del Caribe, prohibía a los cubanos cultivar tomates o fabricar estilográficas, ellos sólo extrajeron la conclusión: no despertemos la tierra que duerme, dejemos que desfallezca, que el suelo desmontado se agriete bajo el sol; abajo el policultivo y la industrialización, invirtamos nuestros capitales en la edificación y nuestra libertad en el renunciamiento.

Ya en 1949 la propaganda estaba tan bien hecha, que hallándome en Cuba un empleado me retiró de la mano el peine que yo quería comprar: "¡Ese no, señor! ¡Ese está fabricado en Cuba!"

Todo el sistema reposa, naturalmente, en los salarios increíblemente bajos. No es posible trocar durante mucho tiempo productos agrícolas (aun a precios elevados) por maquinaria, a menos que la mano de obra rural cueste el mínimo. El desempleo y la superpoblación son auxiliares indispensables: si la demanda de empleo crece para una oferta que permanece constante, cada uno se volverá menos exigente que el vecino, y el salario medio tiende hacia el cero.

En esta combinación, el analfabetismo juega su papel: para que el pueblo, por propia voluntad, se empo-

brezca y enriquezca cada vez más a los ricos, hay que mantenerlo en la ignorancia.

Aprender a leer, es aprender a juzgar. Entonces al pueblo no hay que enseñarle nada. Para empezar, no hay que darle escuelas.

Cuando Castro asumió el Poder, la mitad de los maestros tenían licencia ilimitada, o no estaban designados, por falta de locales escolares. Ahora han vuelto al trabajo, pero habrá que triplicar su número, y aun eso no será bastante. En suma, antes de 1959 había en Cuba un cuarenta y cinco por ciento de analfabetos y también un cuarenta y cinco por ciento de campesinos, y yo pienso que ambos porcentajes, en bruto, representaban a los mismos hombres; la ignorancia no era el resultado de la miseria; la miseria y la ignorancia eran impuestas al mismo tiempo por los amos de la isla.

Cuba, se dice en Europa, es un país subdesarrollado. Admiro el pudor de ese neologismo. Subdesarrollado: como si la culpa fuese de nadie. ¿Será del clima? ¿O de los recursos del suelo? ¿Quién sabe? ¿La indolencia de los habitantes? En todo caso, es la naturaleza; se ha mostrado madrastra; avara o demasiado pródiga de sus dones; ¿para qué vamos a buscar los responsables entre los hombres?

Desde que vine a Cuba, sin embargo, presencié por todas partes el crimen de los hombres; es algo que salta a la vista: el chantaje y la violencia que obligó a los cubanos a practicar el cultivo extensivo, que es el más desastroso para la tierra y el más embrutecedor para los hombres; la violencia y el chantaje que los condenó al subempleo por la negativa a diversificar los cultivos, al ocio por la negativa a darles fábricas.

Los hombres, sirviendo a sus intereses, detuvieron la historia de Cuba en 1902, y mediante la inyección de dólares le fabricaron exprofeso una economía retrógrada. Cuba es un país subdesarrollado, sin duda; pero es porque otros países, con complicidades internas, le impidieron desarrollarse.

Esas complicidades son indispensables. Salvaron las apariencias. El puritanismo pudo mantener su buena conciencia. Ya a comienzos del siglo XIX hubo plantadores que incitaron a los Estados Unidos a apoderarse de la isla y anexarla.

El gobierno de los Estados Unidos conoció la tentación, pero jamás cedió a ella: un gran país no reniega nunca de sus principios. Y cuando hacia 1908 hubo ingratos que reprochaban al ejército norteameri-

cano su presencia en Cuba, Washington se indignó: el país de la libertad vierte su sangre para dar libertad a otros, y no para quitársela.

En efecto, el ejército norteamericano terminó por retirarse cuando el dispositivo colonial quedó ajustado. Los Estados Unidos otorgaron la soberanía a la joven nación, pero al mismo tiempo los acuerdos azucareros le arrebataban su independencia económica.

Washington reconocía abiertamente los derechos imprescriptibles de Cuba, pero le quitaba los medios de hacerlos valer. Poco más tarde fundamentaba su autoridad en el chantaje del azúcar. Esta amenaza aterró a los propietarios. Pero no era seguro que intimidara a los campesinos, demasiado padecía bajo sus males verdaderos, para ir a inventarse aflicciones imaginarias. Si esa gente realista llegaba algún día a irritarse, sería inútil agitar la "cuota" ante sus ojos; sería necesario un llamado al orden eficaz y tangible.

La fuerza. Pero ¿cuál? Aun en tiempos de la Enmienda Platt, una intervención armada de los Estados Unidos habría parecido molesta. ¿Para qué colocar los puntos sobre las íes? Afortunadamente, los norteamericanos tenían aliados en la isla.

Es aquí donde se revela en toda su importancia el acuerdo, concluído en un abrir y cerrar de ojos, jamás denunciado, de los puritanos demócratas y capitalistas con los muy católicos terratenientes de aquel país agrícola. Despojando a la tierra y a los hombres, no sólo por cuenta de los productores yanquis, sino también por cuenta propia, era normal que los latifundistas se diesen por sí mismos organismos de contención y represión. El ejército fue cubano.

Salidos de la aristocracia terrateniente, los jefes de ese ejército participaban de los prejuicios de aquella aristocracia. Los soldados eran simples mercenarios, paisanos cansados de la miseria, o desempleados que se habían vendido al mejor postor. Cincuenta mil hombres, cuarteles en todos los cruces de caminos, en las aldeas y en las ciudades, formaron ese ejército.

El ejército no obedecía en realidad al jefe del Estado cubano, quienquiera fuese. Simplemente se prestaba. En realidad, era la fuerza desnuda de los grandes propietarios. Sostenía un régimen en la medida en que ese régimen conviniera a sus verdaderos amos.

Llegado el momento, abatía ese castillo de naipes o bien, anunciando su neutralidad, permitía que otros lo abatieran; venía otro jefe de Estado, se permitía char-

lar a su antojo a los nuevos dirigentes, pero sus días estaban siempre contados.

Así, las instituciones políticas servían de disfraz a la realidad cubana; enmascaraban la dictadura militar que los terratenientes, aun bajo la democracia, ejercían sobre la miseria.

En cuanto al ejército profesional, bajo sus galones y su nacionalismo, ocultaba su doble papel permanente: algunos de sus oficiales, estoy seguro, se llenaban la cabeza de bruma para no ver que protegían contra el pueblo a su casta, y simultáneamente al imperialismo extranjero. Los más cínicos debían sonreír: estos yanquis habían tenido la malicia de obligar al pueblo cubano a mantener al dispendioso ejército nacional encargado de vigilarlo. De todas maneras, los jefes militares no se interrogaban a sí mismos con frecuencia. Era el ejército del azúcar, y eso es todo.

¿Existía connivencia entre los grandes señores feudales y el extranjero? El ejército no tenía por qué mezclarse. Con su presencia, se limitaba a asegurar que la caña de azúcar siguiera siendo el destino de la isla.

De grado o por fuerza, la India perteneció a los ingleses en tanto hubo allí tropas de Su Majestad. Cuba jamás "perteneció" a los Estados Unidos: la prueba era ese ejército nacional, previsto por las leyes fundamentales de la democracia cubana, que garantizaba el orden, las instituciones y la independencia de su país.

Es particularmente digno de observar ese truco de prestidigitación: la soberanía nacional encontraba su expresión más saliente, y su apoyo, en la institución armada; y el ejército que Cuba había forjado, venía a convertirse, por su existencia, por su origen, por sus connivencias, en el martillo - pilón que la pulverizaba.

Reinaron los puritanos de Washington. Pero nunca mostraron las manos. Hasta es posible que sin mucho esfuerzo hayan olvidado a esas tropas que no comandaban, que jamás habían visto: sus providenciales servicios eran otro testimonio del favor divino.

V

"¡Esto no puede seguir!", gemían los esclavos de la caña de azúcar. Un joven, hijo de terrateniente, oyó sus quejas y decidió salvarlos de la miseria: era Fidel Castro.

Esa es, pues, la desgracia de Cuba, colonia que quiere liberarse y que, después de una guerra de años, vuelve a verse semicolonizada. Esto empieza en 1900, cincuenta años más tarde, todo salta: es la revolución. ¿Por qué?

Porque esta sociedad rota, atomizada, no ha podido acostumbrarse a su marasmo. Ha engendrado en sus flancos un cataclismo subterráneo que, de año en año, ha ido cobrando fuerza, trastornándolo todo y haciendo la situación menos soportable cada día: desde fines del siglo anterior, el índice de natalidad no ha cesado de aumentar.

La falaz prosperidad de los primeros tiempos inicia un movimiento que la miseria toma por su cuenta y acelera. En 1890, la isla tenía un millón quinientos mil habitantes. En 1960 tiene 6.600.000.

El aumento vertiginoso de los nacimientos es un rasgo común a las naciones subdesarrolladas. El campesino conserva frente a la vida y la muerte sus aptitudes tradicionales. Engendra hijos sin contar: la naturaleza se los da; si son demasiados, ya los recobrará.

Por otra parte, como se puede imaginar, el cortador de caña ni siquiera tiene idea de lo que en ciertos países se designa como "Planning" (planeamiento) familiar. Para regular los nacimientos, hay que tener fe en lo porvenir.

Hasta 1959, los cubanos no tenían porvenir: vivían para el momento, sobre todo los más miserables, que cada año esperaban, después de cuatro meses de tra-

bajo, la vuelta de ocho meses de desocupación. No hay nada más prolífico que la resignación: en Cuba no son raras las familias con once hijos, aun en las ciudades, donde la pequeña burguesía ha conservado la estructura patriarcal de la familia y el ritmo campesino de la natalidad.

En los años 1920, se estableció en Cuba un equilibrio precario entre la multiplicación de los hijos y la de las toneladas de azúcar. Desgraciadamente, la producción culminó en 1925, bajó de nuevo y, finalmente, a pesar de las brutalidades sísmicas de sus variaciones, se contuvo con límites constantes y cercanos. La marea de los nacimientos lo inundó todo. Por todas partes se abrieron nuevas bocas —bocas que había que alimentar.

Pero la alimentación no aumentaba. Los hijos fueron más pobres que los padres. Los niños nacen de la miseria y ésta del sistema; puesto que se deja que la industria se estanque, los hijos de los desocupados serán desocupados de nacimiento.

Con sus cuatro meses de salario, el esclavo de la caña tiene que alimentar a una familia que aumenta todos los años. El nivel de vida no cesa de bajar, en los campos, tres millones de hombres, sin conocer aún el verdadero hambre, han nacido de padres desnutridos y vivirán subalimentados. Al no encontrar trabajo, los jóvenes dejan las ciudades y emigran a Europa.

Yo me preguntaba de qué desastre invisible habían sacado los cubanos esas fuerzas de rebeldía disimuladas por la resignación, esa violencia que les arrojó al camino de la revolución. Lo supe; en el fondo, es siempre el ciclo del azúcar.

Pero sólo había comprendido de primera intención el dispositivo general: ahora, veo que ese sistema establecido se desarrolla, produce efectos durables, los consolida y los aumenta: en suma, veo que se halla en perpetuo devenir, que cada instante acentúa su huella sobre la isla a costa de sus habitantes.

De año en año, la presión demográfica aumenta el mutuo antagonismo de los asalariados y hace de cada uno para cada uno el competidor que quiere robarle el empleo; de año en año, el salario pedido tiende por sí mismo hacia cero, se hace cola para trabajar y se trabajaría por casi nada; de año en año, sin que ni siquiera sea necesario descuidar o disminuir el ritmo de su construcción, el número relativo de escuelas disminuye.

El sistema se mantiene por sus consecuencias; ha creado, con sus inyecciones, ese monstruo diabético: una isla de azúcar. Y la isla, a su vez, produce otro monstruo: el hombre del azúcar comienza a polular.

Todo marcha según los deseos de los grandes propietarios y sus amigos continentales. Sin embargo, no: recordemos la superproducción de 1952. ¿Fue una coincidencia que le dio el poder a Batista?

Los jefes del ejército, hombres de la aristocracia, despreciaban a aquel sargento de quien cuchicheaban que tenía sangre india; y los latifundistas le reprochaban, precisamente, el ser "pueblo", es decir, en Cuba, casi analfabeto.

En cuanto a los norteamericanos, no decían palabra de él: la prensa de los Estados Unidos jamás aludió a sus procedimientos de gobierno (un abanico: de la corrupción a la tortura y al asesinato); supongo que para demostrarle su desaprobación. El público norteamericano ignoraba y sigue ignorando hoy —por lo menos, en su mayor parte—, que Batista fue un verdugo. En pocas palabras: este hombre ni siquiera conquistó la simpatía de los mismos que lo utilizaban.

Si, no obstante, en 1952 se recurrió a sus servicios; si el ejército impuso su plebe; si los latifundistas toleraron su violencia y hasta varios de ellos se comprometieron con su régimen, fue porque todos esos ventajistas juzgaban el remedio indispensable: cuando la casa se quema, se apaga el fuego como se puede y con lo que se halle a mano.

Pero aquel analfabeto imbécil era astuto y temerario: le dejaron hacer. Es más: Batista se había retirado a los Estados Unidos. ¿Quién le aconsejó presentarse en 1952 en las elecciones presidenciales después de su fracaso en 1944? ¿Quién financió la batalla electoral? ¿Quién le aconsejó adelantarse al probable nuevo fracaso con un acto de fuerza? De todas maneras, fue la diosa Caña. Vino a Cuba encargado de una misión precisa: yugular la superproducción y, por consiguiente, lanzar a la miseria a millares de familias campesinas y amordazar a la isla.

Pero si los intereses del zúcar encontraron en 1952 un defensor tan cruel y tan grotesco, no fue ciertamente por casualidad. El propio Machado, que tiranizó a Cuba hasta 1933, permanecía al nivel del hombre. Hombre ávido y perverso sin duda: pero todavía la isla no estaba tan enferma, todavía no necesitaba el gobierno de un mono.

Cuando un chimpancé se apoderó del poder en 1952, las cartas estaban jugadas y los amos de la isla —en su suelo o en el extranjero— comprendían oscuramente que no había más que una selección: los cubanos serían monos o revolucionarios.

Es que el sistema se había sentenciado a sí mismo: en cincuenta años, la población se había cudruplicado. ¿Superpoblación? No: bien explotada la isla alimentaría cómodamente a diez millones de hombres.

Pero era el régimen del azúcar, con sus latifundios, el que definía por sí mismo a los recién nacidos como vidas excedentes, explicándoles desde hacía mucho tiempo a los pobres, que el hombre viene al mundo para exprimir la tierra con sus manos desnudas hasta hacerla sudar jugo de caña: "sin azúcar no hay país" —y explicándoles también que esa ley de bronce los condenaba a malvivir y que tenían que aceptar su suerte.

Mientras pudieron, aceptaron. Pero la fecundidad de la miseria disminuía sin reposo el nivel de vida: resignados un día, abrían los ojos al siguiente para encontrar una situación peor y había que mantener la resignación a costa de un nuevo esfuerzo.

Se les había demostrado la imposibilidad de vivir bien: pero sus cuerpos experimentaban de pronto otra imposibilidad: la de morir aplastados como bestias. Castro, hijo de un terrateniente de Oriente, oyó —sólo o casi sólo— los primeros murmullos, las primeras voces que gemían: "Esto no puede continuar..."

Fue el primero en comprender que la condición campesina no se definía por una desgracia crónica sino por el aumento continuo de desgracia.

He visto las huellas de esa desgracia: la revolución trabaja en todas partes, pero sólo cuenta 14 meses, es fácil imaginar que queda mucho por hacer. He visto lo que vio desde su infancia el jefe de los rebeldes: los bohíos.

Antes de desaparecer para siempre hace 300 años, los indios legaron a los desventurados que los relevaban en su miseria, sus habitáculos y la manera de construirlos: los bohíos son chozas.

Algunas latas desajustadas dispuestas alrededor de un poste que sostiene un techo puntiagudo, hecho con hojas de palma secas: el suelo es de tierra prensada. Falta todo: la electricidad, desde luego, pero también las letrinas. En el suelo negro y frío, un hormigueo de niños desnutridos y enfermos. Algunas veces, en el umbral, una mujer nos mira pasar. Tan pronto es una blanca

como una negra. Pero blancas o negras, tienen los mismos ojos fijos y hundidos.

En Europa no conocemos esta miseria en la abundancia. La exhuberancia vegetal lo cubre todo con sus sedas y sus lanas. Ha habido que desgarrar la alfombra y recortarla en círculo para encontrar un piso para el hombre: el suelo desnudo.

La tierra proyecta contra el cielo las palmas reales, esas soberanas solitarias. Entre los largos cuerpos blancos y suaves, hinchados de savia, el bohío testimonia que la pobreza les llega a los hombres por el hombre.

Con inyecciones masivas de dólares, los ricos han implantado la pobreza, la escasez de las subsistencias, la ignorancia. en el corazón de una fertilidad increíble.

Castro vio esa contradicción cada vez más evidente y presintió que sería la fuente de la rebelión campesina: aquellos hombres no aceptarían por mucho más tiempo atormentar a la tierra para mantener a extranjeros y ausentes. Pronto se negarían a trabajar con el estómago vacío y a falsear por orden aquella naturaleza inagotable para obligarla a no alimentarlos. Aquellas riquezas al alcance de la mano, denunciaban la miseria como un crimen.

Por haber adivinado ese escándalo profundo cuando los propios pobres lo sentían sin saberlo, Castro adquirió desde 1952 el derecho a conducirlos a la victoria.

De ahí, imagino, procede ese naturalismo optimista que tan a menudo me ha llamado la atención en los cubanos revolucionarios: la naturaleza es buena, es el hombre el que hace el mal. Tendré que volver sobre esto.

Por el momento, sólo nos hallamos en el diagnóstico: reducida a las estructuras elementales de un régimen feudal; triturada por un dispositivo económico que la transforma en semicolonia, una sociedad, fecunda por miseria, se asfixia en su isla en medio de tierras yermas y recursos inexplotados.

Un puñado de hombres ha conducido al pueblo a la asfixia: bastará que un puñado de hombres lo llame para que se levante, rompa la máquina infernal y la arroje al fondo del mar.

La cólera puede fomentar un motín; pero no basta para conmover un régimen. Para que un pueblo entero se lance contra la fortaleza de sus amos, se necesita infundirle esperanza.

Durante el curso de su degradación inflexible, los cubanos habían comprendido que la historia hace a los

hombres. Faltaba demostrarles que los hombres hacen la Historia.

Había que arrancar al Destino, ese espantajo plantado por los ricos en los campos de caña.

La nación cubana estaba harta de programas: en el viejo tiempo de la "Democracia", hombres de la ciudad habían emborrachado con palabras a los campesinos.

Sólo una acción simple y clara podía devolverles el valor, a condición de que tuviera la irreversible densidad de un acontecimiento y de que fuera, por su falta de conclusión provisional, el comienzo sin promesas y sin palabras de una empresa que exigiera el concurso de todos para terminarse; a condición de que cambiara la vida y les infundiera el deseo de unirse para llevar el cambio hasta sus límites más lejanos.

Esa acción vino. Un día, desde la cumbre más alta de la isla, el rayo cayó sobre los campos: perseguidos por el ejército y por la policía, los "fuera de la ley" de Castro decidieron llevar a cabo una redistribución de las tierras y lo hicieron saber al país.

VI

Ocultos en la montaña, los rebeldes aparecían de pronto como diablos. Su táctica era hostilizar al ejército regular con la ayuda de los campesinos, a quienes poco a poco habían ido logrando convencer.

Castro me dijo un día que era revolucionario por vocación, y como yo le preguntara qué quería significar con eso, me respondió:

—Es que no puedo soportar la injusticia.

Me ofreció ejemplos que extraía de su infancia y su adolescencia, y comprendí que me hablaba de él solo y de los malos tratos que habían tratado infligirle. Lo que me agradó en su respuesta, es que este hombre —que ha peleado, que pelea todavía por todo un pueblo y que no tiene otro interés que el de todos—, me acercó primero a sus cóleras personales, a su vida privada.

Jamás había dejado que lo maltrataran —me dijo—, devolviendo golpe por golpe, al extremo de ser expulsado del colegio. Lo imaginé a los quince años: un pequeño pendenciero, indomable, pero perdido.

Aquel hijo de terrateniente, interno en un colegio de Santiago, pasaba las vacaciones en la propiedad de su padre, en Oriente. Hijo mayor, ya se disponía, no sin gusto, a recomenzar la vida de su padre. Pero ni Fidel ni Raúl, el hermano que le seguía en edad, sabían lo que habían venido a hacer a este mundo.

Fidel esperaba entonces salir de dificultades por medio del conocimiento: la ciencia le prestaría sus luces, él se comprendería y podría deshacer el nudo de víboras que había en él, aquella confusa violencia que le asfixiaba.

Partió para La Habana, estudió y se sintió decepcionado: aprendió la inanidad de las palabras. Los profe-

sores hablaban ante adolescentes desconcertados para no decir nada.

En cuanto a las preguntas esenciales —las que atormentan a un joven a su entrada en la vida—, se tenía cuidado de no responder. Lo que demuestra su vigor mental, es que sintió la insuficiencia de los programas y de los cursos como una injusticia deliberada que le obligaban a sufrir. Querían hundirle en una ignorancia vanidosa y servil. Fue la primera vez, creo, que expresó su pensamiento profundo, fuente innegable de toda su actividad futura: cualquiera que sea la importancia de los factores naturales, los males que afligen a los hombres les llegan por otros hombres.

Tiranos perezosos y morosos, los amos cubanos de la isla desconfiaban del saber porque conducía a la subversión. El abandono de los estudios superiores era premeditado: para proteger el subdesarrollo de la economía cubana se procuraba producir en Cuba solamente hombres subdesarrollados.

La violencia de Castro no es un frenesí: se manifiesta en la calma con decisiones inquebrantables. No se dejaría vencer, aunque tuviera que derribar a la casta que pretendía mutilarlo.

En otro, esa decisión habría seguido siendo verbal. ¿Qué puede un joven solo contra una sociedad?

Pero lo que la hizo práctica y más tarde eficaz, fue que descubrió (al mismo tiempo contra sus profesores, contra su familia y contra su clase), que el mismo régimen, por las mismas razones, ejercía una sola y única presión, sobre los estudiantes, negándoles la ciencia; sobre los niños de los campos, privándolos de escuelas; sobre los trabajadores, racionándoles el pan

Esa visión unitaria de los problemas cubanos se convertirá más tarde en la verdad de la Revolución. En 1952 no es más que un presentimiento. Su aparición prematura estuvo a punto de perder a Fidel.

En efecto, el joven no dudó un instante que todos sus compañeros y finalmente todos los habitantes de la isla, compartirían su cólera. Si rugía en él, es que rugía en todas partes. Sobrestimó, por optimismo, el escepticismo de sus compatriotas: la resignación, ese subproducto de la opresión, disimulaba su rebelión profunda.

Cada uno esperaba, para tomar las armas, que empezara su vecino. Castro pensó: "Empezaré yo". Atacaría el cuartel Moncada y esa sería la chispa: un instante después estallaría la insurrección general.

No estalló. Castro fue condenado. En la prisión y luego en el destierro reflexionó.

En esa época, los expertos atribuían gustosamente las desgracias de la isla a una naturaleza madrastra o a ls estratificaciones de la Historia. El seguro juicio revolucionrio de Castro los hizo buscar a los responsables entre los hombres.

Una mecánica terrible devasta a la Sociedad; evidentemente hay que cambiarla, pero no se la cambia. ¿Qué nos lo impide? ¿Los intereses de los grandes propietarios cubanos, de los capitalistas extranjeros? Desde luego; pero, ¿cuántos son? ¿Qué fuerza, sometiendo a los miserables, a los desnutridos, a los desocupados —vale decir: a la isla entera— a los apetitos de un puñado de ricos, aplasta a los cubanos en el polvo persuadiéndolos al mismo tiempo de que deben aceptar su servidumbre como un destino? Es el ejército, pensó Castro. El ejército es el peor enemigo de la nación.

¿Y por qué la corrupción parecía ser desde hacía cincuenta años la ley de Cuba? Cada vez que los demócratas cubanos, conducidos por un Grau o por un Prío, habían hecho una campaña contra un gobierno corrompido y contra la venalidad de los administradores; cada vez que habían pedido al pueblo su confianza prometiéndole reformas, ministros íntegros, funcionarios irreductibles, habían defraudado esa confianza y fracasado en mantener su promesa.

Honrados al principio, pronto se volvían tan ávidos y corrompidos como sus antecesores. Es que al asumir el poder hacían el aprendizaje de la impotencia: los jefes se repartían los títulos y los honores que pertenecían a los ministros y éstos advertían muy pronto que no se les habían dado las atribuciones de un gobierno. A veces las pedían a los grandes propietarios y les respondían: "Vengan a tomarlas". Se empujaba una puerta y del otro lado había soldados. Aquellos ministros sin poder veían un poder sin ministerio, la fuerza desnuda.

En verdad, no tenían manera de actuar: les sustraían las palancas de mando y, a la cabeza del país, volvían a ser lo que habían sido en la oposición: charlatanes.

Ya el pueblo murmuraba como el loro de Zazie: "Hablas, hablas... Es lo único que sabes hacer".

Pero cuando descubrían la mixtificación ya era demasiado tarde: habrían debido renunciar el mismo día de su victoria — mejor aún: no haber aceptado nunca las apariencias del poder. Rehenes de la clase dirigen-

te, resultaban cómplices de la comedia que se representaba para el elector, habían amparado la dictadura secreta de los latifundistas.

Y los jóvenes y los viejos reanudaban en silencio o en conversaciones cuchicheadas el viejo sueño cubano: ¿sería gobernada algún día la isla por hombres honrados, austeros, incorruptibles? ¿Por qué, a pesar de la renovación constante, a menudo brutal, del personal político, eso no había ocurrido ni una sola vez?

Entretanto, desterrado, reflexionando en México sobre el ejército cubano, Castro había comprendido ya las verdaderas razones de la corrupción cubana.

Las colonias —se decía— tienen por lo menos una ventaja sobre la semicolonia; no existe corrupción política por ausencia de políticos a quienes corromper. Se compra a los reyezuelos —que son traidores sencillamente—, pero, por sí misma, la semicolonia es una mentira, ya que su verdad secreta es la colonización. En consecuencia, todas las palabras mienten: hay que trasladar todas las transacciones coloniales a un lenguaje democrático: se llamará "libre contratación" lo que en verdad se denomina "obligación unilateral".

De esa manera, el oficio del "gobierno" semicolonial, aun cuando honrado —es decir, durante los primeros meses—, es ya falsear el lenguaje, desviar las palabras del pueblo. Traiciona por constitución. Inscripta en las cosas, su traición le espera. Cuando lo advierte, cansado ya de venderse graciosamente y contra su voluntad, asume animosamente su oficio y pide una remuneración.

No —pensaba Castro—; los cubanos no nacen ladrones y corrompidos. La corrupción surge de la impotencia y ésta de una soberanía fantasma que disimula la absoluta dependencia de nuestra economía. Una sola fuerza impide que esa mixtificación salte a la vista: el ejército, mixtificación él mismo, puesto que su función real y oculta es abolir el poder que pretende apoyar.

Gandhi quería destruir el régimen de castas. Nehru dice en alguna parte que ese partidario convencido de la no violencia tuvo una intuición propiamente revolucionaria; buscó la piedra fundamental que sostenía el edificio y la encontró: era la casta de los parias. A partir de entonces, ya no dejó de atacar esa causa y dedicó a ello todo su tiempo y todas sus fuerzas, convencido de que el sistema entero se desplomaría cuando ella cayera rota en pedazos.

Castro hizo lo mismo: el ejército era la piedra que

había que quebrar. Esas reflexiones produjeron en él un cambio de objetivo que nadie advirtió: en La Habana y en México se creía que atacaba a Batista, cuando éste, para él, sólo contaba a medias.

Aun cuando el estado mayor cubano hubiese tomado la iniciativa de derrocar a la tiranía, de llamar al pueblo a las armas, el ejército habría seguido siendo el enemigo público número uno: pudriría a los futuros demócratas como a sus predecesores y en el instante oportuno extraería de su seno al tirano que los reemplazara.

En cuanto a la pureza cuya nostalgia se conservaba en Cuba, Castro no habría dado una gota de su sangre por devolverla a los políticos maculados; arriesgaba su vida para garantizarla a los nuevos equipos y para cimentarla en el ejercicio real del poder — en otros términos: en la independencia reconquistada.

Decidió regresar solo o casi solo a la isla, para derrotar a los 50.000 soldados que lo esperaban.

Pero ahora reconocía su error: intentar un acto de fuerza en las ciudades donde reinaba el ejército, era contar implícitamente con el apoyo de ciertos elementos militares; era pactar y por consiguiente perderse. Mejor instruído, sabiendo que en la pelea de desquite que iniciaba se lanzaba a una lucha mortal, Castro decidió atacar al enemigo en su única debilidad: se pelearía lejos de las ciudades, en la naturaleza.

La tierra es la enemiga de los ejércitos clásicos: siempre es demasiado vasta para los militares, que se pierden en ella. En los campos, aquellos príncipes se dispersaban, perseguidos por la soledad: se podía atacar a los puestos uno a uno y capturar a sus ocupantes.

¡Cuántas dificultades si el estado mayor enviaba refuerzos! Había que asegurar los contactos y el abastecimiento, avanzar paso a paso. La tierra temblaba bajo aquellos pesados desfiles; pero jamás causaron gran daño a los insurrectos.

Atrincherados detrás de sus murallas naturales, Castro y sus compañeros dejarían que llegaran. Los batallones se desharían en las cuchillas de las sierras.

Ya he dicho lo que fue la guerra en su primera fase: una fuga "espectacular" alrededor de las cumbres. Al atacar los cuarteles, conduciendo su campamento volante a través de la Sierra Maestra, Castro mantenía el mismo principio: empezar el trabajo y esperar después. Con una sola diferencia: esta vez se organizaba para esperar mucho tiempo.

Al principio, no podían contar con nadie. Faltó poco para que el primer guía que les ofreció sus servicios los hiciera capturar: estaba vendido al ejército.

Algunos campesinos los ayudaron: conocí a uno que auxilió a la pequeña tropa y, según parece, la salvó de la muerte. Es un comandante, un anciano vigoroso, de barba gris. Al mirarle, se adivina que aquellos aliados del primer momento pertenecían a la fracción más consciente de la clase campesina.

Aquellos, sin la menor duda, sabían leer y trataban de informarse. Los otros —poco numerosos en la Sierra o en sus primeros contrafuertes—, desconfiaban. ¿Qué querían aquellas gentes? No los conocían. "Por otra parte, sólo nos crearán dificultades".

Al principio, cuando se quería interrogar a un campesino acerca de un movimiento de tropas, sobre un itinerario, había que capturarlo: de lo contrario, el desventurado, al ver aparecer a lo lejos aquellos hombres sospechosos, emprendía la fuga.

Los rebeldes aprendieron a brotar de la tierra como diablos, a rodear a su hombre y a retenerlo sin violencia. Hacían suavemente preguntas que no siempre obtenían respuesta; hacían un poco de propaganda y luego le dejaban huir.

Sin embargo, desde ese instante el asunto estaba resuelto: la revolución cubana sería campesina o no sería nada. Tal necesidad provenía de las cosas más que de los hombres y no se podía hacer nada contra ella.

A lo lejos, las ciudades permanecían aplastadas bajo la impotencia. Aun antes de participar en ella, el campo imponía a la rebelión su forma. Al escoger las pequeñas guarniciones dispersas, los rebeldes atacaban al enemigo de los campesinos, se convertían ellos mismos en campesinos por su manera de vivir y pedían ayuda a lc campesinos a quienes protegían.

La guerrilla expuso sus exigencias: para que un destacamento rápido surgiera de improviso, hostilizara, se esfumara, reapareciera y atacara de nuevo al día siguiente, bastaba y era necesario que pudiera contar sin reservas con la población rural.

La tierra era tan vasta para una veintena de rebeldes como para un destacamento del ejército regular: todos estaban igualmente perdidos en ella. Pero la soledad del mercenario era definitiva.

Herido, moriría en medio de los campos. Si el rebelde quería ganar, era preciso que esa soledad fuera provisional. Era necesario que la naturaleza desierta que

el mercenario atravesaba sin encontrar a nadie, se tornara para él en un hormigueo de aliados.

Castro y sus hombres jamás pensaron en atraerse a los campesinos por el terror. Si no hubiera habido otros medios, habrían preferido desaparecer.

Pero ese crimen habría sido la más imperdonable de las faltas políticas. Las tropas de Batista eran las que aterrorizaban al país con un resultado único: hacer el vacío en torno suyo. No habría obrado mejor un contra-terror rebelde. Al contrario: en aquellos primeros meses sus vidas pendían de un hilo; la traición del guía les había enseñado que una sola denuncia podía aplastar a la revolución en la cuna. Quedaba una solución: hacerse querer. La revolución debía ponerse en las manos de tres millones de hombres.

Pero difícilmente vencería su desconfianza si no les probara que se hacía para ellos que, desde la guerra de 1895, se habían jurado no volver a sacar las castañas del fuego a las ciudades.

Abogados, médicos, economistas, periodistas, los jóvenes rebeldes eran hombres de la ciudad y tenían que hacerlo olvidar.

Para que los campesinos se convirtieran en rebeldes, los rebeldes se hicieron campesinos: participaron en las labores del campo. No bastaba conocer las necesidades, la miseria de los hombres rurales: había que experimentarlas y combatirlas a la vez. El cultivador se sentiría mejor dispuesto a escucharlos si se reconocía en ellos: un buen machetazo que cortara los tallos como era necesario, hacía más que un largo discurso.

El pensamiento de Castro va por sí mismo a los conjuntos, de la parte al todo. Capta rápidamente este brusco cambio de las perspectivas: la simbiosis del pueblo y sus defensores haría querer a los rebeldes, pero no necesariamente a la revolución.

El había decidido derrotar al ejército regular para tener las manos libres y hacer la reforma agraria; pero, en plena obra, advertía que no conquistaría el apoyo total de las masas si la revolución no se convertía en su interés común.

En pocas palabras: había que derrotar al ejército para hacer la reforma; pero había que hacer ésta inmediatamente, y no simplemente prometerla, si se quería derrotar al ejército.

No se trataba de un círculo vicioso más que en la apariencia: al pasar del proyecto abstracto a la realidad, advertía sencillamente que no se cambiaría la vida de

aquellos miserables, o se cambiaría cada día y por ellos. En consecuencia, se dedicó a resucitar su rebelión, a descubrirles sus propias exigencias.

Comprendieron rápidamente: vieron en los latifundios, las colonias, el subempleo y el monocultivo, el origen de sus males. No se les presentaba la reforma como un gracioso donativo del futuro gobierno al pueblo: se les explicaba sin cesar la urgencia y la necesidad nacional de ella. No se les decía: "El país será generoso con ustedes"; se les decía: "La nación se pierde al perderlos a ustedes".

Por primera vez, desde el comienzo del siglo, se sintieron en su casa en la isla: ciudadanos.

La reforma emprendida les infundió confianza en el ejército rebelde; los éxitos militares les hicieron tener confianza en la reforma: puesto que se peleaba por ella, cada escaramuza adelantaba su hora — mejor: cada una de ellas era la reforma en marcha.

En cuanto conoce sus causas y sus exigencias, la necesidad llega hasta el fin de sí misma: negativa todavía, la comprensión fue rápida y general. En esta nueva fase de la guerra, los campesinos se transformaron: aquellos resignados hicieron suyos los planes y las reivindicaciones de los rebeldes y, de cierta manera, fueron ellos los que "radicalizaron" a los rebeldes.

La reforma agraria era la guerrilla. Pero la guerrilla era la verdadera reforma: era el pueblo, apoyando al "putsch", absorbiéndolo y transformando a aquellos rebeldes de origen burgués en campesinos revolucionarios.

VII

> "Siete veces fueron a buscarme para matarme. Por la mañana me soltaban. Enloquecida de miedo, la policía multiplicaba las torturas y los asesinatos", cuenta Carlos Franqui, uno de los jefes de la red del M. 26-7 que apoyaba en las ciudades la acción rebelde en las montañas.

Todo el mundo en Cuba distingue a los rebeldes (soldados combatientes) de los resistentes (militantes clandestinos en las ciudades). Yo también aprendí a hacer la distinción.

En los primeros días, sin embargo, no lograba orientarme: imberbes y barbudos —pensaba—, habían hecho las mismas opciones, corrido los mismos riesgos, demostrando una misma fidelidad que les habían valido las mismas dificultades y los mismos enemigos. A pesar de eso, mis inocentes conversaciones de turista, generalmente muy escuchadas, provocaban a veces cierto malestar.

Un día, durante una entrevista de prensa, me preguntaron si yo encontraba puntos comunes en la revolución cubana y la china. Después de insistir sobre las diferencias, hablé del régimen semicolonial que asemejaba a la isla de la época de Batista con la China de los tiempos de Chiang Kai Shek. Todos parecían estar de acuerdo.

Pero cuando expuse, sin malicia, que una y otra revolución me parecían campesinas; que en uno y otro caso los jefes habían libertado a las ciudades después de una guerra popular que habían ganado en la montaña y en los campos, algunos de mis amigos me declararon firmemente que estaba engañado.

Según los imberbes, la revolución había salido de la ciudad. Castro mismo, con todo lo barbudo que era, ha-

bía estudiado en la capital y escogido una profesión de hombre de la ciudad: en otros tiempos había ejercido como abogado. Por otra parte, yo estimaba en poco la resistencia clandestina organizada en Santiago, La Habana y Santa Clara. Los campesinos —añadieron mis amigos— vinieron después.

Varias veces fui testigo de idénticas discusiones: unos sostenían que los campesinos habían peleado poco o mal; otros, por el contrario, que las ciudades no habían hecho nada: la victoria de los rebeldes sólo se debía al apoyo de los campos.

Yo callaba y sentía bajo las palabras, no un desacuerdo sino una diferencia de actitud frente a un problema más real y más profundo. Hoy, creo que comprendo el sentido: los resistentes clandestinos y los soldados rebeldes tuvieron en común la voluntad de llegar hasta el fin de su programa y el presente los une —y el futuro. Pero no tienen los mismos recuerdos.

Desde 1957 se habían establecido contactos: los rebeldes de la Sierra encontraron amigos en Santiago, en Santa Clara y en la capital. Había que poner en marcha la organización clandestina.

Así nació, en todas las aglomeraciones urbanas, un movimiento secreto que se llamó "M 26 - 7", es decir, Movimiento del 26 de Julio. Un 26 de julio, cuatro años antes, Castro había asaltado el cuartel Moncada. El M 26 - 7 se definía en relación con él sin duda posible; pero, por el mismo nombre que había escogido, afirmaba su fidelidad a un intelectual, a un hombre de la ciudad, a un "putschista". En suma: a alguien que ya no existía.

Sea como fuere, debo convenir en un punto con aquel de mis amigos que defiende la causa de las ciudades: sobre ellas se ejerció primeramente la influencia de la Sierra.

Al cabo de algunos meses, el M. 26 - 7 ya tenía sus mártires y el campo todavía no había hecho nada por arrancarse a su marasmo. Nada más normal: engañados con demasiada frecuencia, los campesinos desconfiaban. Se necesitó tiempo para convencerlos, en tanto que, acosadas por la policía y los mercenarios, las ciudades, por razón de su misma impotencia, producían el mayor número de rebeldes.

Uno de mis mejores amigos, Oltuski, ministro a los 27 años, se incorporó a la resistencia por una crisis religiosa que lo enfrentó con su familia y consigo mismo. Se puso a leer apasionadamente cuanto le caía en las

manos. Casi no se ocupaba de las Ciencias Sociales, de la Historia ni de la Economía: las religiones y la metafísica fueron su único interés hasta el día que comprendió que no podría entender nada de éstas sin estudiar también aquéllas.

Iba de libro en libro, consultando a las mejores cabezas de Cuba, sintiéndose decepcionado por unos y por otros a causa de no saber exactamente lo que esperaba. De esa experiencia conservó un malestar generalizado, un disgusto impreciso pero vivo de su isla. Siempre terminaba por apartarse de los sistemas: sentía claramente que no convenían ni a su caso ni a la propia nación; pero cada una de sus lecturas le aportaba nuevas razones —todavía abstractas— para condenar a la dictadura.

Muchos de sus compañeros de la época, y sobre todo, muchos jóvenes compatriotas desconocidos, habían llegado por caminos distintos a la misma conclusión negativa: "Hay algo podrido en el reino de Cuba". La agitación de esa pequeña burguesía ilustrada es lo que yo llamaré "La política de la rata muerta". Se percibe un olor a podrido y se busca el cadáver de la rata; pero, en las ciudades, la selva de los efectos oculta las causas y la bestia muerta se nos escapa siempre.

A principios de 1957, aquellos jóvenes no confiaban en Castro sin reservas. Si le comparaban con José Martí, el héroe nacional, también debían juzgarle un poco inelegante: es que la historia de la isla se reducía a las luchas de una burguesía valiente contra los feudalismos

A pesar de ser vencidos siempre, los burgueses habían marcado el siglo con su garra y los jóvenes burgueses de 1957 se reconocían en esa historia burguesa.

La historia popular carece de matices y repugna a las mentes bellas por su vulgaridad: va al fondo de las cosas y eso es todo. ¿No era la táctica de Fidel —se preguntaban— demasiado elemental? ¿Podía desorientar al enemigo, aun cuando éste se llamara Batista? No reflexionaron mucho tiempo: tuvieron el gran mérito de comprometerse sin fe... Al fin se presentaba la ocasión de acercarse, de unir sus cóleras en comunidad, de organizarse — y la agarraron por los cabellos.

Para trocar esas negaciones impotentes en una sola repulsa irresistible, había que empezar por decir que sí. Sí, a Castro. Se entregaron a aquel arquero lejano, tan poco molesto, que disparaba sus flechas en la montaña. No era más que un mito, el símbolo de la unión nacional y la energía recuperada; les sirvió de pretexto

para desechar, todos a una, el espíritu de grupo, las rivalidades, los rencores, las desconfianzas recíprocas.

El M. 26-7 tuvo dos funciones: escudriñaba las ciudades para comprar armas a los insurrectos y mantenía la agitación en las masas urbanas por medio de boletines clandestinos y por algunas manifestaciones que llamaban la atención sin dejar huellas.

Fue el movimiento el que concibió y ejecutó el secuestro del famoso corredor de automóviles Fangio en el vestíbulo de su hotel, la víspera de una carrera internacional.

Durante dos años, los hombres de la ciudad agitaron, hicieron colectas, compraron y convoyaron armas y hasta tuvieron tiempo de reclutar soldados. De Santa Clara a Trinidad, yo seguí, al pie de una sierra, el camino que hacía y rehacía Oltuski varias veces al mes. En 1958, la recorrían policías en autos y soldados. Detenían a todo vehículo y en cada ocasión había que encontrar pretextos. Sólo había una manera de salir de la carretera nacional: aprovechar los relevos; había que calcularlo todo para estar en el momento preciso en el lugar exacto.

A veces lo acompañaba otro miembro de la resistencia. Llamaban a un hotel situado en el camino, no lejos de la sierra, y ordenaban un lechón asado. Aquellos dos hombres muy jóvenes llevaban consigo a sus muy jóvenes esposas, las dejaban sentadas frente a la mesa puesta, tomaban su automóvil "para dar una vuelta antes de la comida", penetraban en la montaña por caminos rudimentarios, se encontraban con un rebelde, le informaban de un arribo de armas y tomaban la nueva orden.

"Evidentemente —me decía con una sombra de tristeza— no tuvimos el heroísmo de los rebeldes". Yo lo encuentro demasiado modesto.

La policía y el ejército mataron a veinte mil hombres en dos años: un millar en la Sierra, en los últimos combates; 19.000 en las ciudades. El M. 26-7 pagó muy caro el devolver su orgullo a la capital y a varias poblaciones importantes.

Naturalmente, la policía y el ejército torturaban. Nada científico, desde luego: hablo de un país subdesarrollado. Pero se ponía interés, había modelos, se hacía lo que se podía. Carlos Franqui, el director de "Revolución", no ha conservado un buen recuerdo de un suplicio estúpido, artesanal: percusiones secas y rítmicas en la base del cráneo.

—Creí que me volvía loco —me dijo.

Una de las mujeres más populares de la revolución fue arrestada en unión de su hermano y su prometido. No volvió a verlos, pero un día le llevaron dos platos: en uno estaban los ojos del primero; en otro, los testículos del segundo. Los interrogatorios eran tan concienzudos, que el paciente moría en plena sesión, sin haber respondido. Se fusilaba en el patio de las prisiones. A Franqui fueron a buscarlo siete veces para ejecutarlo: le hacían esperar en la frialdad del amanecer y luego volvían a llevárselo; así se divertían.

Los que tuvieron la suerte de pasar a través de las mallas, cada vez más estrechas, de la red, despertaban angustiados al alba. En aquel régimen, los nervios se destrozaban. Todos me dijeron:

—La victoria no borra los recuerdos tan pronto. Seguimos desquiciados, inquietos. Se necesitarán años para que volvamos a recobrar el equilibrio.

Por mi parte, concedo más precio a ese valor difícil que al heroísmo militar: luchar solo y sin testigos contra un enemigo todopoderoso que quiere reducir a su víctima a la abyección.

Y sin embargo, Oltuski y otros veinte me hablaron de los rebeldes con humildad. Y desde luego fueron los hombres de la Sierra los que tuvieron el primer coraje, el que cuesta. Fueron ellos los que mandaron, los que empezaron y los que se mantuvieron.

Sin ellos, todo se habría desplomado; durante un año sostuvieron la isla en peso. Pero cuando la policía, enloquecida de miedo, multiplicó las torturas y los asesinatos, ¿por qué la violencia declarada del régimen no igualó los riesgos y los méritos de todos los insurgengentes?

En mi opinión, la razón es sencilla. Al constituirse, el M. 26-7 aceptaba, desde luego, subordinar la resistencia clandestina a la insurrección armada; pero, en los comienzos, esa cadena era ligera: ¡contaban tan poco los rebeldes! ¡Estaban tan lejos y eran tan escasos! Si caían en una emboscada, si sucumbían, la joven burguesía podía imaginarse que la organización, ramificada en todas las poblaciones, les sobreviviría y conduciría su tarea a buen final. Pero no sucumbieron: sus tropas aumentaron y ganaron sus primeras batallas.

Se hizo manifiesto que habían asumido la tarea de libertar al país y que eran capaces de llevarla a cabo. En el mismo interior de la insurrección cambió la relación de fuerzas y el M. 26-7 tuvo una experiencia de-

sagradable: la subordinación cuyo principio había aceptado se convertía en una realidad de hecho; la organización sólo tendría un ser relativo.

No era culpa de nadie. Desde lo alto de la Sierra, Castro prohibía el sabotaje y el terrorismo, únicos recursos de los resistentes acosados, no por quitar a los jóvenes burgueses su medio de librar un verdadero combate, sino por simple convicción. Los obreros, poco numerosos en el M. 26-7, casi no sabotearían. Por otra parte, era necesario —hasta donde fuera posible— ganar la guerra sin atrasar la producción. El terrorismo no daba resultado: algunos estudiantes trataron de apoderarse del Palacio Presidencial, donde residía Batista, y perecieron en el lugar o fueron ejecutados al día siguiente.

De esa manera Castro no hacía más que prestar su voz a la sentencia que la propia revolución hacía recaer sobre sus partidarios en las ciudades: eran auxiliares indispensables, pero no debían salirse de su función: el dinero, las armas y nada más.

Aquellos jóvenes de las ciudades, a pesar de su adhesión total a la revolución, estaban lejos de ser tan radicales como el propio Castro. O mejor: permanecían en posiciones que Fidel había dejado atrás hacía mucho tiempo.

En 1958, las relaciones entre resistentes y rebeldes adquirieron una tensión a veces dramática. Los contactos eran demasiado raros para descubrir sus divergencias, pero los responsables de uno y otro grupo no se encontraban sin cierto malestar.

Oltuski organizaba el abastecimiento de los rebeldes en la provincia de Las Villas: hacia fines de la guerra, fue avisado de que Che Guevara, al frente de sus tropas, se dirigía a marchas forzadas hacia la sierra. No se fijaba lugar de cita: los dos debían encontrarse en alguna parte de la montaña.

Se encontraron —tempestuosamente. En 45 días, Guevara sólo había comido once veces: estaba de muy mal humor y no ocultó su desconfianza al joven que le prometía víveres. Por su parte, éste, que había trabajado muy duro y hecho lo mejor que podía, se sintió irritado por aquel malentendido y temió que el hambre empujara a los rebeldes a cometer violencias. Creyó que tenía que habérselas con un aventurero, y el otro que trataba con un contrarrevolucionario.

Los dos se engañaban: radical en sus decisiones, violento como un soldado en la ejecución, Guevara era el hombre más cultivado y, después de Castro, una de las

inteligencias más lúcidas de la revolución. Lo he conocido; habría que estar loco para creer que la amabilidad y el humorismo que demuestra con sus invitados, los pide prestados los días de recepción. A pesar de su intermitencia, sus sentimientos son bien propios.

Pero cuando vio a Oltuski en 1958, nada le disponía a concesiones: ni el hambre ni ese valor sombrío que prefiere pensar lo peor y prepararse para ello.

Más joven y lleno de respeto frente a aquel combatiente ya legendario, pero tan obstinado como él, Oltuski se oponía a Guevara por la experiencia del terror urbano y por la situación y las relaciones humanas que le habían formado, más bien que por los intereses y las ideas.

En las ciudades se aprenden las precauciones, la paciencia, las consideraciones: él no se negaba a ir hasta el fin, pero por etapas y lentamente. En pocas palabras: por esa primera costumbre que hace los caracteres, él era más reformista que revolucionario, aunque tuviera los mismos objetivos que la revolución.

Ya de noche, la conversación tocó la reforma agraria. Oltuski deseaba que se repartiera la tierra entre los campesinos. Pero su prudencia, su cordura burguesa —que cree las reformas más sólidas cuando se introducen progresivamente—, su temor de que la revolución precipitara las etapas y se desbocara por caminos desconocidos; una profunda preocupación por el interés nacional y quizá un viejo vestigio del leve desdén que en todos los países muestran las ciudades por los iletrados del campo— todos esos motivos, hicieron que propusiera esperar: se haría el reparto después de la victoria; cada uno recibiría su lote, pero el que trabajara la tierra sólo sería su usufructuario: se convertiría en propietario al cabo de dos años si había mantenido la producción por encima de un nivel previamente fijado (en general, el nivel medio de los años precedentes).

Guevara se enojó visiblemente: si la tierra pertenece a los campesinos, hay que dársela. En seguida y sin condiciones. ¿Con qué derecho los pequeño-burgueses —que no saben nada del trabajo del campo— adoptarían esas desdeñosas precauciones contra los rurales? ¿Porque saben leer? La cultura más profunda se vuelve hojas muertas, palabras, cuando se la enfrenta con una verdadera conciencia revolucionaria. Los campesinos merecían una confianza entera; hacían la revolución y lo sabían: en consecuencia, la producción no bajaría.

Los dos hombres discutían todavía por la mañana, y

ambos pusieron tanto ardor en ello, que cada uno le demostró al otro, sin quererlo, que a pesar de todo seguía siendo su hermano. Aquellos dos intelectuales, en desacuerdo en todo, manifestaban su entendiimento profundo, su gusto común de las ideas y la disputa.

Por otra parte, aquella argumentación cerrada, implacable, constituía una investigación de cada uno sobre el otro. El rebelde y el resistente llevaban su investigación hasta el fin y cada uno pensaba mirando al otro: "Habrá que hacer buenas migas con este extraño animal".

Eso aparte, y como puede imaginarse, aquellos dos hombres de acción pasaron aquella noche blanca en intelectuales, es decir, inútilmente: ni uno ni otro tenían autoridad para decidir.

La cuestión quedó definitivamente resuelta a principios del verano de 1959, cuando se promulgó la Reforma, y ya veremos que el acontecimiento dio la razón a a los dos hombres a la vez.

En 1958, en todo caso, el debate fue interrumpido por la llegada de los camiones de víveres: Guevara se suavizó, sus hombres comieron y Oltuski ganó en su estimación.

En realidad, el rebelde había extraído de la misma discusión razones para apreciar al resistente. Este, conservando sus matices y sus reservas, había tratado sobre todo de COMPRENDER a su adversario, y había demostrado su amplitud de espíritu y su inteligencia reconociendo la solidez de la posición rebelde.

La guerra había hecho a aquel Guevara y le había impreso su propia intransigencia; la revolución le había dado su sentido de la urgencia, su rapidez. Con más edad que Oltuski, parecía más nuevo; frente a él, el resistente descubría que su gusto por las progresiones lentas y continuas quizá era sólo una idea recibida; que quizá se sentía frenado, detenido por prejuicios que le venían de la generación precedente; y acabó por ver, en todas las finezas de hombre de la ciudad que había cultivado en sí mismo, a lo mejor, antiguallas, a lo peor, la solapada esperanza de impedir las reformas con atemperamientos.

Ganó: puso el sentido de los matices al servicio del radicalismo. Su destino fue ser un intermediario; tener contactos directos con los jefes rebeldes antes de la conquista del poder. Para alcanzarlos y marchar con su paso, sólo necesitó dos virtudes — las más elementales y las más raras: inteligencia y buena voluntad.

La buena voluntad no faltaba seguramente en el M. 26 - 7. Ni la inteligencia. Lo que había que deplorar sobre todo, era el escaso número de contactos.

La revolución, unánime contra Batista, estaba cortada en dos porciones que se desarollaban separadamente, sin conocerse. A medida que los barbudos se hacían más fuertes y amenazaban más directamente a las ciudades, la derecha de la resistencia se mostraba más indecisa: aquellos barbudos eran repartidores a la cabeza de una "jacquerie" (sublevación campesina).

En la extrema izquierda permanecían igualmente en guardia: muchos jóvenes me dijeron que al principio vieron en Castro al hijo de un gran propietario que, apoyándose en un campesinado reaccionario, se preparaba para ejercer una dictadura de derecha. En suma: ¿qué quería Castro? ¿Quién era?

A fines de 1958, uno de sus compañeros de juventud, que, como todo el mundo en La Habana, esperaba la llegada del vencedor, se acordaba de un adolescente nervioso y sombrío, impulsado por un orgullo implacable hacia las tareas más difíciles: bastaba entonces que una empresa fuera señalada como imposible, para que se lanzara a ella.

¿No había en eso —pensaba su compañero— con qué hacer un tirano? Un día me contó sus inquietudes y me dijo: "Lo que me ha tranquilizado es que la tarea más difícil en Cuba es ejercer el poder, y no ser ni un vendido ni un tirano".

VIII

"¡Vuelvan a poner a Dios en la Constitución!, pidió Fidel Castro al enterarse, después de su victoria de que los nuevos ministros querían borrar el augusto nombre de los textos oficiales.

Las semanas que siguieron a la Liberación, a principios de 1959, fueron de regocijo y unanimidad. Aunque en ese momento, por razones que ya veremos, Castro no formó parte del gobierno, aparecía a los ojos de todos como el hombre unánime.

El quería serlo y no hacía nada por disipar el misterio que rodeaba sus intenciones. La derecha, la izquierda, los partidos, los sindicatos se preguntaban: ¿qué iba a hacer?

Hay algo seguro: se pronunciaba con fuerza contra todo lo que ofreciera el riesgo de romper la unidad de la sociedad cubana.

Se vio desde los primeros días a propósito de Dios. Se había vuelto a poner en vigor la Constitución de 1940, en cuyo preámbulo figuraba su nombre, y los ministros creyeron conveniente quitarlo.

Cuando Castro lo supo, se encolerizó: cualesquiera que fuesen las convicciones de los miembros del gobierno, no podían tocar el nombre venerable que desde hacía veinte años figuraba en el texto fundamental y había sido leído por todo el mundo, sin ofender a los sacerdotes y a los fieles y, por consiguiente, sin romper la unidad del país.

El nombre de Dios estaba incorporado a la ley constitucional y no estorbaba: recogiéndolo, la revolución no se declaraba cristiana; suprimiéndolo, se declaraba atea.

En pocas palabras: durante esa corta tregua, todas

las medidas que se tomaron tuvieron por objeto consolidar la unión nacional. En el gobierno figuraron rebeldes al igual que resistentes: resistente había sido Oltuski, ministro de Comunicaciones; Boti, ministro de Economía; resistente, el ministro de Comercio, Cepero Bonilla.

Tales precauciones no impidieron la presencia de la tensión en el mismo corazón de la unanimidad. Los habaneros habían recibido a los "barbudos" como hermanos, pero los "barbudos" no se sentían muy inclinados a la fraternización.

Aquellos campesinos - soldados, aquellos soldados convertidos en campesinos, traían a las ciudades la austeridad guerrera y el moralismo campestre. Era la misma desconfianza con que, algunos años antes, el ejército rural de Mao acampó en las calles de Shanghai, la ciudad corrompida, víctima y cómplice de los blancos.

Por otra parte, algunos habaneros manifestaron en los primeros días un apresuramiento sospechoso: en Francia también recordamos aquellos uniformes que se vieron aparecer en setiembre de 1944 en las calles de París y que olían a naftalina.

Todos acudían en ayuda de la victoria: los viejos políticos apelaban al recuerdo de los vencedores y les hacían saber que aceptarían las cargas del poder en cuanto se las propusieron. Los rebeldes y los resistentes llamaron a estos nuevos amigos el "movimiento del 2 de enero": como se sabe, el 1º de enero era y será para siempre el aniversario de la Liberación.

Desde luego, la reserva de ciertos rebeldes —que quizás no era más que timidez— y la decepción de ciertos resistentes que habían esperado vivir en familiaridad con los libertadores y a veces se veían obligados a respetarlos de lejos— todas esas leves fricciones, sólo podían producirse sobre un fondo de entusiasmo.

La desconfianza y hasta la melancolía eran maneras de vivir una adhesión verdadera y común: para deplorar que los soldados rebeldes se mantuvieran distantes, había que ver primero en ellos a futuros jefes, aceptar por anticipado su autoridad.

Algunas veces, sin embargo, los arañazos se infectaban: cuando no se ha encontrado un lenguaje común, las ambigüedades se tornan hostilidades verdaderas. O, sencillamente, se pierden los contactos.

Por suerte, la revolución contaba con una oportunidad excepcional: nadie podía presentar un equipo u otro programa frente al equipo y el programa revoluciona-

rio, fuera de dos o tres partidos a los que honraba el coraje individual de sus militantes, pero a los cuales habían desacreditado su silencio y su inercia, y de un tirano errante a quien todos los países del mundo — salvo Portugal — negaban asilo. Había que explotar a fondo esa legitimidad de hecho; ahora había que conquistar a la población de las ciudades y para empezar, satisfacer las exigencias unánimes.

En las ciudades existían dos reivindicaciones permanentes que unían sin distinción de clase a los obreros y los empleados: aún antes de percibir sus salarios, el alquiler y la electricidad se llevaban la mitad de los mismos. Aquello no podía seguir.

Era lo que ya se decía cuando Fidel Castro estudiaba Derecho en La Habana; lo que se decía quince y aun más años antes y continuaba. Pero las exigencias del pueblo están en razón directa con su confianza: los dirigentes habían conocido durante la guerra la presión de las circunstancias; a partir de la victoria, conocieron la experiencia de la presión popular.

Anunciaron de pronto una rebaja radical de alquileres: el 50 por ciento. Los motivos de esa decisión eran claros: instalados apenas en la ciudad que seguía siéndole extraña, el gobierno no podía permitirse defraudar al pueblo.

Había que actuar y no prometer; librar a los pobres de una carga aplastante; devolver al pequeño comercio cubano el dinero que se iba a los Estados Unidos como pago de automóviles, refrigeradores, etc., o que se reinvertía estúpidamente en otras construcciones inmobiliarias. De esa manera se aliviaba la economía nacional y, disminuyendo la renta, se dirigían los capitales hacia la industria.

La mayor parte estuvo de acuerdo; pero, a pesar de todo, la unanimidad se desmoronó por las orillas: ya hemos visto que los edificios absorbían todo el ahorro cubano, no sólo las utilidades de los ricos sino también la economía de las clases medianas.

Esa burguesía creía sus rentas inmutables, y un plumazo las reducía a la mitad. Se asustó y, durante algunos instantes de pánico, La Habana, espantada, vio un espectro rojo: el bolchevismo en las Antillas.

Hubo menos emoción visible cuando el gobierno obligó a las compañías del teléfono y de la electricidad a rebajar sus tarifas: aquí todos se beneficiaban, el empleador al igual que el empleado, puesto que los costos bajaban.

Por otra parte, se sacaba de los bolsillos de los capitalistas extranjeros el dinero del pueblo. Las clases pobres se alegraron francamente: el nuevo gobierno había hecho en algunas semanas lo que sus predecesores no habían podido hacer en quince años. Se atrevía a tocar las ganancias norteamericanas y el cielo no se desplomaba sobre su cabeza; se podía "cambiar la vida".

Pero, en la burguesía, el malestar se acentuaba. Aquellas medidas revelaban una tendencia al dirigismo que, por otra parte, el equipo gobernante no ocultaba y que las circunstancias justificaban ante todos los ojos —por lo menos, provisionalmente—; pero se creyó ver en aquello el anuncio de decisiones extremadas: los rebeldes vaciarían los bancos y socializarían los medios de producción.

Se creyó distinguir ya, en el seno del Consejo de Ministros, una derecha, una izquierda y un centro, y se consideró a Guevara como algo temible, un radical furibundo.

Tal reputación le acompañó largo tiempo, y cuando, mucho después del período a que estoy refiriéndome, fue nombrado presidente del Banco Nacional, los ahorristas hicieron cola para retirar sus economías. Sólo se necesitaron veinticuatro horas para tranquilizarlos: como no ocurrió nada, la burguesía volvió a depositar su dinero.

La actitud del gobierno frente a las reivindicaciones obreras no disipaba la confusión. Para decir verdad, no podía adoptar otra; pero la burguesía no lo admitía.

Los sindicatos —¿quién puede reprochárselo?— quisieron aprovechar el nuevo régimen para reconquistar los derechos adquiridos bajo la República y perdidos en parte bajo la tiranía.

Aceptaban la revolución, pero permanecían a la expectativa: el gobierno les parecía sospechoso porque no lograban definirlo y mucho menos clasificarlo. En esa incertidumbre encontraban una razón para intentar la prueba de fuerza inmediatamente, cuando el poder joven, demasiado joven todavía para haberse dotado de una caparazón y de aparatos represivos, tenía aún la fragilidad de la infancia.

Contaban obtener dos ventajas con el ataque sorpresivo: primero, una victoria obrera; luego, que el gobierno se descubriera en los primeros cuerpo a cuerpo y se supiera a qué clase servía bajo el mito de la unión nacional y a qué intereses.

Comenzaron la agitación desde enero y la mantuvie-

ron durante varios meses sin descanso. Las huelgas se sucedieron en la capital: estallaban en un sector y más tarde en otro; pero en casi todos los casos era la ciudad la que resultaba directa o indirectamente paralizada.

El gobierno actuaba como árbitro, aconsejando con frecuencia a los patronos que cedieran, no por debilidad, sino porque su misión era mantener la unidad.

Por otra parte, nacida de la miseria rural, la revolución no se sentía cómoda en las ciudades y pedía apoyo a los trabajadores más humildes. Aparte de que no tenían voluntad ni manera de romperlas, los jefes se sentían desarmados, no por las huelgas sino por las necesidades, el malestar que las provocaban.

La clase media experimentó el acoso de las huelgas hasta la exasperación. Ella lo había hecho todo por los rebeldes y por el país; los obreros, decían, no habían hecho nada. Por añadidura, los comerciantes y los pequeños industriales se creían los aliados naturales del régimen puesto que Castro pensaba defender a Cuba contra la invasión de los productos continentales. ¿Por qué se los sacrificaba a aquellos turbulentos asalariados? Por otra parte, ¿qué pensaban aquellos rebeldes? ¿Dónde tenían la cabeza? Antes sólo hablaban de reforma agraria; ahora se arrojaban al obrerismo con la misma pasión. ¿Qué había de serio en todas aquellas historias? ¿Qué era propaganda y demagogia?

No pasaba día sin que un ministro u otro dejara de reafirmar el propósito común: producir más. ¿Pensaba el gobierno lograrlo tolerando aquellas constantes vejaciones, aquellos días de trabajo perdidos?

La causa secreta de su malestar era la incertidumbre. Acostumbrada a los regímenes definidos, la clase media hacía preguntas decisivas: ¿liberalismo o socialismo? ¿Democracia o dictadura? No recibía respuesta.

Embriagada todavía por la libertad reconquistada, se puso a espiar en los discursos y en la prensa las señales ambiguas de su destino.

Las mismas gentes le hacían al gobierno dos reproches contradictorios: "Nos divierten con declaraciones solemnes y, mientras tanto, suavemente, instalan el comunismo", y "No saben lo que quieren e improvisan; nadie puede decir hoy lo que harán mañana".

Hasta la primavera de 1959 se decía eso en todas partes y no sin apariencia de razón; ello originó en muchos revolucionarios el temor tenaz de aparecer como improvisadores.

Lo que desorientaba a los cubanos era que la revo-

lución incubaba su enfermedad infantil, que estalló a fines del invierno bajo la forma de una crisis —benigna por suerte— de legalismo.

Urrutia, el presidente de la República, había merecido el exilio y la gloria porque, como magistrado bajo Batista, legalizó la revolución con sus sentencias. La tiranía de Batista —decía— es ilegítima; por consiguiente, la revolución es legítima. Era un argumento de abogado.

Sin haberlo visto jamás, los rebeldes, en sus montañas, decidieron ofrecerle la presidencia de la República futura. Vino a la Sierra; Castro habló largamente con él y quedó consternado: había esperado a un hombre y sólo había visto un principio.

De todas maneras, era demasiado tarde para revocar una designación que había sido comunicada a la prensa extranjera. Fidel sabía que los principios son abstractos, imperiosos, inflexibles, y pensó tan mal del futuro gobierno que, no pudiendo quitar a Urrutia, prefirió excluirse de él.

Siempre habría tiempo para volver después de la catástrofe inevitable. La decisión se imponía, pero fue causa del estupor cubano.

A partir del 1º de enero de 1959, hubo en un apartamento del hotel Habana Hilton un comandante del ejército rebelde llamado Fidel Castro que parecía en disponibilidad, en tanto que, en un palacio de la ciudad vieja, un rígido hombre de leyes presidía los Consejos de Ministros.

Durante su presidencia, Urrutia fue la misma legalidad, en su universalidad más formal y más tiránica.

—Hay que suprimir —decía— las casas de juego, los casinos y las máquinas "traganíqueles".

Los jóvenes ministros aprobaban: la burguesía habanera se mostraba favorable a toda medicina que curara a la ciudad de su vergonzosa lepra. El Presidente firmó el decreto.

Al día siguiente, una muchedumbre inquieta invadía el Hilton, se apretujaba en los ascensores, trepaba por las escaleras e irrumpía en las habitaciones de Castro sin más formalidad. Eran los empleados de las casas de juego con sus familias. Clamaban que los condenaban a muerte. ¿No bastaban ya 700.000 desocupados? ¿Había que arrojar a la calle a todos los trabajadores de los casinos, desde la vendedora de cigarrillos hasta los "croupiers"?

Amenazadas igualmente, las prostitutas no acudieron

al Hilton, pero escribieron cartas dignas en que reclamaban su derecho a ejercer su oficio.

Castro llamó inmediatamente a los ministros, quienes dejaron el Palacio Presidencial, el Consejo y a Urrutia, cruzaron la ciudad y encontraron a su verdadero jefe blanco de cólera en un palacio norteamericano. Fidel les explicó su pensamiento: se habían convertido —les dijo— en cómplices de un moralismo imbécil e inhumano que ponía en peligro a la revolución.

¿Suprimir el juego? Bien —a condición de encasillar y habilitar de nuevo al personal cesante. ¿Y cómo encasillarlo y habilitarlo de nuevo si no existía la industria? Se liquidarían los juegos cuando se hubiese resuelto el problema de la desocupación, cosa que no ocurriría mañana. En cuanto a las prostitutas, casi todas venían del campo: hijas supernumerarias, sus familias no podían alimentarlas; por consiguiente, tenían que morirse o venderse.

"Suprimiremos la prostitución —explicó Fidel— cuando hayamos suprimido la miseria campesina".

Ordenar a las mujeres fáciles de La Habana que no se ofrecieran a los clientes, era hablar para no decir nada: la prostitución se acogería entonces a la clandestinidad.

Consternados, los ministros regresaron a sus ministerios y a sus preocupaciones; luego, en el primer Consejo que siguió, se esforzaron con infinita delicadeza por hacerle comprender a Urrutia el punto de vista de Fidel Castro.

El magistrado les escuchó sin cólera; pero permaneció inquebrantable: La moral prohibía que se pudiera ganar o perder dinero colocando fichas sobre un tapete.

—Por lo demás —dijo finalmente—, es muy sencillo: he dado mi palabra.

Parecía, en efecto, que, embriagado por su gloria, había contraído en el exilio compromisos que no le exigían.

Castro puso término a la candidez de los ministros imponiendo su ley. No podía soportar el comprometer una revolución popular dándole como efecto un aumento de desocupados.

Se suprimirían las máquinas "traganíqueles" que no daban trabajo a nadie y robaban pesos cubanos para las pandillas continentales; se mantendría la lotería nacional, pero transformándola, y se conservarían los jue-

gos, pero el Estado se haría cargo de los casinos, percibiría las ganancias y pagaría al personal.

En cuanto a las prostitutas, que continuaran. En aquella primera fase revolucionaria y en el momento en que el nuevo gobierno hacía el inventario y descubría la herencia de males que el régimen anterior le había dejado, todo lo que se podía hacer era suprimir los explotadores de aquellas mujeres: los chulos que pretendían protegerlas y los policías que las hacían pagarles.

Este conflicto me parece significativo: como ocurre con frecuencia después de los grandes movimientos populares, el poder era bicéfalo. La verdadera autoridad no era legal; la autoridad legal no era verdadera.

El gobierno legalista, actuando según principios, cometía el mismo error que sus predecesores en 1949 y en 1933: combatía los efectos en vez de emprenderla con las causas. La prostitución y el juego eran efectos.

Urrutia, burgués jacobino, inflexible en cuanto a los principios, deseosos de restablecer la virtud en las ciudades, miraba sin hostilidad, pero también sin entusiasmo, las transformaciones en profundidad de la sociedad cubana: no eran asunto suyo. En todos los países, abogados, jueces y otros intelectuales burgueses, cuando entran en juego las ideas, exageran la intransigencia para disimular sus vacilaciones ante los actos.

La revolución cubana todavía se enredaba en sus contradicciones; temía, imagino, lanzarse en lo desconocido, descifrarse en las cosas y darse su ley, cuando ya el pueblo de La Habana no se engañaba: trabajadores y amas de casa invadían el barrio de los rascacielos, irrumpían en el Hilton y exponían sus reivindicaciones a Castro.

Este comprendió que ya era tiempo de asumir el poder. Los ministros de Urrutia lo nombraron jefe del gobierno. Al fin la liberación iba a transformarse en Revolución.

IX

> Los potentados azucareros no volverán a sus palacios vacíos. Se han redistribuido las tierras: 2 caballerías por familia de cinco personas; pero el cultivo de los cañaverales impone la explotación colectiva.

El 17 de mayo de 1959 fue para todos los cubanos el día de la verdad: el gobierno promulgó la Reforma Agraria. Prácticas, detalladas, realizables sin dilación, las estipulaciones de la ley eran más radicales que todas las indicaciones que las habían precedido.

A partir de la promulgación, los extranjeros —como representantes de una sociedad o individualmente— no pueden adquirir la menor parcela del suelo nacional. Se suprimen los latifundios: nadie puede poseer más de 30 caballerías (400 hectáreas).

Aun así, hay que llenar una condición: la tierra se concederá hasta ese límite al propietario que la trabaje. Si el propietario vive de rentas, la tierra pertenecerá en adelante a los que trabajaban para él. Fuera del límite, el Estado expropia las caballerías excedentes y las reparte entre los campesinos o los trabajadores agrícolas.

Nadie puede poseer al mismo tiempo una plantación de caña y un central azucarero; cuando eso ocurre, el propietario conserva el central, pero pierde la colonia. Cuando un individuo o una sociedad son objeto de una expropiación, el Estado los indemniza con bonos.

Las tierras recuperadas de esa manera son redistribuidas nacionalmente. Con tal fin, el gobierno creó un departamento especial: el Instituto Nacional de la Reforma Agraria. Se establece como principio que un lote de dos caballerías puede alimentar a una familia de cinco personas. El INRA efectúa la distribución de esos lotes adaptando el principio a los casos particulares.

Esa fragmentación, sin embargo, ofrece el riesgo de perjudiciar ciertos cultivos: la caña, particularmente, con revolución y sin ella, exige siempre grandes espacios y un trabajo de equipo. Parcelar los cañaverales traería como resultado seguro el desajuste de la producción. Por ello la ley estipula que la finca se distribuya en lotes o se transfiera, indivisa, a una cooperativa, según los intereses de la nación. En suma, es el cultivo el que decide: reclama del INRA trabajadores individuales o cooperativistas.

Tales son los artículos esenciales de la Reforma Agraria. Pero el gobierno cubano explica sin cesar, trata de convencer. No tiene otra fuerza, en efecto, que la adhesión de los gobernados.

Por esa razón tiene la costumbre de poner un preámbulo "pedagógico" a cada ley. En esos textos —de una precisión y una claridad admirables en su mayor parte— se expone a los ciudadanos la situación objetiva, sus peligros y sus exigencias y se indican los fines que se persiguen y los medios de lograrlos. Basta leer bien para comprender la necesidad de las decisiones que se toman.

En Francia se presume que nadie ignora la ley; en Cuba se supone que todo el mundo debe comprenderla. Hombres nuevos, muchos de los cuales fueron estudiantes de Derecho o abogados y a quienes desagrada el formalismo jurídico quieren fundar sus decretos en la razón. En la isla se está creando un nuevo idioma que une a los nobles y bellas redundancias españolas la sequedad precisa y apasionada de un nuevo racionalismo.

Entre esos textos, que constituyen una fecha en la historia del lenguaje cubano y en la historia universal de las instituciones humanas, el más profundo, el que menos puede olvidarse, es el preámbulo de la ley de la Reforma Agracia. La revolución se lo jugó allí todo; en esas pocas páginas, Fidel Castro podía ganar o perderse. Ganó.

Sencillamente, los considerando y los resultados de la ley representan —en estos tiempos, en que los pueblos hacen resquebrajarse en todas partes las cortezas carcomidas de la colonización— la carta de los países subdesarrollados.

Desgraciadamente, sólo puedo ofrecer aquí extractos de esa introducción capital, que debería ser traducida a todas las lenguas. He aquí los pasajes que abrieron los ojos a los cubanos:

La Reforma Agraria tiene dos metas principales:

"a) Facilitar el surgimiento y extensión de nuevos cultivos que provean a la industria nacional de materias primas y que satisfagan las necesidades del consumo alimenticio, consoliden y amplíen los renglones de producción agrícola con destino a la exportación, fuente de divisas para las necesarias importaciones.

"b) Elevar a la vez la capacidad de consumo de la población mediante el aumento progresivo del nivel de vida de los habitantes de las zonas rurales, lo que contribuirá, al extender el mercado interior, a la creación de industrias que resultan poco rentables en un mercado reducido y a consolidar otros renglones productivos, restringidos por la misma causa."

El mérito de Castro y su fuerza de pensamiento se rebelan en esas pocas y sencillas líneas: hasta aquel mes de mayo, todo el mundo en Cuba consideraba la reforma agraria como una medida negativa cuyo propósito era la destrucción del antiguo régimen. Ahora bien: desde la primera lectura del preámbulo se advertía que el momento negativo de la revolución había pasado. El texto no apelaba en ninguna parte a los resentimientos populares; definía la reforma como la organización fundamental de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción.

Por consiguiente, no había nada oculto: el preámbulo no disimulaba la miseria ni la injusticia social, pero no tenía interés en nombrar a los responsables; si se refería a la penosa situación de las clases rurales, era por simple cuidado de eficacia. Para aumentar la producción total de la nación, había que elevar la productividad de cada una y, desde luego, mediante la mecanización de la agricultura en cuanto fuera posible: más adelante, no al momento. Pero curando primero al campesino de sus tres dolencias endémicas: miseria, enfermedad e ignorancia.

El lector se sintió ganado porque, en los resultandos de la primera ley revolucionaria, descubrió el sentido y la originalidad de la revolución cubana: destruir el antiguo régimen equivalía a colocar la primera piedra del nuevo.

Expulsar a los malos amos y devolver a la nación los millares de caballerías de tierra que sistemáticamente dejaban improductivas, era proveerse de un golpe de la manera de diversificar los cultivos; poner aquellas tierras incultas en manos de los campesinos era realizar ya la diversifición: los nuevos propietarios se verían obligados por la exigüidad de sus posesiones a explo-

tarlas a fondo; con la propiedad individual, el cultivo intensivo reemplazaría las negligencias del trabajo en extensión. Rompiendo de un golpe la orgullosa violencia de los grandes señores y su servil sumisión a los productores extranjeros, se le daba conjuntamente a la nación la independencia alimenticia: la isla fecunda adquiría el derecho de producir su subsistencia; a partir de aquel momento se sembraría arroz dos veces más. Con la cosecha de 1960, Cuba dejaría de ser tributaria del extranjero en cuanto a ese alimento básico.

El cambio sería todavía mayor en lo que concernía a otros renglones alimenticios: en el año 1959-1960 se empeñaría y se ganaría la batalla del tomate, y no contentos con satisfacer en ese sector la demanda interior, los productores cubanos competirían en América Latina con los ex abastecedores de Cuba.

Pero, sobre todo, el gobierno decía en términos claros que la elevación del nivel de vida rural no era de primera intención una medida de justicia, sino un intento de poner la economía nacional en marcha mediante la revisión de las estructuras sociales.

Falta de idustrias, la isla había conocido cincuenta años de marasmo; la industria no había podido nacer por falta de mercado interior.

Recuerdo haber visto en todas las paredes de Inglaterra, durante una crisis, esta exhortación apremiante: "Buy british" ("Compre artículos ingleses"). ¿Quién antes de 1959, hubiese exhortado en las paredes habaneras a "comprar artículos cubanos"? A los ricos les tenía sin cuidado la isla y los pobres carecían de dinero. Ya he dicho la consecuencia: los pobres hacían crecer los dólares con el sudor de su frente, los cosechaban y se los daban a los ricos, quienes los enviaban a los productores de los Estados Unidos.

Las divisas huían de la isla, pero los ricos recibían autos y refrigeradores. La nación cubana jamás recibía pago: cualquiera que fuera su trabajo, se empobrecía más cada día.

La reforma aportaba la solución: se suprimía a un número ínfimo de consumidores la posibilidad de arruinar a todos los demás con gastos suntuarios en el extranjero. Ofrecía la ventaja de reducir el tren de vida de aquellos parásitos y, consecuentemente, sus compras en el exterior; por otra parte, para quitarles por completo a los ricos las ganas de traicionar, el gobierno fijaba impuestos aplastantes a las importaciones de lujo.

Esas dos medidas complementarias (expropiaciones y

tarifas aduanales), constituían ligaduras: comprimían la arteria abierta y detenían la hemorragia. No habrían significado nada, sin embargo, si la misma ley, mediante la promoción de los humildes no hubiese cambiado concurrentemente las condiciones de los trabajadores para crear una demanda interior y estimular la industrialización.

No hay que creer en los Reyes Magos: los cubanos saben que la industrialización será lenta, que habrá que llevarla a cabo con prudencia.

En Cuba como en todas partes, los capitales, las fábricas, las máquinas, tienen sus costumbres, sus inercias: cualquiera que sea la demanda, no hay que pensar que hará brotar las fábricas de la tierra.

Cuba quiere renunciar a su economía colonial, y eso quiere decir que, a las estructuras clásicas del subdesarrollo (industrias de extracción con grandes inversiones extranjeras, producción agrícola), el gobierno se propone añadir un sector esencial desarrollando las industrias de transformación.

Pero hay que ser modestos, aun a largo plazo. Cuba producirá sus artículos de consumo; pero no puede soñar —actualmente, se entiende—, con producir sus máquinas-instrumentos, su equipo: sería una carga inútil y nefasta para una población de seis o siete millones de habitantes. En consecuencia, la industria pesada permanecerá donde se encuentra: en el extranjero.

Pero en ningún caso la independencia de un país reclama la supresión de sus importaciones: si se arranca al régimen preferencial que lo encadena a un productor único —es decir, a un cliente único—, si equilibra la balanza del comercio exterior subordinando el aumento de las compras al de las ventas, si bloquea con impuestos las compras inútiles y si determina con rigor las importaciones de interés nacional, cimentará su soberanía viviente en una estrategia a escala mundial, lista siempre para garantizar su libertad de maniobra por medio de cambios de alianza y cambios de clientela.

En suma, los grandes propietarios impedían a la vez el policultivo y la industrialización. La Reforma ha hecho comprender a los cubanos que la realización inmediata del primero iniciaría también la segunda.

No mintió: el policultivo y el aumento de la demanda interior son una sola cosa; bajo la presión de las masas rurales, se han puesto en marcha máquinas que se habían parado por falta de clientes. Catorce meses des-

pués de la victoria de los rebeldes, 125.000 desocupados habían encontrado trabajo.

En aquel mes de mayo de 1954, la revolución reveló su radicalismo: destrozó las grandes propiedades. Pero pocas gentes se asustaron: después de los considerandos de la Reforma, era evidente que sólo la situación había impuesto aquel desmembramiento.

El nuevo equipo se burlaba de las ideologías; algunos dirigentes las ignoraban, y otros encontraban todas las teorías dignas de interés sin satisfacerse con ninguna; demasiado generales o demasiado particulares, a las mejores les faltaba el haber nacido en Cuba, de una meditación sobre los acuerdos azucareros.

Sin la menor duda, habría causado viva resistencia una revolución que se proclamara socialista. Pero la Reforma Agraria no se daba nombre alguno.

Con justicia: atacaban un régimen de propiedad que ya casi no se encuentra —como no sea en los países retrasados—, un régimen feudal. Ocurría que parcelaba —dos caballerías por familia— la tierra recuperada ¿Qué hacía en tal caso? Nada más que lo que habían hecho, siglo y medio antes, las revoluciones que cambiaron la faz de Europa: introducía en los campos la propiedad burguesa.

En otros casos, por el contrario, la propiedad pasaba, indivisa, a una cooperativa. Esa nueva atribución parecía inspirarse claramente en experimentos socialistas. Todo ocurría, en suma, como si la propiedad feudal, al desaparecer, engendrara los dos modos de apropiación que hoy se encuentran en todas partes.

Pero, en Cuba, la cooperativa está inscripta en la naturaleza de las cosas. La caña necesita grandes espacios. Se separan de los antiguos latifundios, desde luego, las tierras baldías y se entregan a otros cultivadores para que las dediquen a otros cultivos. Pero la propiedad en sí, con sus millones de tallos verdes, no se podría dividir sin destruir la producción de azúcar.

¿Se iba a poblar esas propiedades con veinte mil pequeños productores aislados, opuestos por la competencia, por los intereses, por la diversidad de útiles y de técnicas? ¿Cómo indicar en aquella selva virgen las fronteras de cada propiedad? Existía también el ingenio, que espera la cosecha y muele la caña: ¿para qué poseer en particular, si hay que cortar juntos los tallos y usar en común los medios de transporte?

En una palabra, la caña exigía la unidad de una empresa común. En otro tiempo, era la comunidad feudal

de los desposeídos, de los jornaleros esclavizados, endeudados, sin tierra; mañana será la cooperativa de producción.

No son los principios o las opiniones los que cuentan: es el propio antiguo régimen que se transforma en una organización colectiva. Y ello, por una sola razón: porque la propiedad feudal, para adaptarse a las exigencias del azúcar, ya estaba organizada como una comunidad de trabajo.

Esa es la suerte de Cuba: no volverán a encontrarse en ella las contradicciones que ensangrentaron en otro tiempo a la Europa socialista. La necesidad de trabajar la tierra en común no tropezará, en los propios trabajadores, con la áspera voluntad de poseerla individualmente. Releamos el texto de la Reforma Agraria: se ve aparecer allí de pronto sin ruido, subrepticiamente, la palabra "cooperativa" y la ley no se preocupa en ningún momento por definirla o justificarla. La razón es muy sencilla: producto de las tradiciones y las necesidades, la cooperativa existía antes de ser instituída.

¿Qué encontraban, hasta 1958, los que visitaban una gran propiedad? Un palacio vacío, un administrador y un equipo de trabajadores agrícolas.

Hoy, el palacio continúa vacío: su dueño no regresará jamás y el administrador ha preferido desaparecer o cambiar de ocupación: sólo queda el equipo, con su saber práctico, su experiencia de la tierra y sus útiles. Es él el que, de un régimen a otro, asegura la continuidad de la producción; todos esos hombres se conocen, han trabajado y sufrido juntos y, sobre todo, están acostumbrados a trabajar juntos.

Puesto que esa colectividad rudimentaria y tradicional, constituída desde hace mucho tiempo, se encuentra sola en el lugar, y puesto que su presencia es indispensable, la Reforma hace de ella, indivisiblemente, la usufructuaria de la propiedad que cultiva y así queda bautizada como "cooperativa".

Prácticamente, se trata de una transformación capital: el equipo de obreros venderá la cosecha sin intermediario al central azucarero y —tal es el principio al menos— percibirá íntegramente la utilidad.

Antes de 1959, los jornaleros se abastecían en la tienda del pueblo más cercano, y aquellos comerciantes, perdidos en la naturaleza y muchas veces sin competidores en más de veinte leguas, se convertían por sí solos en un monopolio y fijaban los precios soberanamente. Por otra parte, aprovechándose de la temporada de

falta de trabajo, no desdeñaban practicar la usura, y con esos dos procedimientos ganaban el dinero de los pobres sin esfuerzo, pero les costaba mucho más trabajo ganar su simpatía.

El nuevo Estado decidió acabar con esos pequeños aprovechadores por medio de la competencia y encargó al INRA que facilitara la producción cooperativa organizando la cooperativa nacional de consumo.

Las "tiendas del pueblo" aparecieron en cada propiedad, cerca de los trabajadores: en ellas se encuentran los artículos de primera necesidad a precio de costo más un diez por ciento para cubrir los gastos de transporte, locales, salario de los empleados, etc. El comercio privado no resiste; los tenderos cierran sus tiendas.

El dinero de la Lotería Nacional pasa a las manos de otra institución, el INAV (Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda) que lo dedica a construir casas.

Cada familia recibe los materiales básicos y todo el mundo se pone a construir; los domingos, vienen obreros de la ciudad y ayudan. Se explica a los campesinos el plano de cada casita y se muestran conformes; pero, en el sector privado, la tarea es relativamente sencilla: se sustituye la incomodidad solitaria del bohío por la cómoda soledad de la residencia nueva. En el sector socializado, no basta construir alojamientos: hay que agruparlos.

Hasta la Reforma Agraria, los equipos de trabajadores rurales no habían conocido esa imagen estable de la solidaridad: la comunidad de residencia. Trabajaban cuatro meses las tierras del amo y se amontonaban en cualquier parte para dormir. Cuando llegaba la primavera con la desocupación, se dispersaban por todos los caminos, para ir a reunirse, a veces en el otro extremo de la isla, con sus familias en tugurios.

Actualmente, la cooperativa debe residir en el lugar donde trabaja. Aconsejado por arquitectos el gobierno ha establecido un modelo de caserío muy económico y —puesto que los trabajadores deben construirlo ellos mismos— muy sencillo.

Todas las cooperativas tienen o tendrán una copia. Pueden adaptar el modelo a las circunstancias particulares; sólo en un punto se muestran intransigentes los dirigentes: el caserío debe completarse en sí mismo; las residencias privadas deben agruparse alrededor de la escuela de la tienda y de otras construcciones públicas.

No se trata de incitar a los campesinos a hacer una

vida comunitaria: los cubanos no lo admitirían; son muy apegados a su intimidad familiar.

Se quiere sencillamente hacerles ver que su caserío no es un campamento; que el grupo de residencias no puede limitarse a una suma de casualidades, de vecindades fortuitas. Viven juntos porque trabajan juntos: tal es la verdad que deben descubrir cada mañana al abrir la ventana, si quieren profundizar su "conciencia revolucionaria".

En marzo de 1960, cerca de un año después de la promulgación de la Reforma, todo estaba por hacer y, sin embargo, estaba hecho lo esencial: en todos los lugares que se ha podido, las cooperativas se han puesto a trabajar, se han adelantado a veces a la fecha fijada por el gobierno y han emprendido la construcción del caserío antes de recibir el plano de construcción.

Las he visto en todas partes, zumbando como colmenas, soñando hacer subir rápidamente, de día en día, de hora en hora, la producción nacional a través del continuo aumento de su producción particular. Los obreros discuten: si el responsable local no sirve, señalan sus faltas y le reprochan no saber aprovechar la competencia de cada uno. Si elogian a alguien, puede estarse seguro de que lo merece. Cada cual quiere inventar, organizar, racionalizar.

Pero esa alegre turbulencia demuestra, precisamente, el profundo acuerdo de todos con el sistema cooperativo: no hay una sola de sus críticas que no suponga un consentimiento previo.

Sí: racionalizar, organizar mejor las tareas para producir más, pero sin salirse nunca del cuadro de la producción socializada. Cuando pregunté a mis amigos cubanos la razón de tal armonía, me respondieron enumerando las ventajas de la Reforma: la suerte de los trabajadores de las cooperativas es incomparable con la de algunos jornaleros.

—¿No sienten a veces el deseo de repartirse las tierras?

—¿Por qué habían de hacerlo? —me respondieron—. El gusto de la propiedad privada no está inscripto de antemano en el cerebro. Admitiendo que sea una verdadera tentación, hace falta, por lo menos haberla experimentado. De padres a hijos, esos hombres nunca han poseído nada, salvo el machete que llevan en la cintura. Su herencia han sido el hambre, la miseria y las enfermedades. Quieren que los libren de ellas; tener un

techo sobre sus cabezas; trabajar para sí mismos trabajando para todos; elevar su nivel de vida sin cesar; no tener más amo que la nación e incorporarse a la sociedad cubana. Tienen lo que desean o lo tendrán. Son reivindicaciones tangibles, y junto a eso, la posesión de la tierra —individual y hasta colectiva— resulta para ellos una abstracción.

X

> Los cubanos necesitan con urgencia nuevos cultivos y nuevas fábricas. Quieren una democracia del trabajo, pero no se apresuran a elegir sus instituciones.

Para los Estados Unidos, la cosa es simple: Castro ha tomado el poder sin presentar su candidatura. En el año y medio que lo ejerce, no ha consultado al cuerpo electoral ni ha tenido la simple cortesía de indicar a los electores la fecha —por alejada que sea— de una próxima convocatoria. En suma, la dictadura desnuda.

Los ciudadanos norteamericanos están profundamente ligados a sus instituciones. Libre empresa y parlamentarismo son, a sus ojos, las dos mamás de la democracia. Y naturalmente, hay democracia o hay fascismo, o comunismo; para ellos, todos los regímenes discrepantes deben ponerse en la misma bolsa. La prensa aprovechó esa situación. Desapareció el Robin Hood de la Sierra Maestra; el público aterrado descubrió en su lugar a Hitler. o Stalin. A elección.

Fidel los inquietaba tanto más cuanto que, desde el primer día, había restablecido la Constitución de 1940.

—¿Para qué —preguntaban los periódicos norteamericanos—, si no la aplica?

Aquel respetable texto preveía un parlamento electo, ministros responsables. En el nuevo régimen no había trazas de parlamento, electo o no. Había ministros, pero nadie sabía ante quién eran responsables. Los puritanos del Norte se exasperaron ante aquella declaración de principios; vieron en ella una hipocresía, lo que en Francia llamamos un homenaje del vicio a la virtud. Esa Constitución era un engaño. Sin cesar violada por el déspota que la había creado, otro déspota —decían los norteame-

ricanos— la había recogido del arroyo, había restablecido su gloria, para a su turno violarla.

Los yanquis tienen una cierta idea de la democracia; esa idea subordina —si no en la práctica, al menos en teoría— la economía a la política. He aquí el resultado: el Presidente de Estados Unidos solicita el libre sufragio de individuos libres que libremente se lo otorgan; para conservarlos favorables a su partido, protegerá la libertad individual y, por consiguiente, la libre propiedad. Heredero de un tirano y tirano él mismo —argumentan— Castro no quiere saber nada con elecciones libres, con una Asamblea electa que controle sus caprichos; se burla del consentimiento, sólo quiere la obediencia; de golpe la isla se convierte en su dominio, pasa a la categoría de propiedad privada. En suma, el parlamentarismo crea, mantiene, multiplica las firmas privadas de la propiedad y de la producción; la dictadura conduce al socialismo, es decir, según esos pensadores norteamericanos, a la concentración de los bienes de todos en las manos de uno solo.

El malentendido viene de ahí: Castro y sus amigos tienen justamente la idea opuesta.

Demócratas, los cubanos lo son profundamente, eso quedará muy claro luego. Pero las semicolonias, aun recientemente liberadas, no tienen el noble idealismo de la metrópolis; al ver fluir bajo sus ojos el oneroso fulgor del neón extranjero, al meditar sobre los vínculos que unían la caña, la miseria, la esclavitud y la impotencia, los jóvenes cubanos se habían acostumbrado poco a poco a pensar que la economía condicionaba la política.

Entendamos que no tenían una doctrina sobre este punto; los doctrinarios eran los puritanos Estados Unidos. El puritano generaliza: es el placer de los hombres abstractos. El cubano no generaliza jamás. Su problema único y singular, es la isla, y lo que hay que hacer en ella. Si usted le dice que en otros países, en Europa o en Africa, lo urgente es constituir un régimen político antes que aumentar la producción le escuchará con interés, sin duda le creerá, y concluirá simplemente:

—Aquí, es todo lo contrario.

O bien, no dirá nada. Sabe que se le comprende. Y comprender, en la isla, es compartir las certezas revolucionarias. Esta sobre todo, la primera: en Cuba se impone el dirigismo económico, porque las circunstancias lo exigen.

En Nueva York, en Washington, la mera palabra "dirigismo" basta para provocar escándalo: por esta razón

se ha tomado la curiosa costumbre de llamar comunista a un gobierno que no tiene opinión sobre el régimen de la propiedad.

Si alguna vez discuto con los amigos que me quedan en Estados Unidos, empezaré por prevenirlos sobre esto; no se trata de hablar de principios; no están en discusión; lo que hay que examinar, es la oportunidad.

El subdesarrollo no debe definirse como una simple deficiencia de la economía nacional. Es una relación compleja entre un país atrasado y las grandes potencias que lo han mantenido en ese atraso: la semicolonia, liberada de sus cadenas, vuelve a encontrarse en la miseria frente a una antigua metrópoli irritada. Hay que salir lo antes posible de la pobreza, o volver a caer en la dependencia. No hay alternativa: aun cuando un golpe de magia librase a la Gran Potencia de sus concepciones imperialistas, la colonia liberada debe salvarse por sus propias fuerzas o volver a colocarse por sí misma en las manos de sus antiguos colonizadores.

En una palabra, el subdesarrollo es una tensión violenta entre dos naciones, y su intensidad se determina en función del retraso de una con respecto a la otra.

Una isla dormida, cerrada, sueña en 1958 que vive en 1900. Se despierta para comprobar que el reloj del vecino marcha, y que el vecino vive como se debe vivir en 1958.

Casi sesenta años de retraso: ahí está todo. Y el único problema cubano es: ¿cómo recuperar ese tiempo perdido?

El retrasado inicia la marcha con esa demora de medio siglo: se tambalea sobre sus piernas y descubre muy lejos, entre el polvo, el pelotón de vanguardia. Tiene que darle alcance. Eso significa que el desdichado debe correr más rápido que los mejores.

La isla debe llevar un tren infernal; si renuncia a producir por sí misma el menos importante de los artículos que puede fabricar, tendrá que hacerlo venir de Nueva York o de Chicago; ése será el comienzo de una regresión que no se podrá frenar; se volverá a los latifundios, al azúcar, a la esclavitud.

Entonces, haga el gobierno lo que haga, la producción cubana en este período que sigue de cerca al estado semicolonial no se desarrolla libremente. La velocidad y el ritmo de la producción futura, y sobre todo el aumento de la tasa de crecimiento estarán condicionados de entrada por el desarrollo anterior, por las transformaciones presentes y por las perspectivas de las potencias que rodean al país.

—Nos piden ideas, una doctrina, pronósticos —me ha

dicho el Che Guevara—. Pero se olvidan que somos una revolución de contragolpe.

Quería decir que la isla no dirige el juego; en las relaciones con los Estados Unidos, las medidas tomadas por los jefes revolucionarios son siempre réplicas; eso cae de su propio peso.

Por una parte, un pequeño país de seis millones seiscientos mil habitantes; por otra, un coloso de doscientos millones; y el ingreso nacional del país grande es cinco veces más elevado por persona que el del pequeño.

En esa economía forzada, los Estados Unidos representan la presión. Pero creamos por un instante en Papá Noel y atribuyámosle una inocencia perfecta. Aun en ese caso límite, los fabricantes de Pittsburgh o Detroit, a menos que paren sus máquinas, denuncian objetivamente el retraso cubano y crean en Cuba la urgencia, es decir la presencia casi mensurable de un peligro mortal.

Creo que no se encontraría en Europa un liberal que no lo admitiese: las circunstancias cubanas exigen el dirigismo; es la hiperindustrialización de Estados Unidos lo que exige el dirigismo a la pequeña isla agrícola. El gobierno revolucionario experimenta esa presión de la realidad, delibera cada día bajo la amenaza, transforma la amenaza extranjera en exigencia de la economía cubana, da a conocer el esfuerzo que es necesario realizar, cual sector está bajo un peligro más o menos inmediato. ¿Cómo podría ser de otro modo?

¿Tiene la isla el derecho de arrojar dinero al mar, cuando la naciente industrialización reclama ásperamente capitales? ¿Se permitirá que la industrialización se haga al azar, mediante el encuentro fortuito, aquí o allá, de un capricho en una cabeza y unos pesos en un bolsillo? NO. El país NO PUEDE despilfarrar sus fuerzas.

La agricultura misma reclama un dirigismo moderado; después de la reforma agraria, poco importa quien posea la tierra; lo que importa, mientras instaura el policultivo, es que la nación, en su totalidad, decida qué es lo que va a sembrar el propietario individual o colectivo.

La nación está, desde luego, representada por el Instituto de Reforma Agraria, que no ha sido electo ni ha recibido mandato. Pero cuando se comprende que el país muere de una indigestión de dólares y de azúcar, cuando se sabe que hay que recetarle otros alimentos, arrancados de su suelo, o dejarlo reventar, entonces se reconoce al INRA una soberanía técnica y sin mandato, que no viene siquiera de Castro, sino de la necesidad bruta; ese organismo hace lo que hay que hacer.

Existen y existirán otros institutos, todos creados por el gobierno. Es que hace falta un pensamiento total concibiendo los ordenamientos de detalle a partir del todo que se desea crear.

Para obtener de los obreros la mayor eficacia sin imponerles un exceso de trabajo fatigoso, sólo existe —en ausencia provisoria de máquinas modernas— un medio: la organización; se remodelarían de un solo movimiento —pero sin cesar— las estructuras y las relaciones de la producción. ¿Y quién hará ese remodelamiento si no es un equipo dirigente que concentre el saber y el poder entre sus manos?

Pero el puritano de Estados Unidos condena en bloque, sin excepción y sin atenuante, las experiencias dirigistas.

Para ellos, sólo los tiranos piensan en concentrar en sus manos el poder económico, y el motivo es que ya usurpan todo el poder político. Aun los más liberales entre los norteamericanos no admitirán jamás que la centralización de la economía sea en absoluto compatible con el ejercicio real de la democracia. Es un credo.

Pero el malentendido es aún más radical; porque un yanqui de buena voluntad diría entonces a los cubanos: "¡Y bien! Pruébennos que vuestro gobierno puede ejercer su dirigismo de acuerdo con una asamblea electa".

Lo que en el fondo quiere decir: el dirigismo es la dictadura; pero os damos una oportunidad: atemperar los rigores del ejecutivo con la sabiduría del legislativo. Una vez más esto es lo contrario de lo que hacen los cubanos: convencidos de que lo económico tiene primacía sobre todo, los jefes quieren suscitar la libertad popular en los mismos lugares donde debe ejercerse el dirigismo económico: el pueblo no será libre jamás si no empieza por realizar su libertad soberana en el taller o en los campos.

El capitán Núñez Jiménez, director del I.N.R.A., me ha dicho: "¿Elecciones, por qué no? Yo no me opongo. Hablo de ellas sin entusiasmo porque por el momento la política está muerta; usted conoce nuestros problemas, nuestra urgencia. Más tarde —dice cortésmente— cuando la política renazca...

Le pregunto, para ver:

—¿Por qué habría de renacer?

Es un hombre fino. Por encima de la barba, que le oculta el pecho, una sonrisa plegó su rostro. Pero no me respondía. Después de un momento de silencio dijo:

—¿Por qué hablar siempre de la democracia bajo su aspecto político? Ese aspecto existe, y tenga la certeza de que no subestimo su importancia, pero viene en últi-

mo término. No es más que una farsa si no resume en la libertad del voto todas las manifestaciones de la libertad. Yo no sé cómo son en su país las relaciones entre los patrones y los empleados. Pero aquí, antes del 1º de febrero de 1959, puedo decirle que no eran democráticas. Hoy la isla está en marcha, y hemos puesto al pueblo en posesión de sus derechos; cada golpe de machete, cada remache colocado, nos hacen avanzar hacia nuestro primer objetivo, la democracia del trabajo.

Varios días después, pedí la impresionante recopilación de leyes revolucionarias. Me la trajeron, la consulté. Pero comprendí muy rápidamente mi error; la había tomado por el repertorio de las nuevas instituciones cubanas, y era justamente eso lo que no podían ser. Esas nuevas instituciones, en efecto, no existían. No porque esa revolución fuese todavía demasiado joven para haberse dado leyes fundamentales; otras, a seis meses de su nacimiento, se definen para toda la eternidad, aun cuando por un golpe de fortuna desaparezcan en seguida.

No. Los cubanos tienen prisa por poseer cultivos de tomates y plantas siderúrgicas. Mucho menos prisa por darse instituciones. Veremos qué clase de leyes les impone la situación; en todo caso, puedo adelantar desde ya que son actos y no palabras.

Queda la Constitución de 1940. ¿Por qué adoptarla —se dirá— puesto que no era el momento de aplicarla? La respuesta es simple.

En primer término, el viejo testamento de la República era popular; los cubanos estaban satisfechos de que les hubiera permitido expulsar por primera vez a Batista en 1944; y lo amaban también contra ese mismo tirano que en 1952 había pretendido escamotearlo.

Podemos comprenderlos: también a los franceses nos ha ocurrido, en nuestra historia, sentir la boca amarga y hiel en la garganta cuando pensábamos en las Asambleas electas: en 1849, por ejemplo.

En Cuba, el parlamentarismo se ha desmoronado por mucho tiempo. Se dice que en una sola oportunidad Castro fue silbado. Era en Oriente, su provincia natal. La guerra estaba ganada, pero la revolución aún no había asumido el poder; Fidel habló en un mitin; lo aplaudían. Pero cuando el orador, hablando de la soberanía del pueblo, enumeró las formas que le permitirían ejercerla, en particular el régimen de las asambleas representativas, hubo tal tumulto que juzgó útil no insistir.

De todas maneras, había que rendirse a la razón: esa gente no amaba a sus antiguos representantes; en el mo-

mento en que se los arrancaba a la humillación, a la impotencia, se negaban a ser nuevamente sumergidos, no querían ser entregados a los menos.

En cuanto a los jóvenes dirigentes, su aversión al parlamentarismo no se funda tanto en el pasado, en las desagradables experiencias de sus padres, como el futuro, en las amenazas que contiene en germen el sistema representativo.

—¿Qué se pretende? —me preguntó uno de ellos—. ¿Que votemos? Nada. Transmítales nuestras condolencias, y que no vayan a contar en su país las tonterías norteamericanas: que estamos muertos de miedo de quedar en minoría después de una elección. ¿Cómo se atreven ustedes a reclamar al mismo tiempo que los dirigentes cubanos hagan un referéndum, a repetir, en todos vuestros libros de historia política, que el referéndum por regla general no es otra cosa que la consagración de un hecho consumado? Conocemos nuestra isla y sabemos que una consulta electoral —referéndum o no— daría a Castro el noventa por ciento de los votos. Usted puede creerlo o no, pero aguarde un poco, pasee con Fidel, y entonces será como nosotros, entonces estará enterado.

Tenía razón. Dos días más tarde, me enteré; mejor dicho vi; volveré a hablar de eso, y daré mis razones al lector.

Pero aun era demasiado pronto. Dije a aquel joven:

—Admitiendo que vuestras cifras sean exactas, ¿no cree usted que vuelven necesario el referéndum? Sería un triunfo tan grande, que cerraría tantas bocas hostiles, que no entienden muy bien por qué ustedes se privan de él.

—Por una sola razón —me dijo—. No queremos pagar el triunfo de los revolucionarios con el aplastamiento de la revolución. ¿Qué es lo que da sentido a nuestro equipo? La unidad de los puntos de vista, la unidad práctica. Somos muchos en uno; un solo y mismo hombre en todas partes al mismo tiempo; explicamos sin cansancio esa verdad; después que ha expulsado a sus latifundistas, una nación subdesarrollada hace de la producción el denominador común de todas las clases, su común interés. En este momento, ¿qué sería una Asamblea electa? El espejo de nuestras discordias.

—Usted dice que ya no las hay.

—Justamente, hace falta la tensión del trabajo una temperatura de fusión para que los grupos y las personas puedan liberarse de sus estrechos puntos de vista. Afortunadamente, todo se hace en caliente. Pero si usted detiene todo para dictar una ley electoral, la gente vol-

verá a dividirse porque esa ley está hecha para dividirla. La prueba es que la ley se dirá equitativa si los grupos y los intereses están representados en la Asamblea en proporción a su importancia nacional. Por otra parte, es preciso que el elector elija; por lo tanto, habrá por lo menos dos partidos. Eso significa un equipo de repuesto, lo que no es demasiado grave, pero también y sobre todo una economía de repuesto. Dos economías, ¿por qué no? Pero no en nuestra isla y en este momento.

En seguida me preguntó:

—¿Qué haría usted si tuviera que realizar en Cuba una consulta electoral?

Al elector, se lo encuentra siempre; no es él quien nos inquieta. ¿Pero los elegibles? Estableceremos sobre el papel la pluralidad de los partidos. Muy bien. Pero los partidos reales, ¿de dónde los saca? ¿Usted cree que renacerán solos? Lo dudamos: vea usted más bien, con cuánta prisa desaparecen. ¿Cuáles son los árboles secos que pueden reflorecer? El Partido Ortodoxo ha conservado una existencia nominal, una categoría social; algunos cuadragenarios lo reclamarían. ¿Pero se encargaría uste de encontrarle un programa? Esa formación burguesa de izquierda moderada no tendría la audacia de colocarse a la izquierda de los revolucionarios; ni la ingenuidad de colocarse a la derecha. La revolución es irreversible: ¿puede creerse que el pueblo daría sus votos a quien le propusiera volver atrás en la reforma agraria, regresar a cero?

La verdad es que ninguna posición es posible hoy en el hemiciclo: la revolución, en la unidad de su acción práctica, es forzosamente su propia derecha y su propia izquierda. Es en ella donde se han encontrado y ligado resistentes y rebeldes. Todo nuevo partido debería aceptar de entrada los cuadros de la actividad revolucionaria, su objetivo fundamental y sus medios: nada podría hacer sin retomar por su cuenta el objetivo actual de toda la isla: aumentar la producción.

¿Dónde, entonces, estarían las divergencias? De todas maneras, la urgencia es para todos la misma. Hay que marchar de prisa. Por doquier, como veremos, la gente aprende a exigir; todos tienen interés en apresurar el movimiento. ¿Se imagina a un candidato que se distinga del equipo revolucionario proclamando ante los electores que marchará más lentamente? El único medio de separarse sin perderse, sería adelantarse.

Pero estos jóvenes que gobiernan son ágiles, y ya tienen dieciocho meses de experiencia. Es difícil alcan-

zarios. Ni siquiera se intentará: pero si hubiera mañana una consulta electoral, inclusive si varios partidos se disputaran los votos de los cubanos, la elección sería demasiado fácil: por su parte un equipo adiestrado, eficaz, ilustre, que podría argumentar sus glorias, sobre sus empresas y sobre sus resultados; por otra parte formaciones apenas salidas de sus pañales, sin ninguna experiencia del poder, que no tendrían nada que dar, salvo abstractas promesas.

XI

> No hay viejos en el gobierno: 29 años es la edad promedio de los ministros. En la isla privada de técnicos, los médicos, transformados en hombres-orquesta, se dedican lo mismo a las finanzas que a la agronomía.

El mayor escándalo de la revolución cubana no es haber expropiado fincas y tierras sino haber llevado muchachos al poder. Desde hacía años, los abuelos, los padres y los hermanos mayores, esperaban que el dictador quisiera morirse para sucederlo: el ascenso se efectuaría por antigüedad.

En previsión del día lejano en que se cambiaría de equipo, los partidos corrían de cuando en cuando el riesgo de proclamar públicamente su adhesión al parlamentarismo. Todo iba bien cuando, un día, los de menos edad se adueñaron del poder y proclamaron que lo conservarían.

¡Fuera los viejos del poder! No he visto uno solo entre los dirigentes: recorriendo la isla, sólo encontré en todos los puestos de mando, de uno a otro extremo de la escala, a mis hijos, si así puede decirse —y en todo caso, a los hijos de mis contemporáneos. Los padres no se hacen notar: los quincuagenarios de esta isla son los más discretos del mundo.

Rubio y delgado, lampiño, con sus 29 años, el Ministro de Comunicaciones no es el benjamín de esta revolución, pero tiene la alegría seria de los adolescentes. Ello basta para que sus jóvenes colegas se diviertan gastándole bromas acerca de su juventud, lo que equivale a sorprenderse de ella.

Armando Hart tiene 27 años; Guevara y Raúl Castro apenas pasan la treintena. Cuando no hablan de los

asuntos públicos, son como los demás jóvenes cuando se reúnen: se lanzan cuchufletas, y uno advierte en sus palabras que para ellos la vejez empieza muy pronto —demasiado pronto en mi opinión.

Les he oído atribuir a la pesada carga de los años la obstinación de Urrutia, que no llegaba a sexagenario; no obstante, están de acuerdo en que el titular de la presidencia de la República requiere tener cierta edad, como señal externa de la ponderación. En consecuencia, se alegran de que el nuevo presidente, el doctor Dorticós, cuente —me dijo uno de ellos— "por lo menos" cuarenta años.

En lo que me concierne, cuando estaba entre ellos, me sentía más viejo que en París y a pesar de su extremada amabilidad, temía a la vez importunarlos y traicionar a mis contemporáneos.

Puesto que era necesaria una revolución, las circunstancias designaron a la juventud para hacerla. Sólo la juventud experimentaba suficiente cólera y angustia para emprenderla y tenía suficiente pureza para llevarla a cabo.

El crecimiento demográfico rompía el equilibrio en la isla y convertía en minoría a los viejos. Pero éstos ocupaban cargos desde hacía mucho tiempo y se aferraban a ellos. Apenas los recién llegados alzaron la cabeza y miraron a la sociedad cubana, vieron todas las salidas bloqueadas y los últimos puestos tomados por asalto por sus hermanos mayores. Luego, se cerraron las puertas: no había avance posible.

Hubo así, de un lado de la muralla, la inmutable pirámide de los provistos, y del otro, la muchedumbre de los sin trabajo, que aumentaba todos los años y cuyas primeras filas sufrían cada vez más cerca, acentuada sin cesar, la presión de las últimas. No había porvenir sino la degradación de las subsistencias. Los nuevos desocupados descubrieron que la desocupación no era efecto de un accidente sino, sencillamente, su destino. De pronto, aquellas jóvenes masas negaron el sistema que les negaba la vida. Los adultos tenían la suerte —hoy quizá tendrían la mala suerte— de estar encasillados: todavía tenían algo que perder: por modesto que sea, un salario fijo inclina a la resignación.

La juventud no tenía nada que perder. Veía a sus mayores contemporizar con la tiranía y pensaba: "Se resignan a nuestras desgracias". Lanzándose contra los privilegios, aquellos muchachos se rebelaban a la vez contra las personas mayores. Frente a la renun-

cia de los adultos, inventaron una intransingencia que no han perdido. y que les permitió comprender el llamamiento que lanzaba la intransigencia de Fidel Castro. Para aquellos muchachos terribles, era lo mismo rebelarse contra un régimen dictatorial y contra la carencia de quienes lo habían permitido o sostenido con su pasividad; era lo mismo pulverizar al ejército mercenario y obligar a sus mayores a la abdicación.

En esa curiosa aventura, las ciudades fueron libertades por el campo y los padres por los hijos.

Cuando los soldados regresan de la guerra, mantienen una fraternidad que excluye a los civiles. En Cuba, la exclusión fue todavía más radical: los jóvenes soldados de la clandestinidad confiaban a veces sus designios a sus hermanos o hermanas jóvenes; pero experimentaban un placer pícaro en guardar el secreto frente a la anterior generación.

Era sin duda una cuestión de seguridad; pero, precisamente, ¿de qué provenía que los adultos no resultaran seguros? Los hijos de familia recorrían regiones con nombres y papeles falsos, en tanto que en la casa patriarcal sus hermanos y hermanas menores vigilaban prontos a mentir, a prevenirlos si podía, y en cambio los poderosos dueños de casa lo ignoraban todo.

En una ciudad provinciana, algunos días después de la victoria, un médico necesitó gasolina. La pidió y fue enviado a las autoridades revolucionarias, a las cuales se presentó en el cuartel general. El jefe local se hallaba ausente en viaje de inspección, y como la gasolina dependía de él, había que esperarlo. El médico esperó. Como todo el mundo, conocía al joven dirigente por el nombre que usaba en la resistencia así como por sus méritos: según el rumor público, había hecho tanto, que los rebeldes le habían confiado la ciudad en cuanto la tomaron, con la misión de borrar a la mayor brevedad los desórdenes de la guerra.

El solicitante se sintió desconcertado muy pronto por las entradas y salidas de jóvenes —colaboradores inmediatos del dirigente— a los cuales creía reconocer por haberlos visto salir de las Facultades o de los institutos y que se obstinaban en llamarse por sus seudónimos y en designar al jefe únicamente por su sobrenombre. Un poco más tarde, el médico tuvo el consuelo de descubrir que conocía al dirigente bajo otro aspecto: era su hijo.

Aquel muchacho tranquilo y reflexivo se había casado temprano y tenía un hijo. Como suele ocurrir, la

joven pareja vivía en la casa de los padres del marido. ¿Podía soñarse una famila más unida?

La guerra civil se hallaba en su apogeo, pero aquel hijo tranquilo dormía todas las noches en la casa. En realidad, no era así varias veces a la semana, pero su mujer mantenía el secreto de sus ausencias. Presa de sentimentos encontrados, el médico comprendió que tenía un hijo glorioso, pero demasiado discreto.

Engañado por la tranquila presencia de una esposa joven y un nieto recién nacido, aquel padre había vivido en la ignorancia. Lo habían mantenido en ella para que sirviera de coartada; pero todavía: su nuera lo sabía todo, pero se había tenido más confianza en sus frágiles fuerzas que en las de un hombre hecho. El asunto terminó alegremente: la revolución había triunfado y por consiguiente el hijo había obrado bien. Ignoro si el médico se examinó a sí mismo, si buscó los motivos de una reserva que, en suma, lo condenaba. Si su hijo hubiese confiado en él, no lo habría denunciado, ciertamente, ni siquiera bajo la tortura; pero, ¿lo habría alentado?

Fue un joven burgués revolucionario el que, a mi juicio, resumió el punto de vista de la juventud:

—He respetado y respeto todavía a mi padre y a mis hermanos mayores. Son buenos; cuando niño, me sirvieron de ejemplo y yo habría querido imitarlos toda mi vida. Pero me defraudaron: no es culpa suya ni mía.

Imagino que hay cien otras maneras de describir el estilo de los hombres y el funcionamiento de las profesiones. Por mi parte, empiezo por ésta y a ella me atendré: si es necesario un hilo conductor —y lo es—, la juventud es la evidencia más inmediata y más innegable. Está en todas partes, circula por las calles; por la noche, en La Habana, hace ejercicios frente al mar. Por otra parte, allí, sin dejar de ser una edad de la vida, se ha convertido en una cualidad interior de sus jefes.

Declarándose revolucionaria, se producía como un estatuto social. Las relaciones de trabajo, los conflictos de clase, todo tenía como fondo la relación fundamental: la de los jóvenes que sufrían su vida con las personas mayores que la hicieron. Hoy, en el taller, en los campos, en un ministerio, el trabajo es joven, verdaderamente joven. Y el mando avanza en el sentido de las agujas de un reloj: es necesario no

haber vivido demasiado para mandar; para obedecer, basta no tener más de 30 años.

Eso significa que el régimen produce y manifiesta su trastorno radical de las relaciones humanas. Si queremos comprender esas relaciones modificadas, hay que buscar en todos los campos las consecuencias de este acontecimiento histórico: la invasión de Cuba por los bárbaros.

Una nueva barbarie se ha lanzado contra la población civilizada y un tanto debilitada de la isla: la juventud que avanzaba enmascarada. Los indígenas son bien tratados por sus nuevos conquistadores, pero estos guardan las distancias y se casan entre ellos: nada de confraternización.

Muchas revoluciones pueden quejarse como personas: "¡Yo no tuve juventud!" Las pobres, fueron demasiado impulsadas y demasiado pronto: por necesidad; había clases que saltar y exámenes que pasar, las royeron enfermedades infantiles. Hasta aquí, Cuba ha tenido esta suerte: no necesitó penar para su comienzo y fue suerte, porque no lo habría hecho sin destruirse. De 1957 a 1959, la revolución de la juventud preparó una aventura nueva que está viviéndose desde hace año y medio: la juventud de una revolución.

Preguntémonos qué significa para un poder joven ser ejercido por jóvenes. Por mi parte, sólo estudiaré tres cuestiones esenciales: cómo la nueva empresa condiciona a esos adolescentes para convertirlos en el ejecutante que debe llevarla a cabo; cómo conservan a la revolución constructiva su carácter negativo de rebelión, y cómo realizan prácticamente la sentencia dictada contra los adultos por la presión demográfica. Dicho en otros términos: ¿qué hace de ellos el poder? ¿Qué hacen ellos del poder? ¿Han operado en esta isla que se rejuvenece cada día, el cambio de alianza que se impone, y fundado su democracia práctica sobre la más nueva de las relaciones humanas?

Cuando asumieron el poder, fue su juventud lo que les hizo medir sus insuficiencias y les permitió soportarlas. Se necesitaban profesionales en todos los puestos, técnicos, expertos, especialistas: ¿dónde encontrarlos? Había penuria de cuadros, y de todas maneras, si todavía se hubiesen encontrado, había que buscar aquella clase superior en el mundo de los sospechosos, de los adultos.

Los profesionales calificados suelen ser recelosos: se mantienen en reserva, entre la luz y la sombra, y lo

toman furtivamente el pulso a la revolución. Ahora bien: al día siguiente de los grandes tumultos, cuando todo está por tierra y es preciso borrar las huellas de la guerra; cuando no puede excluirse del todo un regreso ofensivo del enemigo, el lazo primordial es la confianza.

—Castro —me dijo un día Guevara indicándome su propia cabeza— podría raramente encontrar una cabeza más completa. Quizá podría encontrarla mejor hecha; pero sabe que no encontrará una que se entiende mejor con la suya, hasta en el detalle de los pensamientos.

Los profesionales autorizados fueron dejados en su incertidumbre; se prescindió de sus servicios y la confianza distribuyó los cargos. En los ministerios y en las instituciones, un gobierno de rebeldes y de resistentes puso a la cabeza de los servicios más altamente técnicos a resistentes y rebeldes.

Ahora bien: lanzados a la lucha a los veinte años, ni unos ni otros habían tenido tiempo de adquirir conocimientos particulares sobre un sector de la isla, de obtener competencia y perfeccionarla. Ya dije que todos se quejaban de la enseñanza como de un verbalismo falto de verdad. A los que habían avanzado en sus estudios, buscado en las Facultades una primera especialización, Batista les había rehusado todavía más categóricamente la cultura: durante los últimos años, usaba el menor disturbio como pretexto para cerrar la Universidad "sine die".

En verdad, nada ni nadie podía ayudar a los jóvenes dirigentes: ni los adultos, ni las tradiciones —los lazos de la isla con su folklore, con su voluntad de independencia, fueron cortados de un golpe por las tijeras yanquis alrededor de 1900—, ni los grandes hombres de otros tiempos.

Su ejemplo no podía ser útil a Castro; las situaciones seguían siendo demasiado distintas; sólo tenían en común el coraje y su inflexible voluntad de conquistar la independencia para su país.

Los conquistadores, pues, estaban reducidos a no contar más que con sí mismos, con objetivos visibles, pero sin camino abierto para alcanzarlos. ¿Qué iban a hacer aquellos jóvenes escrupulosos? Lo que cualquiera habría hecho en su lugar: comprendieron que entraban en la fase del HOMBRE - ORQUESTA.

Cuando un país subdesarrollado ha intentado el gran esfuerzo de arrancarse a la miseria, el movimiento na-

ciente se queda corto; los muertos y los dolores son tiempo perdido, a menos que los dirigentes, esperando formar los cuadros, asuman todos los cargos, se atribuyan todas las competencias y no teman trocarse en hombres universales.

—No sé por qué me hicieron Ministro de Comunicaciones —me dijo Oltusky. Quizá porque estaba encargado de destruírlas durante la guerra.

Y Guevara, director del Banco Nacional, al ofrecerme un excelente café en su despacho, me dijo igualmente:

—Primero soy médico, después soldado y finalmente, como ve usted, banquero.

No es el único caso en Cuba: la revolución recluta gustosamente sus hombres-orquesta entre los médicos y los cirujanos.

El Instituto de la Reforma Agraria ha dividido la isla en zonas económicas. Para administrar cada una de ellas de uno a otro extremo de la escala, se necesitaban agrónomos: se llamó a médicos y a veces a veterinarios. Preguntaron qué había que hacer y les respondieron:

—Usted verá.

No faltaron los fracasos, sobre todo en el primer mes; pero, en fin de cuentas, el cuerpo médico desempeña esa tarea suplementaria más que honrosamente.

—Es que tienen el sentido de los organismos —me explicó alguien—. Toman una zona, una región económica, por un cuerpo vivo y saben que allí todo depende de todo.

Para mí, el éxito halagador de esos médicos agrónomos proviene ante todo de un carácter particular de su saber: desde la Facultad, esos prácticos aprendieron a unir indisolublemente la práctica y la ciencia. Traen a su nueva actividad sus costumbres: ven de una ojeada en la solución que improvisan la aplicación de una ley rigurosa que van a tratar de demostrar. En el cuerpo de las leyes conocidas que rigen una economía, ven al momento las que hay que retener hoy porque pueden aplicarse.

La Facultad no es la única que reina: hay voluntarios en todas las profesiones liberales, y también se encuentran en jóvenes que jamás han tenido oficio.

Dicho en otros términos: el hombre-orquesta es siempre un usurpador; ocupa un puesto que, normalmente,

pertenece a otro; su única excusa es que ese otro no existe. En Cuba nadie está completamente calificado para hacer lo que hace; pero ello no preocupa: la calificación la otorgará el éxito; la descalificación, el fracaso.

Mientras la revolución separa la paja del grano y no haya devuelto a las profesiones privadas a los desafortunados o los mal intencionados, no hay nadie en Cuba que sea titular de su puesto. Nombrar un responsable en un cargo público, es probarlo y nada más: a cada nuevo éxito gozará de una prórroga. Pero no está asegurado contra el día siguiente a la próxima hora: quizá es un usurpador, pero provisional. La isla entera ignora lo que en otras partes llaman derechos adquiridos.

Aquellos jóvenes, convencidos de su incompetencia, temen el error futuro y la condenación que le seguirá. Ni siquiera tienen idea de que podrían defenderse invocando sus méritos pasados: sería carecer de orgullo.

Hay una excepción: Núñez Jiménez. Estaba calificado de antemano para dirigir el INRA (Instituto Nacional de la Reforma Agraria): como geógrafo, había publicado en tiempos de Batista el único estudio de valor sobre Cuba. ¿Fue a la geografía por rebelión o a la rebelión por geografía?'

El hecho es que su libro denunciaba los males e indicaba los remedios con una objetividad que no le agradó al régimen: fue secuestrado. Ha reaparecido, actual todavía.

Pero a lo que quiero ir, es que una ciencia de las más seguras y una competencia reconocida en todas partes —hasta en el extranjero—, sólo le dan a ese revolucionario una calificación aparente: todo lo que fue dicho, escrito y hecho antes del primer día del año 1959, seguirá siendo letra muerta, porque es el pasado. Jiménez el geógrafo no está más calificado que Jiménez el rebelde para convertirse en Jiménez el reformador: lo que lo hace digno y capaz de dirigir el INRA. es el difícil esfuerzo que tuvo que hacer, que hace aún, para transformarse transformando el país.

Durante la revolución podía ser sin trabajo hombre de ciencia y soldado; las dos profesiones no se aceptan ni se contradicen: se ignoran. Todo empezó después de la victoria: imposible ser en la paz del corazón geógrafo y revolucionario. Jiménez puso la geografía al servicio de la revolución. Hubo que adaptar los conoci-

mientos científicos al detalle de las necesidades prácticas; hacer de un sabio un practicante constante de manera de controlar la acción por la ciencia.

Su conocimiento de los lugares, del terreno, del clima, perdió toda autonomía; se resume cada día, legible solamente para él, en medidas que despachar: instalar en tal lugar una cooperativa de carboneros de diez o quince familias; decidir en otro lugar qué es lo que se sembrará: comenzar en otro los trabajos de repoblación forestal...

Convertirse en hombre de acción cuando se es un sabio, es duro: no se logra sin quebrarse un poco los huesos.

En el momento en que los hombres de gabinete aprendían a poner la teoría en acción, otros hombres, formados por la acción, iban a esclarecerla por la teoría.

Unos y otros sufrieron enormemente a causa de sus lagunas, pero jamás tanto como en los primeros meses de 1959. Frente a la urgencia de las tareas, sentían sus insuficiencias hasta el trastorno. Unos decían: "¿Me atreveré a decidir?" Y los otros: "¿Comprenderé lo que decidiré?"

De los dos aprendizajes, el segundo puede parecer el más deprimente: dos años de sierra y malezas y había que volver a clase. A los 40 años, la edad habría consolidado sus ignorancias y enmohecido sus facultades. Los adultos se ofuscan cuando se los quiere instruir: tememos no comprender o no conservar. Cuando el hombre - orquesta es demasiado viejo, la revolución chirría: todo afecta los nervios.

En los países subdesarrollados que intentan subsistir, la penuria de los cuadros ejerce una doble presión sobre los dirigentes: producir es la extrema urgencia. Se dan batallas: la del tomate, la del arroz y más tarde la del hierro. Tomarse una hora para estudiar la agronomía o el trabajo sobre los metales, es robarla y perderla.

Igualmente se la pierde si uno se compromete a simple vista, si se trabaja en la niebla. Esto se ve menos: es sólo una merma. Pero los gastos son los mismos a la postre, y todavía se pagará más caro si es necesario comenzar de nuevo el trabajo. ¿Cómo producir, aumentar la producción SIN SABER? No hay que confundir la revolución, que corre riesgos calculados y funda sus invenciones en la experiencia, con la aventura, que sólo es el más divertido de los juegos de azar.

En suma, esa exigencia doble y contradictoria definió el tiempo de los revolucionarios; no había que conceder un solo minuto a la teoría ni emprender ninguna acción que no se fundara en la experiencia. Desde el comienzo, el hombre-orquesta sabía que no sabía nada; que debía aprenderlo todo y en consecuencia actuar también todo el tiempo.

XII

"Vengan temprano: a medianoche", me dijo el director del Banco Nacional. Los demás visitantes son recibidos a las 2 de la madrugada. Trabajando sin tregua, los nuevos dirigentes cubanos reducen al máximo su sueño.

En Cuba, su edad preserva a los dirigentes: su juventud les permite afrontar el hecho revolucionario en su austera dureza. Si tienen que aprender, si deben ayudarse con conocimientos técnicos, los responsables no se dirigen a nadie: se las arreglan. Nadie sabrá en qué sector —generalmente, es en la vida privada— han recogido algunas briznas de tiempo abandonadas; nadie sabrá que aumentan indefinidamente la intensidad de su esfuerzo para reducir indefinidamente la duración del aprendizaje.

Pero podemos adivinar lo que no se nos dice. Para citar solamente un caso, el comandante Ernesto Guevara es considerado hombre de gran cultura y ello se advierte: no se necesita mucho tiempo para comprender que detrás de cada frase suya hay una reserva en oro. Pero un abismo separa esa amplia cultura, esos conocimientos generales de un médico joven que por inclinación, por pasión, se ha dedicado al estudio de las ciencias sociales, de los conocimientos precisos y técnicos indispensables en un banquero estatal.

Nunca habla de eso, como no sea para bromear acerca de sus cambios de profesión; pero la intensidad de su esfuerzo se siente: se traiciona por todas partes, menos en su rostro tranquilo y reposado.

En primer término, la hora de nuestra cita era insólita: medianoche. Y todavía tuve suerte: los periodistas

y los visitantes extranjeros son recibidos amable y largamente, pero a las dos o a las tres de la madrugada.

Para llegar a su despacho tuvimos que cruzar un vasto salón que sólo tenía muebles a lo largo de las paredes; algunas sillas y bancos. En un rincón, había una mesita con el teléfono. En todos los asientos había soldados aplastados por el cansancio: unos que montaban la guardia y otros que dormían, atormentados hasta en sus sueños por la incomodidad de su posición.

Detrás de la mesa del teléfono, ví a un joven oficial rebelde, prácticamente doblado en cuatro, con los largos cabellos negros esparcidos sobre los hombros, su gorra echada sobre la nariz y los ojos cerrados. Roncaba suavemente y sus labios sujetaban fuertemente el extremo de un tabaco apenas comenzado: el último acto del durmiente había sido encenderlo, para defenderse de las tentaciones del sueño.

Cruzando aquel salón, experimenté, a pesar de que se hallaba brillantemente iluminado, la impresión de que había subido a un tren antes del alba y penetrado en un compartimiento dormido. Reconocía los ojos enrojecidos que se abrían, los cuerpos apelotonados o retorcidos, extenuados, las incomodidades nocturnas. Yo no tenía sueño aún, pero a través de aquellos hombres sentía la densidad de las malas noches.

Se abrió una puerta y Simone de Beauvoir y yo entramos: la impresión desapareció. Un oficial rebelde, cubierto con una boina, me esperaba; tenía barba y los cabellos largos como los soldados del vestíbulo, pero su rostro terso y dispuesto, me pareció matinal. Era Guevara.

¿Salía de la ducha? ¿Por qué no? Lo cierto es que había empezado a trabajar muy temprano la víspera, almorzado y comido en su despacho, recibido a visitantes y que esperaba recibir a otros después de mí. Oí que la puerta se cerraba a mi espalda y perdí a la vez el recuerdo de mi viejo cansancio y la noción de la hora. En aquel despacho no entra la noche; en aquellos hombres en plena vigilia, al mejor de ellos, dormir no les parece una necesidad natural sino una rutina de la cual se han librado más o menos.

No sé cuándo descansan Guevara y sus compañeros. Supongo que depende: el rendimiento decide; si baja, se detienen. Pero de todas maneras, ya que buscan en sus vidas horas baldías, es normal que primero las arranquen a los latifundios del sueño.

Imaginen un trabajo continuo, que comprende tres

turnos de ocho horas, pero que desde hace catorce meses es realizado por un solo equipo: he ahí el ideal que casi han alcanzado aquellos jóvenes. En 1960, en Cuba, las noches son blancas: todavía se las distingue de los días; pero es sólo por cortesía y por consideración al visitante extranjero.

Pero a pesar de sus extremadas consideraciones, no podían menos que reducir al mínimo estricto las horas imbéciles que yo dedicaba al sueño: acostado muy tarde, me hacían levantar muy temprano. Yo no lo sentiá: al contrario, con frecuencia me contrariaba, por tardía que fuera la hora, irme a dormir cuando ellos todavía velaban aunque se hubiesen levantado temprano; por saber que me habían precedido varias horas. Y es que era imposible vivir en aquella isla sin participar de la tensión unánime.

Aquellos jóvenes rinden a la energía, tan amada de Stendhal, un culto discreto. Pero no se crea que hablan de ella, que la convierten en una teoría. Viven la energía, la practican, quizá la inventan; se comprueba en sus efectos, pero no dicen una palabra de ello. Su energía se manifiesta.

Para mantener día y noche la alegría limpia y clara de la mañana en su despacho y en su rostro, Guevara necesita energía. Todos la necesitan para trabajar, pero todavía más para borrar, a medida que se presentan, las huellas del trabajo y las marcas del sueño. No rehusan hablar de su nerviosismo, pero no lo dejan mostrarse: llevan el control de sí mismos hasta parecer, o mejor, hasta sentirse tranquilos. Las cosas van tan lejos, que emplean esa energía, convertida en su segunda naturaleza, en tiranizar su temperamento.

Hacen lo necesario, todo lo necesario, más de lo necesario; y hasta lo superfluo. Ya dije que escatimaban el sueño; es necesario; por otra parte, no soportarían —y yo lo concibo también— que si ocurriera una agresión los sorprendiera en sus lechos. ¿Quién no los comprendería? ¿Quién no comprendería que la angustia y la cólera frente a los atentados y los sabotajes los mantienen despiertos más de una noche?

Pero ellos van mucho más lejos aún: casi llegan a repetir la frase de Pascal: "Es preciso no dormir". Se diría que el sueño los ha abandonado, que también ha emigrado a Miami. Yo sólo les conozco la necesidad de velar.

Porque se trata de una necesidad, y en todo caso, de una pasión: velan sin motivo. O más bien: al crepúscu-

lo, tenían la imperiosa obligación de terminar un trabajo.

Lo terminan cuando apunta el día, pero se niegan a irse a su cuarto, echar las cortinas y crear de nuevo las tinieblas que espanta el sol; a embotar su lucidez, durante algunas horas disponibles en la mañana, en el atontamiento de una falsa noche.

Se van a mirar el día, las palmeras o el mar, y se sienten felices; regresan a su despacho, hojean sin sentarse otro expediente menos urgente, se sientan para leer uno de los documentos — y su primer visitante los encuentra a las 8 ó las 9 de la mañana, frescos, sonrientes, rasurados, pero con los ojos ya cargados de las sombras de una inminencia nueva.

No hay afectación en eso: muy al contrario. Se preocupan, se interrogan: seguramente, van a gastarse demasiado aprisa. En los consejos de ministros, en las reuniones de comités o en otras discusiones comunes, siempre hay un grupo de jefes —nunca los mismos— que decide sermonear a los otros, hablarles razonablemente: el que quiere ir lejos tiene que cuidar su cabalgadura; en suma: es hora de irse a dormir.

Tales consejos provocan el entusiasmo de los demás y se decide por unanimidad seguirlos al instante. La reunión termina y todos se despiden: ¡Buenas noches! Cada uno sube al auto que les espera, despierta al chofer, y a la vuelta de la esquina, le ordena dirigirse al Ministerio, al Instituto, etc.

Simplemente, quiere dejar una orden sobre su mesa para que la encuentren por la mañana. Al día siguiente se encuentra esa orden y otras muchas debajo de la carpeta — y se encuentra también al ministro o al director que, vivamente, traza el plan de una nueva instalación.

Carlos Franqui, el director de "Revolución", es otra cosa. Tiene apenas un poco más de edad que el promedio de los revolucionarios; pero vivía libremente, escribiendo o no según su humor, antes que la revolución apretara las tuercas a su vida.

Ahora, ésta es dura, llena y sin tregua; pero cuando se lanzó a la resistencia; cuando se encargó de la prensa clandestina; cuando escogió la lucha secreta, la pasión, la guerra civil, sintió que la violencia lo arrancaba a sus ritmos naturales y le comunicaría, hasta la muerte, un ritmo casi insostenible, una tensión creciente.

De cuando en cuando siente su cansancio y se preo-

ıpa: sobre todo, es preciso que sus nervios no lo traionen. Vuelve hacia nosotros sus grandes ojos, frecuentemente graves —hasta cuando sonríe— y nos hace saır que no ha dormido en treintidós horas y que se tira.

Sin entonación, con una voz tranquila; es demasiado gulloso, demasiado discreto, para importunarnos con ı estado físico o sus preocupaciones. Ello no impide ue comprendamos que está verdaderamente extenuao. Si quiere, podemos llevarle a su casa. Pero no; pie sencillamente que le dejemos frente al periódico: ene que resolver algo allí; dentro de una hora estará n la cama.

Es muy tarde. Otros periodistas amigos nos acompaan al restaurante que él ha escogido para nosotros y os sentamos a cenar. Una hora después, Franqui reaarece: sigue mostrando un rostro fatigado, pero nos onríe. Tiene que hacer en su periódico: el viaje de Eisenhower por la América Latina; unas acusaciones nbéciles que han aparecido en un diario de los Estaos Unidos y que hay que refutar... En resumen: paará la noche en el periódico, pero comerá un bocado on nosotros antes de reanudar la tarea. Nos deja un oco más tarde y a la mañana siguiente volvemos a verle, afeitado y fresco.

En esto de las comidas son menos estrictos: cuando e acuerdan y no tienen otra cosa que hacer, comen. Esto no quiere decir que lo hagan —ni siquiera frugalmente— dos veces al día. Pero no está prohibido alinentarse.

Cuando me invitaban a comer, lo hacían bien. Sin ıeber: sólo, por cortesía, un "Daiquirí", una especialilad cubana que nos agrada por el leve gusto a ron de ıu limón diluído en hielo.

Tienen la sobriedad de los latinos. Los extranjeros venían a embriagarse al Vedado, entre las paredes de ius hoteles; pero aun bajo Batista a los cubanos les reougnaba beber.

La verdad es que querrían volver a los tiempos de a guerra. Entonces, la rareza de las comidas comunicaba la violencia amorosa de un flechazo al breve encuentro de un rebelde con un plato caliente. Ceder al hambre de pronto era el ideal rebelde; pero todos han excluído de su programa cotidiano la sucesión rutinaria del almuerzo y la comida, al extremo que aquellos jóvenes, que demuestran a sus huéspedes extranjeros la solicitud más cálida e ingeniosa, en ciertos días, du-

rante nuestras excursiones por la isla, olvidaron nuestros estómagos porque no se acordaban de los suyos.

Un día, nos levantamos muy temprano, salimos en automóvil de Santa Clara, llegamos a un puertecito pesquero y subimos a un barco de velas con una docena de amigos. Al cabo de varias horas, todos desembarcos en una islita desierta que apenas lo fue menos cuando pusimos el pie en ella. Contenidos en una estrecha faja de tierra y arena por una vegetación que lo envolvía todo, y asaeteados por el sol, conversamos lentamente.

Caía la noche cuando volvimos a embarcarnos, mejor instruídos que nunca sobre el infortunio de Robinson. Alguien advirtió entonces que no habíamos comido nada. Algunas horas de ayuno no son cosa grave: a decir verdad, yo no me había dado cuenta de nada. La energía de mis acompañantes es comunicativa, al olvidar tan perfectamente los derechos de su estómago, me habían hecho el servicio de hacerme olvidar los del mío.

Pero me quedé estupefacto al comprobar que no se trataba de un descuido de aquellos jóvenes y sus esposas: en el barco había "sandwiches". Los habían hecho en Santa Clara y habían venido con nosotros para comerlos en la islita desierta; pero se habían quedado en la cala del barco. Se preguntará: ¿Por qué? Y por poco que uno conozca a los cubanos de hoy, siquiera sea superficialmente, se sentirá tentado de responder: ¿Por qué los llevaron?

Lo más sorprendente para mí fue que, durante toda nuestra robinsonada, el barco estuvo constantemente anclado ante nuestra vista. Ellos lo veían, pero no veían los "sandwiches". De estar solos, ni siquiera se hubiesen tomado el trabajo de prepararlos, de preocuparse de antemano por su apetito.

De todos esos noctámbulos, Castro es el más despierto; de todos esos ayunadores, es Castro el que puede comer más y ayunar más tiempo.

Hablaré de su locura: la suerte de Cuba. Pero, de todas maneras, los rebeldes son unánimes en eso: no pueden pedir esfuerzos al pueblo si no son capaces de ejercer sobre sus propias necesidades una verdadera dictadura. Trabajando veinticuatro horas seguidas y más; acumulando las noches en vela; mostrándose capaces de olvidar el hambre, hacen retroceder para los jefes los límites de lo posible. Semejante triunfo provisional; esa imagen, presente en todas partes, de la revolución actuando siempre, alienta a los trabajadores

de la isla a liquidar definitivamente el fatalismo y a conquistarse todos los días, sobre el viejo infierno irrisorio de la imposibilidad.

Para decirlo todo, los jefes hacen lo imposible. Lo hacen cada día y saben que no lo harán mucho tiempo: la imposibilidad vencida se venga del vencedor acortándole la vida. Pero, ¿experimentan ellos un gran deseo de morir viejos? No les agrada el rebelde que se retira: la rebelión no es un honorariato.

Por otra parte, hace cuatro años que tomaron una decisión radical: Podrían matarlos, pero no someterlos. De esa manera, su nueva vida nació de una muerte aceptada: era una iniciación, el bautismo de fuego. Hoy, Batista está derrocado y los otros adversarios de Cuba vacilan: es demasiado tarde o demasiado pronto para pelear. Pero la presencia de la muerte está en ellos, su existencia ya está dada; no se la han quitado todavía, pero siguen ofreciéndola. El frenesí en el trabajo es el desgaste: su vida arde y se consumirá rápidamente por una obra que durará mucho tiempo.

¿Cuánto se necesita? ¿Cinco, diez años? No saben nada: la isla lo decidirá. No se irán mientras no se haya llevado a cabo la soldadura, no se haya suprimido el analfabetismo y formado cuadros para las nuevas industrias.

¿Qué harán después? En el segundo período, los conocimientos diversos y siempre incompletos del hombre-orquesta, no harían otra cosa que estorbar a los técnicos y a los sabios que ellos mismos habrán formado. En suma, los jóvenes dirigentes tienen como objetivo realizar la fase actual de la revolución, conducirla hasta la orilla del momento siguiente y suprimirla eliminándose por sí mismos.

Conocen su fuerza: saben que la década que comenzó el Año I es suya. En el Año X, todo irá mejor todavía. Aceptarían no vivir un solo día de 1970 si se les prometiera que no perderán siquiera una hora en 1960.

Es la misma alta exigencia que se encuentra en el rigorismo de sus costumbres. Desde la infancia, detestaron las gracias falsas, las complacencias que la capital vendía a los extranjeros y, todavía más, los placeres dudosos que distraían a los cubanos —ricos y pobres— de su desgracia. Cuando veían a los turistas tratar a la isla como una buena chica nada arisca, en muchacha fácil, sentían vergüenza, y ésta, como lo hizo notar Marx, es un sentimiento revolucionario. Eso bas-

tó para trazar las grandes líneas de su moral. Será lo contrario de lo que se hacía hasta ahí.

He visto la casa de Franqui, el director de "Revolución"; he visto, del otro lado de la misma vía, la de Oltuski, el ministro de Comunicaciones: dos casitas a la orilla del mar, agradables, pero económicas, en medio de otras casitas habitadas por pequeños burgueses.

En La Habana, en otros barrios, frente al mar, existen quintas de lujo. Algunas han sido confiscadas, entre otras, un verdadero palacio que un rico funcionario de Batista hizo construir para su querida; pero no era Jiménez el que residía en ella, ni Guevara, ni siquiera Castro; la entregaron a los escritores y los intelectuales para que reciban en ella a los extranjeros hasta que se convierta en sede de su sindicato.

Los ministerios poseen autos, pero no los ministros; el Estado propietario entrega los coches a los departamentos e ignora a las personas. Eso aparte, ni a unos ni a otros les agrada gastar gasolina inútilmente ni estropear frenos y neumáticos sin motivo preciso. Cuba no fabrica automóviles ni los fabricará en mucho tiempo, y la situación del país tampoco permite —salvo urgencia— importarlos.

Se tienen por deudores de todo su tiempo a la nación; pero se niegan a malgastar su dinero. Cuando van al extranjero, toman el avión para ahorrar el tiempo nacional, pero viajan en clase turista para ahorrar el dinero público.

Por lo demás, esa modestia conviene con su edad: ¿qué harían en clase de lujo? A veces, la "Cubana" transporta, en medio de mujeres y niños, de hombres dormidos, a un joven delgado, muy derecho en su asiento, que tiene los ojos abiertos: en otros tiempos, habría sido un buscador de fortuna; hoy, es un jefe que viaja.

Recientemente, en alguna parte de Europa, un alma vieja se sintió molesta y advirtió su vejez y que terminaba una época. Se trataba de un viejo y honrado diplomático que se había acomodado a todos los regímenes menos a la dictadura de Batista. El nuevo régimen lo reintegró a la carrera y él partió a tomar posesión de su cargo.

En una de las escalas del avión, el diplomático se encontró con un joven bastante mal vestido que tenía en la mano una carta de embarque. Se sonrieron y subieron al aparato. El joven cedió el paso al anciano, que fue a instalarse en su asiento de la clase de lujo, como todos los dignatarios: en el extranjero, el honor

de una nación se mide por los honores concedidos a sus embajadores.

Volviéndose hacia su acompañante, le dijo:

—Hay un asiento a mi lado.

El joven hizo un ademán de excusa:

—Yo viajo en clase turista.

Y se fue a su asiento entre los emigrantes del cielo. En la escala siguiente, el embajador no apareció:

—Figúrese usted: yo era su ministro. Se sentía avergonzado de mí. Al contarme la historia, mi amigo cubano no quería ciertamente burlarse del diplomático: le parece legítimo no escatimar cuando se representa a la nación cubana en el extranjero. Todo para el embajador: un asiento de lujo y hasta orquídeas, si es posible, a la llegada. Pero el ministro no es un representante: se tiene por un obrero del nuevo régimen —uno de los cien mil trabajadores que dan a los embajadores una nación que representar.

XIII

> La barba y los cabellos largos siguen siendo las insignias de los 3.000 pioneros de la revolución. Lo que protege a la revolución de Cuba es que está controlada por la rebelión.

Cuando estalla una insurrección, en todos los países del mundo el gobierno oficial da a los insurgentes el nombre de rebeldes, con lo cual quiere significar que se alzan contra la autoridad legítima en nombre de apetitos innobles y que tendrán que someterse o morir.

Si ocurre que la insurrección triunfa, el gobierno huye o se amontona en las cárceles y los jefes vencedores asumen el poder: entonces se llaman libertadores, revolucionarios y cuanto quieren, para hacer comprender al pueblo que han suprimido el desorden anterior y que va a instaurar un nuevo orden. La palabra "rebelión" desaparece por algún tiempo del vocabulario, para reaparecer designando la próxima insurrección. Todo eso se da por descontado y el ajuste de las palabras a la situación se efectúa automáticamente.

Menos en Cuba. La palabra "rebelde" se leía en los periódicos de la dictadura y sigue leyéndose ahora en la prensa revolucionaria, aplicada en ambos casos a los mismos hombres: Castro y los guerrilleros de la Sierra.

Un día, en un automóvil, yo hablaba con el chofer —un militar muy joven— y cometí el error de interrogarle acerca de los "soldados". Había respondido alegre y vivamente a todas las otras preguntas, pero aquélla lo confundió. Me miró con un poco de desconfianza, como si yo le hubiese hablado en una lengua desconocida, y acabó por lanzarle una ojeada a Franqui —el director de "Revolución"—, que se hallaba a su lado, para pedirle ayuda.

—Quiere decir "soldado rebelde" —le explicó Franqui.

No se necesió más para devolver al joven su confianza y su buen humor. Volviéndose hacia mí, Franqui añadió.

—Entre nosotros, la palabra "soldado" ya no significa nada. Sola, es algo indeterminado. O significa: mercenario de Batista. De igual modo, "el ejército", sin más calificativo, es la institución militar del régimen anterior: si usted habla del nuestro, debe decir "el ejército rebelde".

El pueblo entero se ha apropiado de ese vocabulario: de cierto modo, exige que los pioneros del régimen sigan siendo hombres fuera de la ley.

¿Por qué? Ante todo, por una razón fundamental y práctica: las tropas de Castro se forjaron en una guerra civil, es decir, en una guerra que los civiles hacían a los militares, y su propósito declarado no era solamente vencer sino hacer desaparecer el ejército regular, cosa que lograron.

De un golpe, esos civiles, vencedores de los mercenarios, fueron transformados en soldados por su victoria. Es sabido que cuando los ejércitos populares triunfan, se encuentran frente a una alternativa: transformarse en instituto militar o suprimirse. Pero, por una desgracia que es la regla, en el instante de escoger, el nuevo régimen descubre que su enemigo más poderoso está en el extranjero. Sería una locura dejar las armas cuando el país está amenazado de invasión. El ejército popular continúa, pero sin estatuto: es un aparato oficioso mantenido en vida solamente por las exigencias de la defensa nacional.

En Cuba, nadie admitiría esa tolerancia vergonzosa del aparato militar, porque ese aparato ha sido constituido para lograr un objetivo singular, perfectamente definido por Fidel Castro: destruir sistemáticamente el ejército regular y desaparecer inmediatamente después.

Puesto que los soldados, de dondequiera que vengan, no tienen otra misión que mantener al pueblo en la esclavitud, la isla no mantendrá jamás soldados. De hecho, los compañeros de Castro tienen como tarea principal adelantar el momento en que ese ejército civil, militarizado contra el ejército militar y para vencerlo, podrá proceder a su propia liquidación.

Bajo su impulso, el pueblo entero se organiza en milicias. En octubre del año pasado no había ninguna: hoy, campesinos y hombres de la ciudad aprenden el manejo de las armas. Hay unos 100.000 milicianos: los

combatientes de la guerra civil no eran más que tres o cuatro mil.

Cuando la población entera constituya la fuerza armada, el ejército rebelde terminará. Sólo quedarán algunos servicios técnicos para organizar, si es necesario, una guerra popular.

Mientras el pueblo se arma para la guerra, los soldados de Castro aprenden los trabajos de la paz. El cambio que se hacía en caliente en la lucha contra Batista, se prosigue sistemáticamente. Las tropas son retiradas de las ciudades y divididas en pequeñas unidades que trabajan en los campos junto a los campesinos.

En resumen: este ejército se destruye y se instala: se instala destruyéndose; se destruye instalándose. Se trata de un proceso irreversible y complejo: la nación ha producido un aparato defensivo y lo reintegra y lo disuelve en ella. Creado especialmente contra la institución militar, este órgano debe anunciar lo que es: un antiejército.

Todo eso debe revelarse en las señales, en las insignias. Esa es la razón por la que los héroes de la guerra se llaman "rebeldes" y continúan usando barba y llevando los cabellos largos.

Es también por eso por lo que el grado más alto es el de comandante y por lo que a la cabeza del antiejército se halla un negro, que es el jefe porque es el único capaz de hacer lo que hace, pero que antes de 1957 no habría tenido la menor oportunidad de demostrar su capacidad.

Las barbas son la consecuencia de un voto: no afeitarse antes de la terminación de la guerra. Me parece bien; pero la guerra terminó y las barbas crecen y los cabellos continúan largos. Cuando se trataba de un juramento, hicieron lo más fácil de cumplir: siempre en alerta, agotados por las marchas, acosados por los aviones, ¡qué problema si hubiesen tenido que afeitarse todos los días!

La cabellera y la barba crecían entonces en desorden y constituían un testimonio de que aquellos hombres estaban contra el orden. La mayor parte de los ejércitos regulares, en efecto, ordenan a sus hombres afeitarse. No es casualidad que esas mismas fuerzas sean incapaces de ganar una guerra popular: en la Sierra, los pelos vencieron a las barbillas rasuradas y el arte militar quedó en ridículo.

—Los soldados de Batista —me dijo un compañero de Fidel—, nos encontraban tan poco correctos, tan in-

convenientes, que se atemorizaban. Según ellos, la barba era la emboscada, la ley de la selva y el exterminio. Los hacíamos prisioneros sin tocarles un pelo; nos tenían por caníbales; al final, cuando en las incursiones por la montaña veían una barba detrás del brillante cañón de un fusil, se desbandaban.

Hoy sólo conservan la barba y los cabellos largos los tres mil caníbales que los usaban antes de 1959. Son las condecoraciones del desorden.

Tres mil barbas para toda la isla: desde mi llegada a La Habana vi menos que en una tarde en Saint-Germain-des-Pres. Por lo demás, las nuestras señalan en los jóvenes cierto conformismo: se les cuida y cultiva, son flores de la barbilla, iguales todas. En los cubanos, cada una crece como puede, a voluntad del sistema piloso.

He visto ríos negros cubrir el pecho hasta el diafragma y he visto rostros lampiños, con cuatro pelos desesperadamente cultivados en la unión de la barbilla y el cuello.

No había cesado de admirar el abanico de una barba, cuando su propietario al despojarse de su gorra militar, me revelaba una calvicie precoz. En los jovencísimos héroes de los últimos combates, el rostro es liso, lampiño como el de una joven, pero los cabellos caen sobre los hombros. Al levantarse muy temprano, el chofer de Fidel Castro se arreglaba los cabellos frente al retrovisor y los sujetaba con un prendedor.

La extremada variedad de las combinaciones testimonia, dentro de la disciplina, un individualismo profundo. De todas maneras, el pueblo no se engaña: después de catorce meses de poder, aquellos jefes hirsutos desean seguir siendo a todos los ojos y en su verdad tales como se los vio entrar en la capital, extenuados por su victoria, cuando todavía no eran más que libertadores y se veía en ellos la negación triunfante de un orden riguroso, pero insoportable.

Desde luego, sólo se trata de una señal, como lo es también la palabra "rebelión" que han querido conservar. Detrás del lenguaje y las actitudes se pudiera imaginar una reconstrucción sistemática del ejército, pero ello sería demostrar a la revolución cubana una desconfianza sin objeto, sin más motivo que el placer tan francés de desconfiar.

El equipo dirigente ha puesto las cartas sobre la mesa y dicho y repetido que la institución militar defendía los privilegios contra la miseria, y que no sólo

era necesario destruirla sino también tomar medidas para que jamás pueda reconstruirse.

Hay que ir más lejos: ciertas condiciones hacen imposible en Cuba la guerra, como no sea una guerra popular, de guerrilla. Las relaciones de la isla con los Estados Unidos no son buenas y cada día se las ve deteriorarse más. Indignados y preocupados, los cubanos se preguntan si los Estados Unidos no boicotearán a los barcos cubanos que tocan la costa sudeste del continente, si rebajarán la cuota de azúcar y organizarán el bloque de Cuba (1).

O bien si, después de haber dejado caer en paracaídas suficientes armas para los ex soldados de Batista diseminados por toda la isla, anunciarán una falsa guerra civil para justificar una intervención armada de la ONU, es decir, de los Estados Unidos.

Desde luego, los cubanos no dicen que ya se ha llegado al cambio de golpes y esperan que no se llegará jamás; pero comprueban que la libertad cubana exaspera al país de la libertad. Guerra de nervios, vejaciones, alfilerazos, y en ocasiones, una intuición súbita y siniestra que ilumina el mar hasta la costa: la explosión de "La Coubre". Se oye al paso la verdad trágica: "Cuba es mortal"; luego se deshace. Se vuelve sencillamente a la guerra fría.

Sí: la guerra fría. Entre adversarios de la misma talla y que buscan equilibrios, es, después de todo, una manera de congelar la guerra.

Pero cuando esa tensión insostenible enfrenta a una nación pequeña y pobre con un coloso irritado, la desproporción de fuerzas crea una situación de violencia. Admitimos momentáneamente que los Estados Unidos moderen su animosidad; que jamás han tenido y no tendrán nunca intención de recurrir a la fuerza. Pero pueden recurrir a ella. Pueden bloquear a Cuba; en cambio, ¿cabe imaginar a la isla de azúcar bloqueando las costas norteamericanas?

Si congresistas indígenas declararan en Washington que rechazan en todos los casos recurrir a la intervención armada, ese compromiso ambiguo inquietaría. ¿Por qué abstenerse del ataque súbito, de la in-

---

(1) Las preguntas a que se refiere J.P.S., tuvieron respuesta poco después de escrito su artículo: fue rebajada la cuota azucarera y organizado el bloqueo económico contra Cuba. (PL)

vasión de la isla, a no ser porque se tiene la posibilidad permanente de ello y, a veces, la tentación?

Nadie le pide a Castro que jure que no se lanzará con sus tropas al asalto de la Casa Blanca. ¿Para qué? En suma, encontramos en todas partes la unilateralidad de los acuerdos azucareros: era la que caracterizaba la relación fundamental de la metrópoli con su semicolonia y la que arruinaba a ésta en provecho de aquélla.

Desde el 1º de enero del año I, la semicolonia pone en marcha un nuevo dispositivo económico que la libera en tres cuartas partes de su metrópoli. Sin embargo, la unilateralidad persiste como una amenaza brutal y constante, porque se desprende de la desproporción increíble de las fuerzas. Detrás de las variaciones de la economía, hoy se muestra sencillamente en su desnudez: es la ley de la fuerza. La iniciativa pertenece al más fuerte y es él quien decide si mostrará su fuerza para no usarla o si la comprometerá enteramente en una operación tanto menos escandalosa cuanto más rápidamente se lleve a cabo.

La razón del más fuerte es siempre la mejor: impone su orden y lo mantiene mientras otro fuerte no lo reemplace. El más fuerte tiene todos los derechos en su mundo, trátese del nuevo o del viejo. Las naciones vieron, con la respiración en suspenso, el rayo que fulminó a Guatemala, pero en su mayor parte no dijeron nada. Las fuerzas más brutales son las del orden: sin conmoverse, el mundo vio a Monroe llamar al orden a Guatemala.

Cuba corre a cada instante el riesgo de aquella república: la vuelta al orden. Cada uno de sus progresos puede serle fatal, puesto que en cada uno de ellos afirma su irreductible voluntad de independencia.

En consecuencia, el peligro proviene de sus mejores obras y crece con su mejoramiento: es una carrera contra el reloj. Cuba puede tener razones para creer que la unión del pueblo en armas, añadida a la industrialización, es susceptible de suprimir por sí misma la amenaza.

Pero mientras la revolución no haya cruzado ese umbral, cada paso que la acerque a él acerca también el instante de la ofensiva extranjera. En pocas palabras, marcha en descubierto. Para los timoratos, la suerte de Guatemala constituye una evidencia: existe en el Nuevo Mundo un orden que se elabora en Washington y se impone al continente y sus islas desde Alaska a la Tie-

rra del Fuego. Ese orden no permitirá mucho tiempo lo que juzga un pequeño desorden insular: un día las fuerzas armadas del continente irán a poner en razón a ese pedazo de azúcar que protesta.

Pero todas esas evidencias del cansancio y del miedo hacen un efecto bien distinto en los revolucionarios: los supeditan a la rebelión. Si los Estados Unidos no existieran, quizá la revolución cubana los inventaría: son ellos los que le conservan su frescura y su originalidad.

Porque, en toda la isla, los cubanos se encuentran frente a los Estados Unidos en la situación en que se hallaban los rebeldes de la Sierra Maestra en 1958 frente a los 50.000 hombres de Batista.

Entonces había también un orden y fuerzas del orden: sus padres se sometían a él, y el resto del pueblo, convencido por la propaganda de que la razón del más fuerte es siempre la mejor, se aferraba todavía al viejo lema de la opresión: "Sin azúcar no hay país".

Por todas esas razones, los hombres de la Sierra Maestra eran rebeldes. Rebeldes contra mitos y lemas que les repugnaban sin que pudieran mirarlos de frente. Rebeldes contra prejuicios que querían destruir en todas partes y con los cuales sentían que habían sido marcados. Rebeldes contra un orden establecido que se presentaba como la misma razón, como la verdad, y que tenían que destruir en sí mismos para darse la fuerza con que derribarlo por las armas. Rebeldes —experimentaban ese sentimiento en las horas de cansancio— contra un régimen con el que tropezaban, insinuante, invencible, en el secreto de su cuerpo; contra ideas imbéciles que sus educadores les habían inculcado como costumbres.

Pero lo que, en ese combate dudoso, les aportaba claridades particulares, una "gracia eficaz", es que, una vez por todas, habían renunciado a la vida.

Para un hombre cuyo secreto más profundo y la suerte más inmediata son la muerte, todo cambia: las empresas imposibles se convierten en posibilidades a su medida. El orden establecido reserva sus evidencias a los que quieren vivir; pero cuando se ha escogido la tortura y la muerte y la elección se expresa por un verdadero bloqueo de las fuerzas vivas, el retorno al orden se convierte en imposibilidad radical, la evidencia se apaga y otros faros la reemplazan y descubren la falta de razón del más fuerte y su impotencia. "Libertad

o muerte" era el grito de los cubanos durante su guerra de independencia. Fidel Castro lo recoge hoy:

—Tendremos la libertad mientras conservemos la unidad nacional. Hay que decir: "Patria o muerte".

Vencedores de los batistianos, Fidel, sus compañeros, los resistentes y el pueblo, vuelven a encontrarse de pronto, en plena lucidez, en la situación que motivó la rebelión del 26 de julio: como una chalupa en el mar, una isla entra en lucha contra la fuerza de atracción de una enorme masa continental que quiere reintegrarla a su campo de gravitación.

Se trata de una partida de antemano, exactamente como la que jugaron contra el ejército regular y ganaron. Para lanzarse al juego no basta ser revolucionario: hay que estar roído por la rebelión, ese vicio orgulloso. La primera imposibilidad del rebelde es vivir bajo la opresión; la primera impotencia del opresor resulta de ello: es imponer su régimen a seres vivos. Antes de comenzar la partida el orden ha perdido; si el pueblo cubano prefiere borrarse de la historia, el estatuto colonial desaparece con él. Los reyes del azúcar aceptarán con alegría recuperar sus dominios, pero, ¿quién aceptará trabajar para ellos?

La otra impotencia del más fuerte, es que no pone nada por encima de vivir: el soldado de la opresión tiene miedo del rebelde y lee en sus ojos su doble muerte; siempre al borde de la derrota, admira y detesta a un enemigo que no teme a nada.

Llevando las cosas al límite, se podría decir que el rebelde obliga al agresor a escogar entre dos derrotas o el reembarque de las tropas o el genocidio. ¿Cuál es peor? Doy a escoger. Y de que ése es el punto de vista rebelde, doy como ejemplo estas palabras de Castro:

—El bloque es el arma más innoble: se aprovecha de la miseria de un pueblo para someterlo por hambre. No aceptaremos eso —prosiguió—. Nos negamos a morir en esta isla sin alzar un dedo para defendernos o para devolver los golpes...

—¿Qué harían ustedes —le pregunté.

Sonrió tranquilamente:

—Si quieren empezar por el bloqueo —respondió— no podemos impedírselo. Pero podemos hacer que lo abandonen por la verdadera guerra, por la agresión a mano armada — y lo haremos, se lo garantizo. Vale más morir de heridas en combate que de hambre en la casa.

Esa violencia indomable, esa seguridad fúnebre pero total, esa certeza de vencer EN TODO CASO, extraen su fuerza, ante todo, de la indignación.

El régimen de los latifundios los indignaba porque producía subhombres —demasiado miserables o demasiado resignados— y los mantenía en la subhumanidad. Entonces se indignaban contra todas las frustraciones que esperaban a un cubano desde su nacimiento, en nombre de todas las oportunidades que le hubiesen podido ofrecer — en suma: en nombre de lo que ellos deseaban hacer por los habitantes de la isla.

Hoy, dueños sin oposición, su vieja cólera sagrada se duplica: se indignan en nombre de lo que los cubanos han hecho. Dos años de lucha, veinte mil muertos, torturas, un esfuerzo que no aflojó ni en los veinticuatro meses de guerra ni en los dieciocho de paz — todo ese trabajo al cual, poco a poco, todo el mundo se ha dedicado y cuyo fin es arrancar a la isla de su miseria, es tiempo perdido, el esfuerzo irrisorio y ridículo de una mosca destinada a trepar a lo largo de un cristal, y la historia es sólo una historia "estúpida y contada por un idiota lleno de ruido y de frenesí", si basta el malhumor para que un coloso de cabeza un poco débil destroce la isla a puñetazos.

Aquellos jóvenes constructores sienten permanentemente la fragilidad de su obra, amenazada sin cesar; es la mala voluntad de ciertos norteamericanos y, a partir de ahí, la influencia capital que el gigante ceñudo conserva sobre el desarrollo del nuevo régimen. A ese nivel, les ocurre sin cesar tropezar en su empresa con una resistencia extranjera todavía demasiado eficaz y que la mayor parte del tiempo proviene de grupos privados y no directamente, por el momento, del gobierno de Washington. (2) Sienten que los frenan, que ponen su obra en peligro, y eso basta para mantener y desarrollar el espíritu rebelde.

Ya no basta realizar reformas para el pueblo y por él: hay que mantenerlas a pesar de la resistencia de un vecino poderoso.

La negación, la repulsa, la rebelión contra el orden inhumano, se nutren en el mismo corazón de la acción positiva: es tanto más radical cuanto más corazón pone

---

(2) Después de escritas estas palabras, Washington se decidió a actuar directamente. (PL)

el revolucionario en construir. Es lo que Raúl Castro expresa muy bien, a mi juicio, en uno de sus discursos:

"Las campañas contra Cuba son una dínamo que produce una fuerza más grande en provecho de la revolución."

Fidel Castro ha dicho que el nuevo régimen era un humanismo. Es verdad. Sin embargo, hay que reconocer que, en sus primeros tiempos, muchas revoluciones han merecido ese hermoso título y lo han perdido bajo el peso aplastante de sus cargas. Lo que hoy protege —lo que quizá la protegerá mucho tiempo— a la revolución de Cuba, es que está controlada por la rebelión.

XIV

> Tendido en el polvo, Fidel Castro traza los planos de una comunidad. Lo vigila y lo inspecciona todo, y si alguien falta a su deber, dice: "Díganles a sus responsables que si no se ocupan de sus problemas, los tendrán conmigo".

Castro no es hombre fácil de encasillar. En la mayor parte de los países, para entenderse con un ministro, se necesita más bien atenuar la luz: el poder simplifica mucho las cosas. Para comprender a Fidel, creo que lo mejor es alimentar su propia llama al extremo: esclarecer lo nuevo como se presenta, sin recurrir a viejas experiencias.

La primera vez que lo vi, fue en Holguín en traje escolar: se devolvía un cuartel al pueblo y Castro inauguraba esa nueva vestimenta.

Llegamos muy retrasados: apenas salió de la ciudad, el auto había seguido una increíble fila de vehículos y peatones: coches privados, taxis —que hacían el viaje gratuitamente— y camiones cargados y recargados de niños. Presas en las mallas de aquella inmensa red, las máquinas iban, como suele decirse, "a paso de hombre".

Había familias por todas partes. Endomingados, los hombres vestían la ligera camisa cubana que desciende sobre el pantalón hasta medio muslo, y pequeños y grandes se resguardaban del sol con redondos sombreros de paja, de bordes levantados, que, a los ojos de las gentes de la ciudad, son, más que el machete, el símbolo del trabajo en los campos.

Todos reían y charlaban y esperaban algo. ¿Qué? Ver a Fidel Castro, desde luego, y quizá tocarlo —como hacen a menudo las mujeres— para robarle un poco de su insolente mérito, de su felicidad.

Bajamos al fin de nuestro Buick y lo estacionamos entre un Packard y un Chevrolet. "Es por ahí", nos dijo un soldado rebelde. Y vimos un estadio.

En las gradas, a mis pies, había millares de niños, y abajo, en el terreno, decenas de millares. Sobre aquel mar de niños había una balsa que parecía hallarse a la deriva: una tribuna, si se quiere: algunas tablas unidas y sostenidas por unos postes delgados que hasta el día anterior eran troncos de árboles.

Castro había querido que fuera así, para hablarle lo más cerca posible a aquel joven público. Una balaustrada de madera pretendía proteger el estrado, azotado sin cesar por oleadas. Un soldado alto y fuerte les hablaba a aquellas oleadas. Yo le veía de espaldas: era él.

—Por aquí.

Un joven rebelde de uniforme nos abrió paso y bajamos hasta las gradas. En la primera fila, cruzamos una pasarela y nos encontramos en medio de los rebeldes. Castro terminaba su alocución. Estaba preocupado: aún tenía que pronunciar dos discursos antes de que acabara el día. El más importante era el último: debía dirigirse en la Habana a los representantes de los sindicatos obreros y pedirles que sacrificaran una parte de su salario para las primeras inversiones que iniciarían la industrialización del país.

Ahora bien: sentía que, de minuto en minuto, su voz enronquecía. Precipitó su alocución y le dio fin en algunos minutos. Todo parecía terminado, pero todo comenzaba. Durante más de un cuarto de hora, aquellos chicos gritaron como enloquecidos.

Castro esperaba un tanto confuso: sabía que a Cuba le gustan los discursos largos y que él ha contribuído a infundirle ese gusto; comprendía que no había hecho bastante. Quiso compensar sus palabras demasiado breves permaneciendo más tiempo en la tribuna.

Advertí entonces que dos de sus oyentes, de 8 a 10 años a lo sumo, se habían aferrado a sus botas. Entre la muchedumbre infantil y Castro se había establecido una extrema relación. Aquélla esperaba algo más: la perpetuación de aquella presencia por un acto.

Ahora bien: ese acto estaba allí: era, detrás de nosotros, el cuartel humillado por las coronas de la paz. Pero aquello se había anunciado desde hacía tanto tiempo, que había perdido la novedad, en el fondo, aquellos escolares no sabían lo que querían, salvo, quizá, una verdadera fiesta que sintetizara, en la unidad de su esplen-

dor, el pasado que ya se esfumaba y el futuro que se le había prometido.

Y Fidel, que lo sentía muy bien, permanecía allí casi confundido: él, que se da enteramente en sus actos revolucinarios, al servicio de toda la nación, se asombraba de reducirse a aquella presencia desnuda y casi pasiva, agarró por las axilas al chico que se aferraba a su bota derecha y lo alzó de la tierra.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—¡Ven con nosotros! —gritó el pequeño—. ¡Ven al pueblo!

—¿Ocurre algo malo?

El chico era delgado, de ojos brillantes y hundidos: se adivinaba que sus enfermedades, heredadas del régimen anterior, serían aun menos fáciles de curar que las de la nación. Respondió con convicción:

—Todo va bien, Fidel, ¡pero ven con nosotros!

Imagino que él había deseado cien veces aquel encuentro en el que ahora no sabía qué hacer. Deseaba aprovechar al hombre que le sujetaba en sus fuertes manos, pedir, obtener. No por interés, sino por establecer entre el niño y el jefe un verdadero lazo. En todo caso, es el sentimiento que experimenté. Y creí adivinar también que Castro vivía con toda lucidez aquel pequeño drama.

Prometió ir un día y no era una promesa vana. ¿A dónde no va él? ¿A dónde no ha ido? Después bajó al niño.

Ahora, miraba a la muchedumbre incierto, un tanto disgustado. Llamado vivamente por sus compañeros, trató de irse dos veces. Se alejaba un poco de la balaustrada, pero no se iba: parecía intimidado. Volvió hacia adelante: el chico lloraba. Fidel le dijo:

—¡Pero si te he dicho que iré!

En vano. Los niños habían vuelto a gritar, y se apretujaban con tanta fuerza contra la tribuna, que la hacían correr el riesgo de desplomarse. Los soldados rebeldes —unos cien, con palas y fusiles, hombres y mujeres— que debían desfilar frente a Castro, no pudieron abrirse paso. Fidel permanecía perplejo por encima del entusiasmo desencadenado. Finalmente, tomó el sombrero de paja que le tendía un niño y se lo puso, sin sonreír.

Señalo el hecho porque es raro: Castro detesta las actitudes demagógicas y los disfraces. Hizo el símbolo de un acto porque no había acto que hacer. Pronto se despojó del sombrero de paja, el cual estuvo un ins-

tante en la cabeza del comandante Guevara y —no sé cómo— finalmente vino a parar a la mía: yo lo conservé en medio de la indiferencia general porque no tuve el valor para quitármelo.

De pronto, sin motivo preciso, Castro emprendió la fuga literalmente y detrás de él, los demás jefes rebeldes huyeron igualmente escalando las gradas.

El primer sábado de Carnaval, asistimos al desfile y a los bailes de las "comparsas" y nos paseamos entre los bailarines populares.

Me dormí a las cinco de la mañana. Dos horas después, la voz bien despierta de Carlos Franqui, el director de "Revolución", me sacó sobresaltado de mi sueño: nos avisaba que Fidel Castro pasaría a recogernos a las 7.45. A esa hora, una llamada telefónica me advirtió que el doctor Castro me esperaba en el vestíbulo. Yo no estaba listo y llegué diez minutos más tarde.

Castro no estaba en el vestíbulo, como si los mármoles y las luces de las lámparas le hubiesen detenido en el umbral. Permanecía afuera, bajo la marquesina, con un pie en el último peldaño superior de la escalinata, y tenía a su derecha a una joven de uniforme: Celia, su secretaria. Combatió con él en la Sierra; es una rebelde ilustre.

Corrí hacia Castro para excusarme y me saludó, pero permaneció molesto: más que nuestro retraso, le irritaba la ausencia del intérprete. Arcocha no había sido prevenido a tiempo y lo buscaban. Lo esperamos y yo miraba incómodo a aquel gigante ceñudo que no me miraba. Llevaba el uniforme rebelde en toda su sencillez: camisa y pantalón kaki y botas negras que terminaban debajo de las rodillas, todo muy limpio, pero gastado. Estaba descubierto y yo veía el abundante desorden de su cabellera castaña: la barba y el bigote son menos abundantes y casi no cambian su rostro. Se los creería plantados al azar y por el único motivo de darle a la revolución un emblema.

En una foto que me mostraron, es el mismo hombre joven y sin barba. Lo que me haría reconocerlo entre todos es su perfil oblicuo, su larga nariz que se recoge bajo la alta prominencia de la frente; sus mejillas amplias y planas; sus gruesos labios rojos, fruncidos sin cesar por la reflexión, la irritación o la amargura y a veces alisados por una sonrisa. Los he visto trágicos o coléricos, nunca sensuales — salvo, quizá, cuando se

cierran como un puño alrededor de un largo cigarro generalmente apagado.

Partimos dejando recados para Arcocha: era mejor que soportar aquella tensión idiota. La conversación se hizo, lenta y rara, en inglés.

Costeamos el mar por largas fajas de arena pálida. Antes de 1950, las playas y las quintas ribereñas se compraban y un pobre no podía poner el pie en la arena cubana. Desde la liberación, las playas son propiedad nacional.

Siempre descontento, Castro dijo brevemente que esperaba mostrarnos algunas, en particular, Varadero, la más célebre de todas, a cien kilómetros de La Habana. Era un nuevo malentendido. "¿Qué pueden importarme esas playas?", me decía yo. Esperaba otra cosa de Castro.

En realidad, él llevaba a cabo una visita de inspección y yo debía saberlo. Antes de 1957, el turista extranjero —sobre todo en invierno— era una de las principales riquezas de la isla. Disminuyó con la guerra y Cuba perdió millones de dólares. El gobierno revolucionario ha hecho mucho por revivirlo, pero en vano hasta ahora.

Entretanto, trata de compensar sus pérdidas creando el turismo interior y se dedica, ante todo, a desarrollar el turismo popular. Ese placer desconocido de los trabajadores pobres, debe traer aparejada al mismo tiempo, una ampliación provechosa del mercado interno. Pero casi todo está por hacer: decidir al pueblo a recorrer la isla como hacen sus jefes, es toda una campaña que hay que librar.

Era eso lo que yo ignoraba: haga lo que haga Castro, jefe del gobierno cubano, sólo puede ser por varios motivos a la vez. Habiéndome invitado a dar un paseo por la isla, lo aprovechaba para inspeccionar los trabajos en realización, y también podía decirse que, habiendo decidido visitar las instalaciones turísticas, había aprovechado la ocasión para invitarme y mostrarme a Cuba bajo sus aspectos más agradables.

No había recorrido diez kilómetros sin que al fin yo comprendiera la seriedad que él ponía en aquello como en todo. El auto se detuvo y bajamos a la arena entre nuevas instalaciones.

Se trataba de una playa popular, abierta y vacía hasta perderse de vista. No había un alma en ella, salvo los empledos del I.N.I.T. (Instituto Nacional de la Industria Turística), que eran tres: dos mujeres y un

hombre. Una de las mujeres se ocupaba de las cabinas y la otra se hallaba detrás del mostrador de una cantina; el hombre parecía un vigilante.

Los tres nos afirmaron con todo el poder de la fe que esperaban trabajadores aquel mismo día. "¿Muchos?" "Algunos". Castro se ensombreció un poco. Quiso verlo todo, hasta las toallas nos mostraba las cosas, pero era su manera de ver él mismo. Finalmente, nos brindó limonadas.

Apenas mojó los labios en la suya, la rechazó y dijo con voz fuerte: "Está tibia". Permaneció silencioso, sombrío, como si refrenara su cólera, y comprendí de pronto lo que pensaba: "¿Cómo van a venir si no se brinda comodidad?"

Sin embargo, las dos mujeres no parecían preocuparse: veían su descontento y conservaban sus modales abiertos, como si hubiesen sentido que él no se dirigía a ellas.

—¿No hay refrigeradores aquí? —preguntó Castro.

—Sí —respondió la sirvienta—; pero no funcionan.

—¿Se lo dijeron al responsable?

—Desde luego: la semana pasada. Y no es gran cosa —añadió la mujer con familiaridad—: un electricista lo arreglaría en dos horas.

—¿No se ha llamado a nadie para la reparación?

La mujer se encogió de hombros:

—Usted sabe como son las cosas...

Fue la primera vez que comprendí —aunque todavía vagamente— lo que he llamado ya "democracia directa". Entre la sirvienta y Castro se había establecido inmediatamente una connivencia: ella dejaba ver en su tono, en su sonrisa, en su encogimiento de hombros, que no se forjaba ilusiones, y el primer ministro —que es también el jefe rebelde— al expresarse sin rodeos delante de ella, la invitaba tranquilamente a la rebelión.

"Es un agitador", pensé por primera vez.

—Déjeme ver esto —dijo él.

La mujer le mostró el refrigerador: según ella, la causa de todo era una mala conexión. Castro inspeccionó cuidadosamente el aparato y faltó poco para que lo desmontara.

Cuando, al cabo, se volvió hacia la mujer, le habló severamente, pero era visible para todos que su severidad no se dirigía a ella.

—Una negligencia como ésta —dijo— no sería nada porque a todo el mundo puede ocurrirle el tener que beber tibio; pero revela una falta de conciencia revo-

lucionaria. Si en cada playa no hacemos lo máximo por el pueblo, éste pensará que no deseamos lo bastante su presencia y no vendrá. Y yo digo que si alguien no hace todo el tiempo todo lo que puede —y más—, es exactamente como si no hiciera nada en absoluto.

Y terminó gruñendo una frase que anoté:

—Díganles a sus responsables que si no se ocupan de sus problemas, los tendrán conmigo.

Desde hacía tiempo, a propósito de la reforma agraria, yo había captado el poder de ese pensamiento totalizador: para mí, Castro era el hombre del todo, de las visiones de conjunto. Y me bastó verle en la playa vacía, hurgando apasionadamente en un refrigerador descompuesto, para comprender que es también el hombre del más pequeño detalle. O mejor, que en cada circunstancia relaciona el detalle y el todo inseparablemente.

Un segundo auto se detuvo detrás del nuestro: al fin el intérprete y un reportero nos habían alcanzado.

Si embargo, no fue la sustitución del inglés por el español lo que devolvió su buen humor a Castro, sino su primer encuentro con los campesinos.

Pasábamos por un camino vecinal, y a la izquierda, a cierta altura, vimos una cerca detrás de la cual algunos hombres nos miraban desde debajo de sus sombreros de paja. Había una curva incómoda y el auto aminoró su marcha. Inmediatamente, uno de los hombres saltó al capó. Había que detenerse so pena de aplastarlo: el auto se detuvo e inmediatamente fue capturado por los campesinos.

Se abrieron todas las portezuelas y los sombreros de paja y las cabezas oscuras se inclinaron hacia Fidel. La conversación fue larga: la cooperativa le rogaba a Fidel que la visitara y Fidel pretendía continuar su viaje. Finalmente, se le explicó que la cooperativa tenía el orgullo de haberse adelantado: todavía no había recibido el plano del I.N.R.A. (Instituto Nacional de la Reforma Agraria), y desde hacía más de un mes, todos los domingos, con la ayuda de trabajadores de la ciudad, se había puesto a construir su caserío, el cual estaría terminado en un mes.

—¡Ven, Fidel, ven! ¡Ven a ver los trabajos!

De pronto, vi a Castro en pie fuera del auto: tenía el ceño fruncido y parecía más desconfiado que admirado. Cruzó el camino a grandes pasos, traspuso la cerca y todos entramos detrás de él. Los trabajadores me ro-

dearon y lo perdí de vista. De pronto, le oí gritar con voz gruñona y desolada:

—¿Dónde está el caserío? ¿Dónde está el caserío?

Desconcertados, los campesinos se apartaron. Todo el mundo lo miraba; él sólo tenía ojos para las casuchas de bloques de cemento alineadas a lo largo de un camino polvoriento. Castro se volvió hacia ellos: parecía afligido.

—¡Mírenlas! —dijo, señalando las casitas grises—. ¡Son ustedes los que van a vivirlas, desventurados!

—Entonces —dijo un joven, ofendido—, ¿hemos hecho mal en adelantarnos? Fuiste tú quien nos pidió que ganáramos tiempo y...

—No han hecho mal —respondió Fidel. Vaciló y prosiguió: —Denme un palo.

Le trajeron una rama de árbol y trató de dibujar con ella un plano en el polvo. Al cabo arrojó la rama:

—Denme un pedazo de papel y un pedazo de carbón.

Corrieron y le trajeron un pedazo de cartón de envase y un trozo de carbón.

—Bien. Aquí tienen.

Se dejó caer en el suelo, sobre el vientre, apoyado en el codo izquierdo, y mientras hablaba, con la mano derecha trazaba en el cartón gruesos rasgos de carbón. Me incliné con los demás y comprendí: no reproducía el plano del I.N.R.A.; la cooperativa se había alejado demasiado de él para tratar de seguirlo sin tener que echar abajo todo lo hecho.

Con la pasión que le he visto en todos los casos, Fidel trataba de adaptar el plano a las circunstancias, darles un modelo habitable, lo más cercano posible al desorden presente. Al fin alzó la cabeza y tendió el esbozo:

—¿Han comprendido?

Yo miraba a los campesinos con curiosidad: ¿cómo aceptarían aquel trabajo suplementario? Sus ojos brillaban —y me dije que habían comprendido con más rapidez y mejor que yo. Castro les había aclarado el sentido de la construcción circular, y sobre todo, en vez de desechar el plano del I.N.R.A., había inventado una solución intermedia, que servía únicamente para aquel caserío y tenía en cuenta los esfuerzos anteriores.

Ellos habían perdido tiempo; pero, en compensación, se sentían objeto de una solicitud particular —sentían, en una palabra, que aquel coloso tendido en el polvo los quería.

XV

Seguro de que en el subsuelo de su parroquia hay petróleo, un sacerdote implora dinero para comenzar los trabajos de explotación.

Por la tarde nos apartamos de la costa y fue entonces cuando, en el rigor de las reivindicaciones recíprocas, descubría las relaciones humanas entre el jefe y los agricultores.

Castro hizo una señal y el automóvil, saliendo de la carretera, penetró en los campos. Saltábamos como en una barca sobre las olas negras y estáticas de los surcos y sobre las piedras. A lo lejos, como una amenaza —que encontré en todas partes—, matorrales y malezas parecían dispuestos a recubrir toda la superficie de la isla a la menor negligencia, semejantes en el horizonte a una invasión de arañas que aguardaran sobre sus patas inmóviles.

Nos detuvimos frente a un grupo de siete u ocho trabajadores. Detrás de ellos había una máquina agrícola y a la derecha aguardaba el auto de la cooperativa. Nos habían visto venir y no dudaron un solo instante que se trataba de Fidel Castro.

Apenas cambiados los saludos, comenzó una controversia que, curiosamente, subrayó la cordialidad del encuentro. Aquellas gentes no se conocían, jamás se habían estrechado las manos; pero tales formalidades podían reducirse al mínimo porque todos pertenecían a la misma familia y tenían los mismos intereses y las mismas necesidades.

Castro saludó con seriedad y los campesinos respondieron: "Buenas tardes, Fidel". Inmediatamente, él hizo preguntas: "¿Cuánto? ¿Cuándo? ¿Por qué no se hace más? ¿Por qué no van más rápido?"

Las respuestas no demoraron: porque la distribución de tareas había sido mal hecha: porque los trabajos difíciles eran confiados a incompetentes.

El campesino de más edad —un cuadragenario atezado, cuyas sienes blanqueaban— apeló a los otros como testigos: él sabía mejor que nadie manejar y reparar los tractores y se lo había dicho y probado al responsable que, por obstinación, mantenía a un incapacitado en aquel puesto de confianza.

—Que me den un tractor —le dijo a Fidel— y verás como en seguida te demuestro lo que sé.

En tales casos, Castro se siente entre dos fuegos: en su gusto por las relaciones inmediatas y en su rebelión contra todas las formas de la jerarquía, encuentra motivos imperiosos para resolver inmediata y soberanamente la cuestión. Le imagino perfectamente diciendo: "Ve a buscar el tractor". Pero la jerarquía que quebrantaría de esa manera es la del I.N.R.A. (Instituto Nacional de la Reforma Agraria), creado por él mismo y del que, en conjunto, está muy satisfecho.

Sabe, que, curiosamente, él es un constante factor de desorden: puesto que recorre la isla y se le encuentra en todas partes, los trabajadores, cualesquiera sean, encuentran natural reclamar que resuelva personalmente sus problemas: ¿por qué contentarse con la primera o la segunda instancia, cuando se tiene la instancia suprema al alcance de la mano?

Ciertamente, él no detesta estar presente en el corazón de cada cubano, como tampoco el orgullo de éstos en poder explicarse directamente, frente a frente, con el jefe del gobierno. Pero, al mismo tiempo, incapaz, a pesar de todo, de bastarse solo para esas innumerables exigencias y de encargarse de los detalles de la construcción nacional, crea institutos y departamentos y quiere mantener la jerarquía.

Vi a Celia, la secretaria de Fidel, tomar algunas notas y comprendí que Castro se informaría de la situación, no toleraría que una mala economía de las fuerzas productoras frenara la batalla en marcha. Pero comprendí también que no le harían desautorizar a responsables, a quienes, por otra parte, no conocía:

—Diríjanse a sus jefes directos.

Un joven protestó:

—Las faltas son suyas. No se puede esperar que lo reconozcan.

—Diríjanse al jefe de la región —respondió Castro pacientemente. Pero, a partir de ese instante, sentí que

quería irse. La investigación estaba decidida: avisaría a Núñez Jiménez, el director del I.N.R.A., pero, por el momento, no quería dar la razón a nadie. Entró bruscamente en el auto dejando a los trabajadores sorprendidos. Cuando yo entraba a mi vez en el coche, vi un camión pasar por la carretera y desaparecer en una nube de polvo.

Dimos la vuelta. Detrás de nosotros, los campesinos hacían señales. Volvimos a la carretera y avanzamos tres o cuatro kilómetros. De pronto, la encontramos bloqueada: mujeres, niños y ancianos formaban un grupo compacto, visiblemente decidido a no dejarnos pasar.

Era la cooperativa de que formaban parte el hombre de los tractores y sus compañeros. Todos gritaban: "¡Fidel! ¡Fidel! ¡Detente!"

Nueva parada: yo empezaba a conocer la táctica. Reducido a la inmovilidad, el auto fue sumergido. Hacía un calor sofocante y yo veía manos y rostros inclinados hacia nosotros y respiraba fuego.

Fidel refunfuñaba. Arcocha, el intérprete, me tradujo: "Dice que fue aquel maldito camión el que nos señaló". Y añadió inquieto: "Dará el alerta a todo el mundo hasta el fin de la carretera".

Algunas mujeres se inclinaron y adelantaron sus manos abiertas: unas sólo querían tocar a Fidel: otras trataban de agarrarlo para sacarlo del auto.

—El pueblo exige que vayas a ver nuestro caserío —dijo una con gran dignidad.

Fidel cedió: no podía hacer otra cosa. Salió del auto y nosotros salimos tras él: vi su cabeza y sus hombros sobresaliendo de entre la muchedumbre, pero sólidamente rodeado. Había vuelto a fruncir el ceño y su expresión era de incertidumbre y hasta de timidez.

—Irá hasta la entrada del caserío —nos hizo explicar Celia— y después tratará de apurar las cosas e irse. Manténganse cerca de las portezuelas y suban al auto en seguida.

Ni siquiera tuvimos oportunidad de huir: el polvo se alzó sobre el camino que acabábamos de recorrer, se arremolinó como una tromba, se acercó a nosotros, cayó de nuevo y descubrió un auto viejo que acababa de detenerse detrás de nosotros. Reconocimos inmediatamente a los siete hombres que se amontonaban en él: eran los interlocutores insatisfechos de Castro, los campesinos a quienes habíamos dejado poco antes.

Ellos también habían visto pasar el camión y habían llegado a la conclusión de que, advertidas a tiempo,

sus mujeres detendrían a Fidel y les darían tiempo de alcanzarlo. Querían proseguir la conversación.

La prosiguieron y Fidel se prestó. No por su agrado, pero sin mala voluntad. Debo decir que me quedé en ayunas: arrancado de mi lado y zarandeado por aquella multitud vivaz, Arcocha se halla distante y, por otra parte, me pareció que la conversación tomaba otro cariz.

Otros campesinos jóvenes se mezclaron en ella y también algunos viejos. El tono traducía siempre lo mismo: urgencia, una tensión amistosa y alegre, pero sin relajamiento.

Al principio, Castro se dejó arrancar las palabras; luego, alguien dijo algo que pareció desconcertarlo. Como en un relámpago, vi su expresión inquieta y atenta; después se puso a hablar con fuerza, pero sin violencia. Los viejos lo apoyaron y fue el final. Regresamos al auto, sonaron aplausos y nos dejaron ir.

En el auto, Arcocha me dijo:

—En resumen, se habló de todo y de nada.

Castro se volvió hacia nosotros sonriendo:

—Los convencí —dijo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Hablamos del arroz. Hemos prescripto cultivar cierta cantidad por caballería y uno de los campesinos jóvenes me arguyó que en tiempos de su padre se cultivaba el doble.

Ahora se reía:

—Seguramente, Núñez Jiménez y sus compañeros saben por qué limitaron el cultivo: yo no lo sabía. Pero como tengo confianza en el I.N.R.A. y éste disminuyó en un 100 por ciento el arroz cultivado por caballería, debía ser porque el experimento precedente dio mal resultado. Como había ocurrido hace tiempo, les jugué una mala pasada a los jóvenes: me dirigí a los viejos.

—¿Y qué?

—Que todos se acordaron de que, más allá de la cantidad que hemos señalado, el arroz no se podía comer.

Celia miró el retrovisor.

—¡Todavía nos siguen! —exclamó.

Volviéndome, vi a los siete campesinos en el automóvil.

—Es como una cacería —dijo Castro— y eso los divierte. De todos modos, es domingo...

En el mismo instante, nuestro auto fue detenido y capturado una vez más por una muchedumbre. Se trataba de una nueva comunidad, de otra cooperativa. Es-

ta no pedía nada: miraba y aplaudía. Sin embargo, se apartaron y empujaron a la primera fila, hasta la portezuela, a un sacerdote con sotana blanca, muy intimidado.

—¡Háblele! —dijeron algunas voces. Es su oportunidad. No la deje escapar...

El sacerdote llamaba a Castro "Fidel" como todos los demás y habló con gran rapidez: tenía que exponer la idea de su vida y el tiempo apremiaba. Su aspecto era semejante al de sus feligreses, pero su voz afable parecía indicar verdadera cultura. Había explorado la región —dijo— desde hacía veinte años, con geólogos y expertos alemanes cuyos nombres citó y que, según parece, son autoridades en el asunto, y tenía la certeza de que el subsuelo de aquellos lugares contenía importantes yacimientos de petróleo que se podían explotar en seguida, porque él había perfeccionado para la extracción nuevos aparatos y nuevas técnicas menos costosos y más apropiados a la configuración del terreno. Retuve los términos exactos de su petición:

—Estoy seguro de lo que digo, Fidel: si me crees, dame un millón. Si dentro de dos años no he hecho a Cuba ganar el doble, puedes mandar que me fusilen.

Castro sonrió: por lo que pude ver, no se compromete jamás, pero Celia toma nota. Los siete campesinos salieron de su auto y quisieron reanudar la controversia interrumpida, pero aquella comunidad se interesaba más por su sacerdote que por sus dificultades y desistieron al no sentirse apoyados. Cuando partimos, regresaron a su cooperativa, pero debo señalar aquí algo que me llamó la atención: ni una sola vez Castro les prohibió que le siguieran.

Por lo demás, aquella disminución de nuestra escolta casi no se advirtió: el cruel camionero había dado la alerta a toda la región. Al dejar al sacerdote, le pregunté a Castro:

—¿Qué piensa usted de lo que ha dicho?

—¿Del petróleo? —me respondió—. ¿Por qué no? Hace ya mucho tiempo que investigaciones serias han señalado capas de gas en esta región.

Iba a proseguir cuando nos detuvieron. Esta vez era un negro solo, gigantesco y furioso, que salió de una pared cuando cruzábamos una pequeña población de casas bajas y se arrojó sobre nosotros, golpeando violentamente con la palma de la mano el capó del auto.

—¡Imprudente! —le dijo con cólera a Fidel—. ¡Protege tu vida, que es nuestra y no tuya! ¿Qué haces sen-

tado en la delantera del auto? ¡Tú sabes perfectamente que se puede disparar contra ti o hacerte chocar con un camión! Ve a sentarte atrás con Celia y hazme el favor de sentar delante a toda esa gente que está en el fondo.

—Son invitados míos —dijo Fidel sonriendo.

El negro se encogió de hombros:

—¿Y qué? Llévalos de paseo todo lo que quieras, pero si alguien debe morir, vale más que sean ellos.

Algunos chiquillos acudían corriendo. El negro lo advirtió y, elegantemente, se apartó:

—Vete —dijo—: tienes prisa. No seré yo quien te detenga.

Fidel sonrió ampliamente y el negro le devolvió la sonrisa, pero amenazándolo con un dedo. El auto reanudó la marcha.

Veinte veces asfixiados y veinte veces liberados por milagro, Simone de Beauvoir y yo vimos con inquietud que el sol, tomate sangriento, descendía sobre las nuevas plantas de tomate.

—¿No regresamos esta noche? —le pregunté a Arcocha.

—Vamos hacia Varadero —me explicó—. Dormiremos allí.

—Pero yo tengo compromisos para mañana por la mañana.

Se encogió de hombros:

—¡Bah! —dijo filosóficamente—. Cuando sepan que usted está con Fidel...

A pesar de eso, logré que telefoneara para excusarme con las personas con quienes debía reunirme.

El auto se detuvo todavía varias veces: era un ómnibus. Recogimos a una campesina anciana que esperaba un transporte y la dejamos en su pueblo: ni Castro ni sus ministros rehuyen el "auto-stop".

Yo almacenaba en la memoria imágenes que iban a embrollarse y era una lástima. Le dije a Arcocha:

—Voy a olvidar esas cabezas, van a entremezclarse y lo siento: ¡Tenía una personalidad tan fuerte cada uno de esos campesinos! Por otra parte, son individualistas: cada uno espera que Castro aparecerá un día frente a ellos y mientras tanto reflexionan. Según su carácter, cada uno prepara una invención o una crítica; pero siempre es el mismo pensamiento repasado todos los días. En todas partes he tenido la impresión de que sacaban de pronto su idea fija y la exponían rápidamente, sin que jamás me hayan dado la sensación de improvisar.

—Dígale eso a Castro —me dijo Arcocha.

—Bien —admití—. Traduzca.

Lo hizo y Castro me sonrió: estaba roto el hielo. Hablamos de los campesinos: él también los tenía por grandes individualistas. Lo que lo apasionaba en las cooperativas, era la tensión establecida entre la voluntad común y la libre personalidad de cada uno.

—Cuando los responsables son buenos —añadió— todos los trabajadores sienten la pasión de trabajar en común: es su interés y lo comprenden. Pero lo que me agrada en ellos es que en todas partes siguen siendo personas singulares.

—Me he dado cuenta de ello —dije— a pesar de los sombreros, las camisas y a veces los machetes semejantes: nadie se parece a nadie. ¿Saben leer?

—¿Los que hemos visto? Supongo que no la mayor parte.

—Es inexplicable —dije—. Esos iletrados tienen aspecto de cultos.

—Porque reflexionan —respondió Castro—. La revolución ha sido la chispa. El pensamiento se ha puesto en marcha en cada uno y no se detendrá así como así.

Habíamos vuelto a la costa y seguíamos una buena carretera. El mar estaba de color violeta al sol poniente.

—¡Cuántas exigencias! —le dije a Castro.

Me respondió:

—¿Qué quiere usted que hagan con su libertad? Lo exigen todo de nosotros: es nuestra desgracia. Desde que derrotamos a los mercenarios, creen que lo podemos todo.

Volvió a encender su cigarro y añadió con cierta tristeza:

—Se engañan: es mucho más fácil que cien hombres determinados pulvericen a cincuenta mil soldados malos, que seis millones de trabajadores laboriosos dupliquen en un año la producción. Nuestra existencia y nuestros éxitos les han dado ese derecho imprescriptible: reclaman. Y somos nosotros, precisamente, los que tenemos que decirles: "Todavía no", "No este año".

—Cuando lo sacan a usted del auto —intervino Simone de Beauvoir—, en los primeros minutos por lo menos, usted parece de muy malhumor. ¿Es cierto?

Castro se volvió hacia ella y la miró sin responder, sorprendido, atento, como cada vez que se habla de él, pero Celia dijo inmediatamente:

—Es verdad. Muy cierto.

Fidel puso delante de él su cigarro apagado.

—Debe ser verdad —dijo—. Me alegra que me rodeen y me empujen; pero sé que van a exigir lo que tienen derecho a recibir y no tengo manera de darles.

Al pasar por entre cañaverales en un pueblo, un hombre salió con los brazos en alto. No trató de detener el auto sino que sólo gritó:

—¡Una fábrica, Fidel, una fábrica! —y nos dejó pasar.

—Hace tres años —dijo Fidel— ese hombre habría pedido un puesto en la administración pública. Vea usted el progreso: quiere que todos los trabajadores de la caña puedan, durante los ocho meses de desempleo, dedicarse a la industria. Por desgracia, eso no será mañana. Pero, si es necesario esperar por la industrialización, ¿se mantendrá esa conciencia revolucionaria?

Calló y se volvió hacia el parabrisas: le vi extraer algunas bocanadas de su cigarro. Nadie se atrevió a reanudar la conversación.

Recordé de pronto una anécdota que me había contado Oltusky —entonces ministro de Comunicaciones— y que adquiría a aquella luz una nueva significación. Una noche, algunos días antes de mi llegada a Cuba, se celebraba Consejo de Ministros. Todo el mundo estaba presente a la hora señalada menos Castro, a quien sus compañeros, mirando por las ventanas, acabaron por descubrir en medio de un centenar de mujeres que lloraban y gritaban. Fidel pudo escapar, entró por una puerta al azar, vagó por los corredores y entró mucho después en la sala del Consejo. Estaba sombrío.

—Me he retrasado a causa de esas mujeres.

—Ya lo vimos —le dijeron—. Te perseguían por todas partes.

—Es que reclaman su derecho —dijo Castro, sentándose.

Aquellas mujeres, por lo que recuerdo, deseaban ser profesoras. Abusando más o menos de su confianza, una escuela privada les había entregado un diploma que, según los directores, era reconocido por el Estado y les daba derecho a enseñar. Desde luego, el diploma no valía nada: en el Ministerio de Educación Pública les informaron que habían sido víctimas de una estafa. Desde entonces, esperaban a Castro en todas partes e imploraban y lloraban.

Los ministros esperaban que comenzara el Consejo, pero Castro permanecía mudo y sombrío. Asomándose

a una de las ventanas, uno de los jóvenes ministros vio que las mujeres llorosas no se habían ido.

Al cabo, Castro dijo con voz cansada:

—Hay que hacer algo por ellas. —No se dirigía a nadie; pero en seguida repitió, volviéndose esta vez hacia Armando Hart, el ministro de Educación—: Mira a ver si haces algo por ellas...

Hart protestó, no para negarse a ayudarlas, sino para justificarse:

—No son víctimas solamente —dijo— sino también cómplices. Todas fueron rechazadas en los exámenes del Estado varias veces, lo que anula el derecho a volver a presentarse. Sabían bien que ese diploma privado no vale nada, pero quisieron tenerlo para forzarnos.

Todo el Consejo quedó convencido y le hizo comprender a Castro que se estaba perdiendo un tiempo precioso: aquellas mujeres, para engañar al Estado, se habían dejado engañar ellas mismas y había que poner fin a aquello.

Fidel no se movía: la inmovilidad de su gran cuerpo impresiona; parece vegetal. Repitió suave, pero firmemente:

—Hay que darles algo, Armando.

Todo el mundo preguntó por qué, y él respondió con convicción, pero sin otra explicación:

—Vinieron, me esperaron y están llorando.

Sus compañeros preguntaron sorprendidos:

—¿Y eso es suficiente?

Fidel movió la cabeza y respondió con tal fuerza: "Sí: es suficiente", que todos prefirieron resolver el asunto inmediatamente: no se reconocería valor alguno al certificado privado de las candidatas; pero, aunque habían perdido todo derecho a ello, se las autorizaría para volver a presentarse en los exámenes oficiales.

Oltusky había concluido sencillamente: "Nos había dado una lección", y yo no había respondido: creía volver a encontrar en Fidel una idea demasiado querida para que quisiera hablar de ella — salvo con él.

Ahora, en la tibieza gris del atardecer, veía delante de mí sus anchos hombros y me decía que había que preguntárselo. Le dije:

—Todos los que piden, sea lo que fuere, tienen derecho a obtenerlo...

Arcocha tradujo. Fidel no respondió. Insistí:

—¿Opina usted así?

Extrajo de su cigarro una bocanada de humo y respondió con fuerza:

—¡Sí!

—Porque, de un modo u otro, las peticiones traducen una necesidad. Respondió sin volverse:

—La necesidad de un hombre es su derecho fundamental sobre todos los demás.

—¿Y si le pidieran la luna? —pregunté, seguro de la respuesta.

Fumó de nuevo su cigarro; comprobó que estaba apagado; lo dejó delante de él y se volvió hacia mí:

—Si me pidieran la luna, sería porque la necesitaban —me respondió.

Tengo pocos amigos porque concedo gran importancia a la amistad. Después de esa respuesta, sentí que él se había convertido en uno de ellos, pero no quise quitarle tiempo diciéndoselo. Le dije sencillamente:

—Usted llama a la revolución cubana un humanismo. ¿Por qué no? Pero, por mi parte, sólo conozco un humanismo que no se funda ni en el trabajo ni en la cultura sino, ante todo, en la necesidad.

—No existe otro —me dijo.

Y volviéndose hacia Simone de Beauvoir:

—De cuando en cuando, es cierto, ellos me intimidan. Gracias a nosotros, se atreven a descubrir sus necesidades, tienen el valor de comprender sus sufrimientos y de exigir que se les ponga fin — en suma: son hombres. ¿Y qué es lo que les damos?

Su pensamiento giró bruscamente, pero lo seguí sin trabajo. Dijo con voz abrupta:

—Es necesario que exijamos de cada uno todo lo posible, pero yo jamás sacrificaré esta generación a las siguientes. Sería algo abstracto.

XVI

"Ningún pueblo puede proponerse hoy un fin más urgente ni más digno de sus esfuerzos. Los cubanos deben triunfar o lo perderemos todo, hasta la esperanza", declara Jean Paul Sartre al finalizar su reportaje sobre Cuba y su Revolución.

Comimos en un hotel del I.N.I.T. (Instituto Nacional de la Industria Turística) y hablamos poco. Varias veces, Fidel Castro dio como excusa su cansancio. Celia, su secretaria, se alegraba: al fin iban a tener una noche tranquila.

La comida concluía cuando el gerente del hotel vino a decirle a Fidel que los pescadores del pueblo cercano iban a salir al mar y deseaban llevarlo con ellos. Estarían de regreso al amanecer.

—No sé si podré ir —dijo Castro sin convicción—. Estoy demasiado cansado.

Pero todos vimos en la mirada de Celia que ya había aceptado.

A la mañana siguiente, a las siete, nos encontramos de nuevo alrededor de la misma mesa.

—Castro vendrá en seguida —me dijo Lisandro Otero, un joven periodista cubano—. Está haciendo freír los peces que pescó anoche.

—¿Lo acompañó usted? —le preguntó Simone de Beauvoir a Celia.

—Regresamos hace un momento —respondió ella.

—¡Debe usted estar muerta!

—¡Oh! —dijo Celia—. He aprendido a dormir en cualquier parte. Castro apareció en ese instante, completamente fresco y seguido por dos camareros que traían ruedas de pescado frito. Con el corazón y el

estómago todavía nebulosos de sueño, ingerimos aquellas frituras sin vacilar. Sin embargo crea recordar que Celia no las tocó.

De nuevo en el auto, le pregunté al intérprete Arcocha dónde íbamos.

—A la Ciénaga —me respondió—. Permaneceremos allí hasta mañana.

—Muy bien —dije.

Ya había comprendido de una vez por todas que había que mantenerse en estado de disponibilidad perpetua. —

En el auto me explicaron las cosas más claramente y comprendí que un grande de este mundo me llevaba a sus dominios. En Francia, de la tercera a la quinta república, todas han honrado y honran todavía a sus invitados instalándolos, por ejemplo, en Rabouillet. En aquel momento rodábamos por un camino en malas condiciones, levantando nubes de polvo, hacia el Rabouillet cubano.

Eran pantanos, a la derecha e izquierda. Habíamos llegado a la Ciénaga de Zapata, región casi desierta, cuyas aguas entibia el sol desde hace siglos y de la que nadie habría pensado, hasta 1959, que un cubano pudiera hacer otra cosa que huir de ella.

Algunos infortunados, olvidados de padres e hijos, semisalvajes, vegetan allí todavía en el límite de los pantanos: los llaman carboneros. Algo más lejos, han comenzado trabajos: se desecarán y sanearán los pantanos y en la tierra reconquistada se sembrará arroz —base de la alimentación cubana— en tal cantidad, que no se necesitará traer un grano más del extranjero.

Yo miraba la inmensa cloaca, y sin gran éxito, trataba de colmarla, de imaginar en su lugar arrozales hasta donde se perdía la vista. Pero ya la voz de Fidel Castro me invitaba a otros sueños: en aquel desierto mefítico, el gobierno quiere construir el más bello lugar turístico de Cuba. La voz añadió al cabo de un instante:

—Quizá el más bello del mundo.

Reconocí su locura orgullosa: quiere trocar la escasez en abundancia. Venía a buscar el porvenir en aquellas orillas desheredadas, a mostrarles a sus huéspedes un Rambouillet futuro.

Se dragaba en todas partes a lo largo de un canal: en la orilla derecha vi una serie ininterrumpida de dragas chorreantes de fango. Dejamos el auto y subimos a lanchas de motor.

Volamos sobre el fango, franqueamos un paso y atra-

vesamos una laguna: habíamos llegado a la casa de los Castro. Dos pedazos de tierra se enfrentaban, separados por algo parecido al café con leche. A la derecha, en el umbral de una casucha, delante de un pequeño embarcadero, nos aguardaban tres hombres: dos quincuagenarios rojizos, de ojos de loza, y un joven de unos treinta años, desnudo hasta la cintura y en "short", que sujetaba un gran pez y lo mostraba a Fidel desde lejos.

—Es Raúl Castro —me dijo Arcocha.

Entretanto, nuestra lancha giró hacia la izquierda y desembarcamos en el otro pedazo de tierra. Dos hombres nos recibieron: el suegro y el cuñado de Raúl Castro. Nos hallábamos en el corazón del "dominio familiar" que, en realidad, es y seguirá siendo propiedad nacional. Vi un edificio largo, de una sola planta, construido con los mismos materiales y según el estilo de las casas del I.N.A.V. (Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda): bajo el deslumbramiento del techo ondulado, el gris austero de las paredes de bloques de cemento.

Entré: se trataba de un simple dormitorio. A uno y otro lado de un pasillo central había yaciuas o literas de dos pisos provistas de colchones y una sábana. De momento, lo confieso, no comprendí cómo el jefe del gobierno, su hermano, la familia de éste y sus huéspedes, podían pasar la noche en aquel dormitorio; pero en cuanto tuve la certeza de ello, experimenté el mayor de los placeres que se pueda conocer por poco que no se deteste deliberadamente a los hombres: la víspera, al final de un día tumultuoso, yo había confiado en Fidel, y ahora me bastaba ver su palacio para confirmar mi confianza.

Del otro lado del dormitorio vi otra construcción más pequeña, pero de la misma clase: el comedor. Cuatro paredes de bloques de cemento con una mesa grande, y a uno y otro lado de ésta bancos. Armarios y mesitas rudimentarios, una cocina eléctrica y un fregadero, completaban el mobiliario: se había concentrado en el mismo salón cuanto hace falta para preparar la comida y comerla.

Salí por una puerta trasera y me encontré frente a una última construcción: contenía un despacho —única de las piezas que tenía "aire acondicionado"— y cuartos higiénicos rústicos.

Di la vuelta a esta última casita y me hallé en un sendero negro y blando, en el cual, en ciertos lugares,

se habían colocado tablones para evitar el atascamiento en el fango. Arcocha se había reunido conmigo y Castro se acercaba, seguido por Simone de Beauvoir, llevando colgado del hombro un fusil de balas explosivas.

—¿Por qué lleva ese fusil? —le preguntó Simone de Beauvoir.

—Para pescar —respondió Castro.

Se echó el fusil a la cara, apuntó hacia la izquierda, a un charco invadido por las hierbas, y disparó haciendo elevarse un "geyser" de fango.

Durante la agitación que siguió, el agua descubrió sus secretos más feos; luego, vuelta al reposo casi inmediatamente, se vio flotar en ella un vientre blanco y Castro, penetrando hasta los tobillos, recogió un pez muerto. Yo había creído al animal reducido a pulpa, pero me explicaron que bastaba con disparar lejos de él; la explosión era suficiente para matarlo.

Castro resplandecía de satisfacción: aquel lugar —el más desolado del mundo— no era a sus ojos un alto provisional con que contentarse un día a falta de algo mejor; era su Eldorado, el lugar donde, cuando se permitía una fiesta, iba a celebrarla en familia.

Unos instantes después me dijo:

—No hay muchos lugares en la isla donde no me acosen. Este es uno de ellos: la Ciénaga tiene mala fama: nadie viene a buscarme aquí.

Se engañaba: al regresar al comedor, nos encontramos a Raúl Castro y, detrás de él, a los dos vecinos del otro pedazo de tierra.

—Dos norteamericanos —dijo Raúl.

Vi la mirada de Fidel brillar y apagarse: ¡turistas! Los dos hombres se presentaron: venían de Georgia, en los Estados Unidos; todos los años pasaban un mes en Cuba y no les interesaban los acontecimientos políticos: su hobby era la pesca de la trucha. Venían a la Ciénaga porque las truchas de allí son las más grandes del mundo. En conclusión: nos invitaban a todos a almorzar con ellos.

Hubo indecisión en nuestro grupo: nadie, ciertamente, sentía hostilidad contra los dos individuos; pero tampoco ninguno de nosotros deseaba pasar el día en su compañía. Nadie, salvo Fidel. Nos miró significativamente y declaró en medio del más profundo silencio que para todos era un placer aceptar la invitación.

Después del almuerzo, Fidel descubrió su juego. Los norteamericanos pescaban a voleo. No sé nada de esto,

pero parece que uno y otro usaban unas cañas de pescar admirables y de un modelo completamente nuevo.

Fidel había visto aquellos dos maravillosos instrumentos cuando los norteamericanos fueron a invitarnos y, fascinado, había seguido, no a los hombres, sino a sus cañas de pescar. Ahora, en pie en una barca amarrada, tenía en la mano una de ellas bajo los ojos encantados de los yanquis y trataba de aprender a usarla. Los hombres de Georgia no le negaron sus consejos ni sus demostraciones técnicas.

Infatigablemente, con la aplicación y la modestia de un buen alumno, Castro estuvo dos o tres horas aprendiendo a lanzar el cebo y a recoger; repitió cien o quizá mil veces cierto movimiento de la muñeca y mejoró de hora en hora su puntuación, sin poder, según parece, igualar a sus dos maestros. En todo caso, si lo consiguió, fue sin testigos, porque, uno por uno, todos fuimos regresando al otro pedazo de tierra, cansados por aquella extraordinaria paciencia a la que nada cansa.

Cuando regresó, mucho más tarde, nos dijo con aire grave y político, pero sonriendo levemente detrás de su barba:

—Creo que he hecho una buena propaganda.

He ahí el hombre. Como ya he dicho, su pensamiento se mueve en varios planos a la vez, y lo que en tal o cual nivel es detalle, se convierte, en otro nivel, en parte integrante de un todo.

No deja de extraer algunas ventajas de ello, y con gran sinceridad, hace ver a las mentes superficiales que sus diversiones pasajeras son, en lo profundo, momentos políticos de la revolución nacional. Pensábamos que se divertía con una caña de pescar nueva, cuando lo que hacía era ganar una escaramuza en la guerra del turismo.

Castro no miente: es verdad que este hombre complejo, completamente interesado cuando se trata de la isla, desinteresado hasta la indigencia cuando se trata de sí mismo, vive todos los acontecimientos bajo todos los aspectos a la vez; descubre alegrías personales o un instante de felicidad en las empresas más austeras y, con la misma sinceridad, encuentra la utilidad nacional de un placer fugitivo y particular.

Tal es su situación y tal su carácter: lo es todo a la vez, la isla, los hombres, el ganado, las plantas y la tierra. En él, las situaciones nacionales siempre serán vividas apasionadamente, con rabia o con placer; pero

futables y una serie trágica de crímenes —larga historia sangrienta cuyos principales actores se adivinaban en la sombra.

Fidel piensa hablando, o más bien, vuelve a pensar todo lo que va a decir: lo sabe y, sin embargo, lo improvisa. Para tener tiempo de ver claramente la relación de las ideas, repite lentamente las palabras, dándole a cada frase —el tiempo de un desarrollo particular— el mismo comienzo.

—Y es el pueblo, después de haber sufrido tanto, el que... etc. Y es el pueblo, después de haber luchado tanto, el que... etc. Y es el pueblo, después de haber triunfado, el que... etc.

Por medio de esas repeticiones, de esa elocuencia pedagógica, a veces un tanto pesada y otras fulgurante, daría a un oyente francés la impresión apenas consciente de oír hablar a Charles Peguy. Me han dicho que sedujo a los cubanos desde el primer día que usó de la palabra. Cansada de discursos, la nación desdeñaba las frases; desde que Fidel le habla, no ha oído una sola. Hechos. Demostraciones. Análisis. Estupefactos, los cubanos no reconocieron en eso los viejos arrebatos del parlamentarismo. La voz humana, pues, podía servir para otros usos.

Yo los miraba, sombríos, con la cabeza alzada, aplicados a comprenderlo todo, a no descuidar un eslabón de la cadena, y veía declinar el día y la sombra cubrir aquellos rostros inmóviles que, de oscuros, se tornaron grises y luego negros, mientras, por encima de ellos, una triste claridad gris dejaba paso a la noche.

Encendidas en ese instante, las luces arrancaron a las tinieblas medio millón de rostros; vestigios inútiles de una circulación interrumpida, las luces rojas y verdes barrían con sus colores aquellas caras vueltas. Y fue en plena noche, bajo las luces de la compañía yanqui de electricidad, cuando Castro se dirigió a los yanquis, los hizo responsables del sabotaje y les lanzó su reto:

—No nos reduciréis ni por el hambre ni por la güerra. Y si nos atacáis, sabed bien que seremos los vencedores.

Había hablado cuatro horas y sólo había dicho lo necesario. Calló: el silencio impuesto al pueblo por su voluntad, había terminado por desconcertarlo a él mismo un poco. La increíble audacia de su desafío quedó en las palabras, en las ideas: no pasó a la voz — y creo que por eso me fascinó.

Bastaría publicar el texto para que la determinación

firme y violenta, la indignación sombría, saltaran a los ojos del lector. Pero ningún periódico haría sentir lo que fue, en verdad, el discurso: una larga marcha contra el viento, bajo las nubes, en la noche, hacia un paso todavía desconocido: victoria o exterminación.

El simple texto no reflejaría la inquietud, los tanteos, las paradas, las súbitas arrancadas, la lentitud y la aceleración progresiva de la elocución, ni, sobre todo, bajo el hervor de la cólera, la aplicación honrada, casi triste, el curioso maridaje de la resolución más firme con el deseo concienzudo, casi tímido, de proceder bien. Aquellas palabras eran como pasos: a cada uno de ellos, se avanzaba un poco más, irreversibemente; a cada uno de ellos, el que marchaba podía detenerse: lo sabía, pero sabía también que había que continuar.

Sola, la voz, por su cansancio y su amargura, por su fuerza, nos revelaba la soledad del hombre que decidía por su pueblo en medio de quinientos mil silencios. Iba a bajar de la tribuna y ya la muchedumbre se dispersaba sin una palabra. Lo saludé. Me miró perplejo y me preguntó sencillamente:

—¿Y usted? ¿Qué piensa usted?

Se lo dije, me escuchó y desapareció.

Volví a verle, pero contaré esa entrevista en un libro, en el cual hablaré de otros aspectos del régimen, de otros problemas y otras conquistas. Ahora, es preferible poner fin a este relato con el sabotaje de "La Coubre". Aquel día, algo apareció a plena luz: el odio.

Cuba tiene enemigos que matan y que matarán. Detestan a todo el mundo y a Castro en primer término, pero también a un cortador de caña o a un obrero del puerto. Doscientos muertos en un solo sabotaje, no les pareció demasiado caro a esos pirómanos. ¿Quiénes son? ¿Mr. Herter y los funcionarios del Departamento de Estado? Ni en lo más fuerte de la cólera, ningún cubano lo pretendió delante de mí.

Sólo se deploraba que los Estados Unidos se hayan convertido en patria de elección de los criminales batistianos: que, según su propia confesión, el gobierno de los Estados Unidos fuera incapaz de detener a las avionetas que salían de Miami, conducidas por pilotos norteamericanos a sueldo, para ir a arrojar, varias veces por semana, bombas incendiarias sobre los cañaverales de la isla.

Después del sabotaje, se lamentó que el gobierno norteamericano haya ejercido presión sobre todos los gobiernos de Europa para que no le vendan armas al

futables y una serie trágica de crímenes —larga historia sangrienta cuyos principales actores se adivinaban en la sombra.

Fidel piensa hablando, o más bien, vuelve a pensar todo lo que va a decir: lo sabe y, sin embargo, lo improvisa. Para tener tiempo de ver claramente la relación de las ideas, repite lentamente las palabras, dándole a cada frase —el tiempo de un desarrollo particular— el mismo comienzo.

—Y es el pueblo, después de haber sufrido tanto, el que... etc. Y es el pueblo, después de haber luchado tanto, el que... etc. Y es el pueblo, después de haber triunfado, el que... etc.

Por medio de esas repeticiones, de esa elocuencia pedagógica, a veces un tanto pesada y otras fulgurante, daría a un oyente francés la impresión apenas consciente de oír hablar a Charles Peguy. Me han dicho que sedujo a los cubanos desde el primer día que usó de la palabra. Cansada de discursos, la nación desdeñaba las frases; desde que Fidel le habla, no ha oído una sola. Hechos. Demostraciones. Análisis. Estupefactos, los cubanos no reconocieron en eso los viejos arrebatos del parlamentarismo. La voz humana, pues, podía servir para otros usos.

Yo los miraba, sombríos, con la cabeza alzada, aplicados a comprenderlo todo, a no descuidar un eslabón de la cadena, y veía declinar el día y la sombra cubrir aquellos rostros inmóviles que, de oscuros, se tornaron grises y luego negros, mientras, por encima de ellos, una triste claridad gris dejaba paso a la noche.

Encendidas en ese instante, las luces arrancaron a las tinieblas medio millón de rostros; vestigios inútiles de una circulación interrumpida, las luces rojas y verdes barrían con sus colores aquellas caras vueltas. Y fue en plena noche, bajo las luces de la compañía yanqui de electricidad, cuando Castro se dirigió a los yanquis, los hizo responsables del sabotaje y les lanzó su reto:

—No nos reduciréis ni por el hambre ni por la guerra. Y si nos atacáis, sabed bien que seremos los vencedores.

Había hablado cuatro horas y sólo había dicho lo necesario. Calló: el silencio impuesto al pueblo por su voluntad, había terminado por desconcertarlo a él mismo un poco. La increíble audacia de su desafío quedó en las palabras, en las ideas: no pasó a la voz — y creo que por eso me fascinó.

Bastaría publicar el texto para que la determinación

firme y violenta, la indignación sombría, saltaran a los ojos del lector. Pero ningún periódico haría sentir lo que fue, en verdad, el discurso: una larga marcha contra el viento, bajo las nubes, en la noche, hacia un paso todavía desconocido: victoria o exterminación.

El simple texto no reflejaría la inquietud, los tanteos, las paradas, las súbitas arrancadas, la lentitud y la aceleración progresiva de la elocución, ni, sobre todo, bajo el hervor de la cólera, la aplicación honrada, casi triste, el curioso maridaje de la resolución más firme con el deseo concienzudo, casi tímido, de proceder bien. Aquellas palabras eran como pasos: a cada uno de ellos, se avanzaba un poco más, irreversibemente; a cada uno de ellos, el que marchaba podía detenerse: lo sabía, pero sabía también que había que continuar.

Sola, la voz, por su cansancio y su amargura, por su fuerza, nos revelaba la soledad del hombre que decidía por su pueblo en medio de quinientos mil silencios. Iba a bajar de la tribuna y ya la muchedumbre se dispersaba sin una palabra. Lo saludé. Me miró perplejo y me preguntó sencillamente:

—¿Y usted? ¿Qué piensa usted?

Se lo dije, me escuchó y desapareció.

Volví a verle, pero contaré esa entrevista en un libro, en el cual hablaré de otros aspectos del régimen, de otros problemas y otras conquistas. Ahora, es preferible poner fin a este relato con el sabotaje de "La Coubre". Aquel día, algo apareció a plena luz: el odio.

Cuba tiene enemigos que matan y que matarán. Detestan a todo el mundo y a Castro en primer término, pero también a un cortador de caña o a un obrero del puerto. Doscientos muertos en un solo sabotaje, no les pareció demasiado caro a esos pirómanos. ¿Quiénes son? ¿Mr. Herter y los funcionarios del Departamento de Estado? Ni en lo más fuerte de la cólera, ningún cubano lo pretendió delante de mí.

Sólo se deploraba que los Estados Unidos se hayan convertido en patria de elección de los criminales batistianos: que, según su propia confesión, el gobierno de los Estados Unidos fuera incapaz de detener a las avionetas que salían de Miami, conducidas por pilotos norteamericanos a sueldo, para ir a arrojar, varias veces por semana, bombas incendiarias sobre los cañaverales de la isla.

Después del sabotaje, se lamentó que el gobierno norteamericano haya ejercido presión sobre todos los gobiernos de Europa para que no le vendan armas al